



100

AS

100

100

100

100

100

100

100

100

100

100

100

100





UNA PESETA EN MADRID

UNA PESETA EN PROVINCIAS.

TOROS Y CAÑAS

NOVELA ORIGINAL
POR
**D. MANUEL FERNANDEZ
Y GONZALEZ**





TOROS Y CAÑAS.

.....
ES PROPIEDAD.
.....

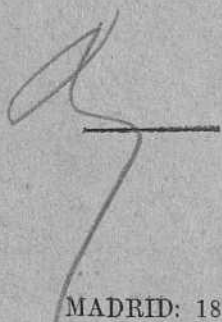
9

TOROS Y CAÑAS.

NOVELA FLAMENCA

POR

D. MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ



MADRID: 1885

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO

DE M. P. MONTOYA Y COMPAÑÍA

Caños, 1.

+

CAPÍTULO PRIMERO.

¿Quiénes eran los dos flamencos?

I

¡Allá vá el poder de Dios!

¡Qué buena moza, qué buen mozo y qué jaco!

Iban diciendo, ¡viva Sevilla!

Las gentes que iban por la calle de Alcalá se paraban y se les ponian los dientes largos y se les hacia la boca agua.

No podia darse un grupo más barbian que el que formaba el ginete, la gineta y el bicho.

Ella era morena, y tan morena que parecia gitana.

Sus ojos eran dos candelas, más negros que las ánsias de un pobre, más grandes que el hambre de

un cesante, y más relucientes y más hermosos que el sol cuando sale entre arreboles de fuego.

Se conocia que era una hembra de poder, tan buena para un barrido como para un fregado; pero honrada, eso sí, que se la conocia á cien lenguas, y muy puesta en sus puntos, y muy barbiana, y flamenca que daba el ópio.

¡Qué frente serena, qué nariz traviesa, que boca de labios rojos y desdeñosos y entreabiertos, dejando ver una dentadura que ponía en ganas de que ella, loca de amor, le tirase á uno un bocado en el corazon, y qué cabellos, negros como la endrina, rizados y suaves como la seda, y qué garganta, y qué hombros, y qué seno, y qué talle, y qué brazos, y qué pié ¡poderoso Dios! que se veian y no se veian de pequeños que eran, y aparecian y desaparecian bajo la ancha falda adornada de faralares que ondulaba al rápido y poderoso trote del caballo!

Una reina, en una palabra, y no sin corona, porque sus cabellos, peinados á la flamenca, con su peinetas de oro y de corales, valian lo ménos por quince coronas.

II

Su traje y su prendido valian más de cien puñados de onzas.

Llevaba mantilla blanca de encaje, gargantilla de perlas, gordas como garbanzos, con medallón empedrado de diamantes, que lanzaban fuego sobre su morena y dulce garganta, broquelillos de diamantes y perlas en las orejas que la caían hasta los hombros, broche de diamantes y rubíes, sujetando la mantilla y el pañuelo sobre el seno, cuyos redondos, firmes y altos globos se veían á medias, gran pañolón de los de la China, bordado, de los que cuestan tres mil duros, traje de moaré, color de oro viejo, con treinta metros lo ménos de tela, adornado de encajes y de *bouquets* de flores, manos cubiertas de sortijas de gran precio, y brazos adornados de pulseras de oro macizo cuajado de pedrería, y en su robusta pierna media inglesa calada de seda, y en los piés zapatitos de tafete del mismo color del traje, con lazos y hebillas de oro y diamantes.

No hay que hablar del *an-tu-cá*, con la tela de tafetan verde, bordado y guarnecido de encajes, con el puño cubierto de pedrería, ni del abanico de filigrana china, de oro, con la cabritilla pintada por un artista de alto copete, representando un baile de gitanos en la velada de Santa Ana, y que había costado cinco mil pesetas, ni de la chaquetilla torera, bordada de oro fino con adornos de perlas.

Quince y falta á que una emperatriz no podía

ser más hermosa, ni más templá, ni más poderosa, ni más chupenda, ni ir más ricamente ataviada y alhajada que Consuelo, la de los ojos negros, ól a ojinegra, como decian por abreviar.

Vamos, que hacia gentes y daba una desazon á todos los que la miraban, á ellos de ansia, á ellas de envidia.

III

El era tóo un mosito.

Güen jembro, eche usté.

Vestia de negro y de corto; sombrero calañés de lo más fino, rico pañueló rojo de la India en la cabeza, chupa y chaleco con alamares, faja de seda con las estremidades bordadas de oro, camisa con chorrera y alfiler de diamantes, gemelos también de diamantes en el cuello y en las mangas de la camisa, calzon de seda ajustado, botines negros respunteados, de lo mejor que se hace en Córdoba, zapatos de becerrillo blanco, y en el pié derecho una espuela vaquera, que es lo bastante, porque en arreando medio caballo, el otro medio se viene detrás.

Este hombre era muy moreno, casi de color de humo: llevaba patillas de boca é jacha, lo demás del rostro afeitado, grandes cejas negras, ojos también negros, grandes, despreciativos, duros,

matones, y en la mejilla derecha tenia un chirlo acosturonado, que le remellaba un ojo y la estremidad de la boca.

A más de esto, por debajo del pañuelo de la cabeza, asomaba la estremidad de una coleta de torero.

IV

El jaco era cartujeño.

Si se le hubiera mirado el diente, se hubieran encontrado los cinco y medio.

Iba aparejado á la jerezana, llevando en la parte anterior del aparejo una riquísima manta de muestra.

Era aquello de lo legítimo, de lo que Dios llevó para el viaje.

Y no se trataba de dos niños.

El tenia por lo ménos cuarenta años.

Ella pasaba de los treinta.

Pero no llegaba á jamona ni mucho ménos.

Rebosaba de ella una vida deliciosa, una juventud fresca y perfumada.

Vendia salud, y aluego sus carnes, como se dice.

¡Qué protuberancia, qué morbidez, qué suavidad, y qué gracia y qué poder!

Aquello era para asustar.

¡Qué fatiga!

¡Qué atragantamiento!

¡Qué perdicion de hombres!

En cuanto á él era buen mozo de cuerpo, hermoso de ojos, y de nariz y de boca, pero el chirlo que le honraba, le daba una punta de feo subido, y de una expresion de maton perdonavidas de los del santo oleo.

V

Un grupo tal, tan andaluz, tan gitano, tan poderoso es un manjar del cual no se come todos los dias.

El género ha pasado ya.

Cuando por casualidad se le encuentra, es como cuando de improviso vemos un cuadro de historia.

¡Lastima de Andalucía, cómo se vá!

Y bien, ¿no se han ido tambien los chisperos, las majas y los manolos?

Pues qué, ¿el Lavapiés y las Vistillas, San Anton y Maravillas son ya lo que eran?

¿Dónde están aquellos del Dos de Mayo que tenian para que los inmortalizasen, á Goya, el aragonés recreado en Madrid, el pintor manolo y torero?

El tiempo cambia las cosas y las pone que no las conoce la madre que las parió.

VI

Habia una singularidad.

Tras estas dos criaturas extraordinarias, que conducia orgulloso un caballo de punta, iban en dos ardientes *poneys*, de pura raza y de diez y seis dedos de alzada, dos pequeños *jokeis*, el que más de quince años, con elegantes libreas á la inglesa y ancho galon de oro con cucarda en el sombrero.

¿En qué quedamos?

Los que iban en el cartujeño, ¿eran dos gitanos riquísimos, ó dos grandes de España agitanados?

Esto se vá convirtiendo en torre de Babel.

Las clases se confunden.

No quedan más que dos clases marcadas.

Pobres y ricos.

Y sobre todo esto, la Mano Negra.

VII

Eran las once de la mañana de un caluroso día de Junio.

El cartujeño se tragaba el empedrado, hacien-

do saltar de él chispas, que á pesar de la luz del sol relucian.

Iban hácia las afueras.

Indudablemente hácia la Plaza de Toros nueva, porque esto que estamos contando sucedia hace poco tiempo.

Era domingo.

Iban sin duda al apartado.

Cuando pasaron de la puerta de Alcalá, convertida en arco de triunfo, el gachó puso su jaco al galope.

¡Ira de Dios, y qué aire!

¡Y cómo flotaban los encajes de la sombrilla que la ojinegra llevaba abierta, protejiendo del sol su hermosa cabeza, y cómo se levantaba y volvía á caer su ancha falda, dejando ver unas cosas que daban la puntilla, y qué poderío, señor, y qué gloria!

Y los lacayos iban también lanzados.

Así fué, que sólo tardaron tres minutos desde la puerta de Alcalá al portalón de la Plaza.

Por él se perdieron los dos flamencos y los dos lacayos, causando un sentimiento de extrañeza en los que los habían visto.

Entre ellos algunos, y gentes en la apariencia mucha cosa, los habían saludado con un profundo respeto.

¿Quiénes eran la ojinegra y su hombre?

CAPÍTULO II.

Principios de trasteo.

I

Cuando entraron en los corredores del corral del chiquero, se vinieron á ellos una multitud de personas de suposicion, ya se les considerase por su posicion, ya por su aficion al toreo.

—¡Ah, marquesa!—dijo á la ojinegra un señor de mediana edad, pero pintado, aliñado, echándola de pollo, y vestido con un bello y elegante traje de mañana;—usted es implacable: no se cansa de causar desgracias.

Y se comia con los ojos á la marquesa, de lo cual importaba muy poco á su marido.

Creía que queriéndole á él su mujer estaba segura.

Porque, ¿dónde había de encontrar ella uno que valiese, ni la sombra mínima de lo que él valía?

Estos maridos, de tal manera vanidosos, son muy cómodos.

—¡Y usted siempre tan galante, duque!—contestó sonriendo de una manera forzada la ojinegra.

Y al mismo tiempo, su mirada furtiva, inflamada de un fuego irresistible, parecía como que buscaba algo entre la concurrencia.

Y algo que le importaba mucho.

Su protuberante seno se agitaba y parecía que iba á reventar el corsé.

La gente de reondel que allí estaba, y que no decimos quiénes eran, porque viven y lidian, y porque no importa nada, los de á pié y los de á caballo y hasta los puntilleros, vinieron á saludar á los ganaderos, dueños de los toros andaluces que iban á encerrarse.

Cayó una lluvia de requiebros flamencos sobre la marquesa, se tiraron al suelo y se pisaron sombreros, se soltaron exclamaciones, cuyas palabras no se encuentran en el diccionario, palabras lanzadas sin miedo, y oídas sin extrañeza, lo flamanco, en fin, de lo flamenco.

II

De improviso la ojinegra se puso pálida y tembló.

Entre aquella córte que les rodeaba cariñosa y aun admirativamente, de toreros, aficionados y revisteros de toros, se abrió paso un mocito como de veintidos años, con su manera y su traje á lo chulo de Madrid, bonito como unas flores, descarado como un mico, y con un aire de importancia que parecia decir:

¿Y dónde está la mujé que á mí se me escape y no se muera en cuanto yo le entorne los clisos?

Gomoso á la flamenca.

Chulito de á pié de los de la espuma de la crema del género.

En fin, yo no he podido descubrir el misterio de la gracia que tienen para las mujeres.

La verdad es que ellos las vuelven locas y que de ellas viven y las matan.

III

Al ver este mozo, la ojinegra se puso mala.

Se la turbaron los ojos, que soltaron un relámpago.

Pero era una hembra muy maestra.

Sabia que no estaba entre tontos, y se contuvo, se reprimió, se quedó serena.

Y al mismo tiempo dijo para sí:

—Este pillo me está dando á mí el tártago y lo conoce; si me quisiera seria otra cosa; pero en fin, ya veremos quién puede más.

—Señora,—dijo el chavó;—los otros dias el señor Capotillo tuvo el honor de presentarme á vuecelencia en la Muñoza, y vuecelencia me prometió que banderillearía; vuecelencia ha hablao al señor Currito, y vamos, esta tarde toreo: ¿me da vuecelencia premiso para que yo la edique la moña del bicho más malo que está ahora mesmito en er corrá?

—Me parece á mí que los toros de mi ganadería no los ha hecho Dios para que tú los trastees, muchacho.

—Eso lo ha dispuesto vuecelencia, seña marquesa,—contestó con aire de conquistador seguro de la victoria el chulito;—pero lo que es aquel liston corniveleto que nos está mirando, le quito yo, no digo la moña, sino las entrañitas pá ofrecérselas á vuecelencia.

—Pues la cogía va á ser menúa,—dijo la marquesa.

—Pues eso digo yo;—exclamó el mocito.

—Te ganas esta petaca,—dijo el marqués que

no reparó en los dobles sentidos que se habían cambiado la marquesa y el chulapo.

Y sacó de su chaquetilla una gran petaca de oro esmaltado, guarnecida de brillantes.

—¡Para qué, yo no fumo!—dijo el lipendi.

Y volviéndose al liston, dijo:

—Esta tarde nos veremos, güen mozo.

—Hay que avisar á la enfermería, —dijo la marquesa retorciendo el bello jocico.

—Para que curen á los que revienten de envidia.

La marquesa dió por terminada la audiencia, volviéndose al vaquero que estaba en el corro.

—Tio Chirigaitas, —le dijo, —usted no cuida del ganao; ¿qué tiene el Abejero que renquea del brazuelo derecho? Que no se le enchiquere, y con él de vuelta, y eche usted mano de los dos que han venido de reserva: y aluego que es una lástima que er bicho no puea defenderse; ya sabe usted que er que no tiene facultaes no pelea, aunque tenga más coicia y más tierra en la Habana, que Ponsio Pilato.

—Es, señora, que si se le calienta el brazuelo... —dijo el tio Chirigaitas.

—Aunque se le caliente el arma, ese cabayero lo que es por la presente no es de lidia.

—Lo que vucencia mande, —dijo el vaquero.

—No señor,—dijo para sí el chavocito que se habia comido la partida:—será lo que mande yo.

IV

La marquesa estaba encendida como una guinda, y por más que hacia no podia contener la agitacion de su seno.

Le gustaba el mozo que la mareaba, tenia miedo de ser maltratada y se defendia.

Pero se le iban los ojos hacia él, y siempre encontraba sus ojos entornados, burlones, insolentes.

Era aquello para irritarse, la seguridad que manifestaba el chavó.

Y todo esto pasaba desapercibido.

Tan rápido era y tan imperceptible.

Solo lo cogieron algunos tunantes y se aguantaban.

Porque á ellos, ¿qué?

Se acabó el enchiqueramiento sin accidente alguno y todos se fueron.

—Conque lo dicho, señora, la moña;—dijo el mocito á la marquesa rápidamente al oido y con una desvergüenza suprema.

—Güeno,—dijo la marquesa tambien al vuelo:—si no hay cornada, habrá puntilla.

—Ni tan siquiera.

La marquesa se apartó altiva, despreciativa, imponente.

—Si se sale ese pillo con la suya,—dijo para sí, —me ahorco. ¡Jesús, qué fatiga!

A la marquesa ojinegra, á la hembra mixta entre aristócrata y gitana, la quemaba la sangre el que un tal bicho la torease.

Pero á su despecho se sentia enamorada hasta las entrañas.

Tal vez el misterio de la omnipotencia de los chulos con todo género de mujeres, consiste en la desvergüenza, en el cinismo, en la audacia de que están dotados.

Tal vez tienen en un cuerpo de hombre, una alma de mujer y comprenden á sus compañeras.

CAPÍTULO III.

Historias.

I

—¿Tú sabes trastear á dos bichos á un tiempo, gachó?—dijo al chulito un viejecillo que se le agarró al brazo, al salir del corralon.

Era el señó Capotillo, un banderillero viejo que en toda su vida habia estoqueado, porque no, pero habia pegado pares como un ángel jasta ar toro é San Lúcas, y sabia más de toros que el que los inventó, de tal manera, que los mataores más famosos no tenian inconveniente de pedirle consejos y de llamarle maestro.

II

Era muy viejo.

Como que habia conosío y tratao al señó Pedro Romero, y á su hermano Juan, y al señó Pepe-Hillo, y á Costillares y á toa la gran trinca der reondé jasta el señó Jordan, el Chiclanero y el maestro Cúchares.

Aquí se paraba el señó Capotillo, y recogia el percal y se sentaba en el estribo de las tablas, y decia que no pasaba de ahí, porque en Cúchares se le acababa la memoria del toreo y no queria acordarse de más.

Se habia cortado hacia más de cuarenta años la coleta, y el hombre vivia como podia de lo que le daban algunos señores aficionados al arte, y de ponerse en las corrias de apuntaor detrás del presidente, que la mayor parte de las veces era un concejal tendero que no sabia ni pizca del arte de los cuernos de plaza, para que no cometiese alguna asnalidad que produjese una silbatina en menoscabo del prestigio del Municipio, que en la Plaza de toros los morenos no respetan ni al *Sursuncordam* si se les hinchan las narices.

Andate con bromas con el pueblo soberano cuando está en los tendíos, y verás lo que es *meleja*: allí no hay ni Rey ni Roque.

La vocina y el cencerro son los que imperan, y los gznates de hierro que la sueltan vivitas y coleando y los pitos que le paran la sangre á un bragao de Miura.

En ninguna parte es el pueblo español más español y más soberano que en la Plaza de toros.
¡Vaya una injundia!

III

—Dios guarde á usted, señó Capotillo,—dijo el mocito;—pus mire usted, tengo miedo.

—Es mucha vaca, muchacho;—dijo el pureta, que ya era pureta el viejo torero;—y que antoadía el cabestro que guarda á la vaca no se ha alegrao; pero mucho ojo, porque si er güey jase por tí, te revienta: conque á parar los piés, y mucha percalina, y mucha sangre, y mucha intencion y sin entablerarse; ¡oyes tú, chiquiyo?

—Lo que es ar güey,—dijo er chavó,—lo pongo yo patas arriba de tres capotazos, le mancuerno y me lo como.

—De eso hablaba mucho la ifunta,—dijo el señó Capotillo:—en fin, vamos á tomar ese pesetero y que nos lleve ar cormao, y allí correremos unas cañitas, y entre cañaverál y cañaverál jaremos nuestra composicion de lugar; que hay tela, chiquiyo, y sería lástima echarlo á perder.

Pararon al simon, se metieron en él y se fueron á uno de los cormaos andaluces que toavía quedan pa que no se pierda la casta.

Y no decimos donde estaba er cormao aonde jueron, porque no semos plana de anuncios ni hacemos reclamos.

IV

Pero era, en fin, un establecimiento de estos en que se come mal y se bebe peor, y que sin embargo están muy concurridos por la gente del bronce, que se deja allí los orchanes que es una compasion.

Se metieron en la trastienda el señó Capotillo y Juanito la Pulga, que así se llamaba nuestro chulo.

En cuanto al apellido paterno no lo tenia, porque era hijo á trasmano, como si dijéramos, de padre desconosió, y por su madre, que era gitana, se llamaba Pulgon.

Pero se creyó cosa fuerte llamar Pulgon á aquella criatura cuando niño, que era un ángel de Dios de bonito, y le llamaron Pulga, y con Pulga se quedó.

Pidieron un cañaveral sin comía, que la manzanilla no se ha hecho sino para beberla sola.

El señor Capotillo tosió, se limpió el gazzate

y se tragó en el aire una caña segun todas las reglas del cañeo, y como hombre práctico.

Paladeó, hizo un gesto, y dijo:

—Mayor de edad: ya se pué casar sin licencia subía á la parra como una señora.

—Er que está subío,—dijo el mozo, que se interesaba por el honor de la casa,—es usté, señó Capotillo, que la manzanilla no.

—Tú te cayas,—dijo el torero viejo,—que bastante tenemos con aguantar lo malo, sin necesiá de que encima nos den jaqueca.

El mozo se fué refunfuñando.

V

—Pus como yo te he dicho por el camino, chaval,—continuó el señor Capotillo,—tú te vas sin cumplimiento á la res, como si fuera de algodón y no te pudiera dar un trompazo.

—Calle usté, comparito, que esa jembra está chalá por mí.

—No me opongo, pero tampoco puedo permitir, porque te estimo, que te metas en jurisdiccion así de cualquier manera, como si fuera una cabra; pero guarda el bulto, chavó, que mira que hoy en el apartao ha estao contigo un poquillo pegajosa.

—¿Quién ha buscao á quién?—dijo lleno de vanidad Juanito la Pulga.

—Vamos por partes, que tóo tiene sus trámites, compare. Dime tú: ¿te tirarias tú la escopeta á la cara sin haber trasteao al bicho y sin ponerlo en la retitú?

—Ya se vé que no,—dijo con retintin el mocito:—pero tóo es segun y conforme; y cuando la veo se pone ella misma á la muerte...

—Poquito á espacio, y no seamos aquí fachen-dones y gilandós: la confianza es muy mala y echa á perder muchos negocios. Yo no lo niego, que cuando ella el domingo pasao te vió en el corralon se queó frita.

—¡Y que yo no lo conocí, ni nada, compare! ¡Y que no me juí detrás! ¡Y que no me dieron mal sobo trotando etrás de er coche que iba juío! Pero yo le igo á usté que no trotaba etrás de la madre, sino etrás de la hija! Vaya un prejuicio que es la tal niña. ¡Y por qué no la habrá llevao hoy la señá marquesa al apartao?

—Porque doña Consuelo chanela mucho, y ya vió ella el domingo pasao que no era á ella á quien tú te comias con los clisos, sino á la chavala, y que la chavala se mareaba con tus chulerías. ¡Cuando te igo que la cosa es demuchísimo cuidiao!

—¡Tres, señó Capotillo, tres!—dijo el chulo creciendo en impertinencia.

—¡Cómo que tres!—exclamó Capotillo tirándose al colete la sexta caña.

—¡Como que usted no conoce al ama é gobierno!

—¡Pero tú eres el cólera muermo, indino! ¿También te has pegao con doña Mariquita?

—¡Pus y los trámites que usted dice!—añadió ya en el colmo de la impertinencia el chulapo.

—¡Quién lo dijera! Una mujer tan puesta en sus puatos como doña Mariquita, que se alaba de no haber tenío en jamás é su via novio.

—¡Y qué quiere usted! ¡Las cosas raras! Alguno habia de ser el primero.

—¡Pero ya, chavó, ya?—exclamó toito hecho un asombro el señó Capotillo.

—Pues, por supuesto, hombre; la pasé dos veces en redondo y bien, voluntaria y sin intencion la muger, la dí un cambio, y pataplum una conviá en el café de Zaragoza, dos copitas, y pagando eya, y aluego en er coche, se le pasó de su borsillo al mio esta melopia y dos doblones de á ciento y unas pesetejas: tóo con su portamoneas.

—¡Y lo dises como si dijeras que habias cumplio con la Iglesia!—exclamó escandalisao el señó Capotillo, que jasta cierto punto era un hombre de bien.

—Adonde vá er mar, van las arenitas: ¿si me habia dao er arma, por qué no me habia de dar la bolsa? ¡Pus sin gaban! ¡Y qué güena mosa que es, y qué frescota y qué querensiosa.

—Pus si cá vez que tú la mareas te dá cuatro

mil reales, aunque no sea más que una corria por semana, te has puesto las botas, chiquiyo. ¡Hombre esto enrita! Los mocitos de mi tiempo no eran como los chulos de hoy en dia.

—¡Er progreso, tio viejo! Aquellos eran unos brutos: por lo presente la gente sabe: y lo mejor es que doña Mariquita tiene mucho juicio.

—Pus yo creia que tenia más.

—¡Usté cree que esté loca porque se ha guardao pa un moso como yo? Quite usté allá, hombre, si la mujer dice que la gloria de Dios no vale ná onde yo estoy: como que la quiero y me pongo barlú en cuanto se la adormecen los ojos, que los tiene muy hermosos.

—Que traigan otro cañaveral, chiquiyo, otro cañaveral y una aceituna pá pasar er tártago que me estás dando. ¡Habrá piyo!

—Tóo lo que usté quiera, que yo tengo que cumplir con usté, señó Capotillo, que si no fuera por usté, no me hubiera caido á mí el premio gordo é la lotería.

—¡Ná ménos que el premio gordo?

—¡Y de la estracion de Naviá!

—¡Echa!

—Ni un pesito más ni un pesito ménos, millones.

VI

En aquel momento sobrevino el mozo con otro cañaverál y un plato de las gordales.

—Vamos á ver si está subía ó está bajá,—dijo el mozo.

Abrió su boqueron el viejo, y se echó de un golpe en el gaznate una caña.

—¡Ajajá!—dijo:—más fresca que la chavala con-sabia: vaya si es verdad que el que no llora no mama.

—Es que se distrajo el amo, que no sabe pa-
quién se servia.

—Pus completos, y lárgate.

El mozo se fué.

VII

—Pus ha é saber usté, que la Maruja tiene mu-
cha guita, lo ménos cuarenta mil duros.

—Ya la has jecho gomitar.

—¡Pues por supuesto, hombre! La confianza y el
agraecimiento que me tiene, que dice que hasta
que me ha conosío á mí, no ha sabío qué era vivir;
pero er arma mia no se contenta con lo que le
ha robao á sus amos, y hemos jecho un plan.

—¡Cómo está er mundo, señó! ¡cómo esta er

mundo! No se sabe en qué botica se vende la vergüenza.

—¡La que usted ha gastao!—dijo Pulga.

—Hombre, cuando uno tiene ochenta años, ha gastao ya tóo lo que tenia que gastar, y antoadía encima.

—Pero antoadía roe usted las aceitunas.

—Eso sí, dentaura y boquis no faltan, y si se descuidia conmigo doña María...

—¿Quiere usted casarse con ella?

—¡Hombre!—exclamó dando un salto sobre la silla el señó Capotillo:—¿Dimpues de toa esa historia?

—Pus no estasté cosa é antiguo, hombre. Se ha contado con usted.

—¿Conmigo?

—Pus sí señó; la Maruja tiene aprensiones, y por el qué dirán quisiera casarse cuanto antes.

—¿Pus no estás tú ahí, que es lo naturá?

—¡Y los miyones!

—¡Ah! ¡ya! ¡sí! ¡Pero Jesucristo! ¡En qué tierra estamos?

—En la tierra é la verdá, y no hay ná verdá sino er loben. La chiquiya, la Manolita, ha hablao ya conmigo.

—¿Tambien eya?

—Como que la Maruja me mete en la casa por las cocheras.

—¿Pero, y la marquesa que está loca por tí?

—¿Pus no le igo á usté que tres? Y aluego que la Manolita no es hija de la marquesa, que el marqués se casó con ella viudo de la madre de la Manolita: ya ve usté que no se tocan náa.

—Aquí va á suceder una cogía, que solo de figurársela se echa un hombre á yorá.

—Oiga usté, señó Capotillo,—dijo el chulapo que la echaba, como hoy todo el mundo, de poeta; —se me ocurre una seguiilla.

—Pus venga de ahí.

—Alla vá.

En er altar der diablo
por gran decoro,
ponen por candeleros
cuernos é toro.

—¿Y náa más?

—Y náa más.

—Pero, ¿y la güelta é la seguiilla?

—Jágala usté.

—¡Yo! Pus oye:

¡Ay, compañero,
si contra tí se güelven
los candeleros!

—¡Quiá, hombre, quiá! Como si fueran de caracol.

—Tú no sabes quién es el marqués.

—Pus er señó marqués su esclencia, era jase

veinte años er comparito Macandó, er rey de los chalanes der barrio de la Viña en Cais.

—Vaya, hombre, ha gomitao bien la señora doña María.

—¡Vaya si gomita! ¡Jasta las entrañas la mujé!

—¡Palos! ¡Va á haber palos!

—¡Y de fuego, y que no sé yo pegarlos!

—Me tienes pegao á la paré, chaval; me tienes asombrao.

—Pus, sí señó, sí. A mí me lo suelta tóo la Maruja; la excelentísima señora doña María del Consuelo del Ampurdan y Villaviciosa, marquesa en propiedad de los Tres cotos de Alcora, donde tiene su ganadería, ha sido siempre una flamenca; pero deje usted, compare, que yo estoy trastornao, y pá haser memoria y acordarme bien de las cosas, me voy á tragar medio cuartillo. ¡A ver, mozo!

Se presentó éste.

—Una botella de *triple*;—dijo Pulga,—y cigarros de estanco escogíos.

El mozo trajo lo que le habian pedido.

Pulga se sirvió en una copa de agua la mitad del aguardiente, y se la tragó sin pestañear.

—Er dia menos pensao,—dijo Capotillo,—tocan á fuego porque vas á arder solo.

—¡Como si no estuviera yo siempre ardiendo! Vaya ese cigarrito, anciano, usted chupe, y oiga.

VIII

Pulga se recogió en sí mismo como para coordinar su relato.

Hubo un intermedio de silencio de algunos minutos durante el cual el señó Capotillo apuró una coleccion de gestos para hacer arder un cigarro, que era lo menos coronel de coraceros.

En fin, cuando el cigarro ardió, Pulga tosió, escupió, se tragó otra convidá, y dijo:

IX

—Pus voy á dirirle, á usted, señó Capotillo, lo que la otra noche me contó muy amorosamente la Maruja.

Hace veinte años, el chalan Joselito Macandó, era el gachó mas güen mozo de la flamenquería del barrio é la Viña, y el hombre se buscaba la via chalaneando.

Se fué una vez á Sevilla con un mandao de jacos de la Cartuja é Jerés, y se metió con ellos en la casa der señó marqués de los Tres cotos de Alcora, padre de la doña Consuelito, que apenas si tenia quince años.

La niña se habia criaó en las Monjas del Espí-

ritusanto, y acababa de salir de allí porque su padre queria casarla con un primo suyo.

Pero cuando la niña vió ar gitano, se mareó, se chaló; tenia mucha sangre y no se lo quiero isir; una noche entrecojieron á Joselito Macandó en el jardin de la casa en conversacion tiráa con la señorita: los lacayotes le dieron una güelta como pá er solo, er se defendió, acorraló á un ternejal, le metió una mojá, el otro, que no era manco, ar sentir la pinchaura le echó pa lante, y acostándose en la cuna le dió á Joselito el chirlo que antoadía le adorna.

Sobre tóo esto le metieron en la cársel.

El marqués se sofocó, se puso muy malito er hombre, y creyendo que se moria, quiso dejar colocáa á su hija, y la casó con su primo, que estaba medio tísico, y con er calor der matrimonio se le puso la sangre más blanca y más floja, y la entregó á los diez meses de casao.

Cuando se murió aquel marío que la habian pegao como se pega un carté en una esquina, al saberlo su padre, que queria mucho á su sobrino, y que estaba muy paderío, se sofocó cuando le vió muerto, se le subió la sangre á la cabeza y se jué ar otro barrio, dejando á su hija de diez y ocho años y más libre que el aire y más atrevía y resuelta que un gorrion.

A Joselito Macandó le habia seguido el difunto

marqués la cuestion por ladron que se habia metido á robar en su casa.

Er no habia dicho á la justicia lo que el gitano le habia robao.

Ella no lo dijo tampoco, porque Joselito era casao, y con una hija, y aónde vamos á parar. Hubiera sido una vergüenza.

Pero con los quisquis se lava lo más sucio.

Al mes de muerto el señó marqués, Joselito estaba en la calle más limpio que una patena y como si en tóa su vía no hubiera roto un plato, y se queó en Sevilla agradesió á la marquesa, que lo giso mayoral de su toráa.

La gitana, que era mujé de Macandó y madre de Manolita, achantó er mirlo y tragó estopa, porque la amistá de su marío con la señá marquesa era una mina, y pensando en que su churumbelilla fuera rica, aguantó; pero con tales ánsias que se puso ética y se las compró pa la gloria la infelizota.

Tanimientras, Joselito Macandó, que ya era un gran ginete, aprendió á garrochar en la dejesa, y á luego se tiró ar redondé, y giso gentes, por lo que él mojaba y aguantaba en los tercios y tóo por derecho y sin camama, no se le habia visto hacer á nasido.

En fin, que ensendía que estaba la marquesa, se ensendió más cuando vió la nombredía que ha-

bia echao su amigo, y sin peirle á naide lisensia, se jué á la vicaría con el picaor, y los tomaron los ichos y los coyundaron pá que tirasen de la carreta.

Ella, como tan bien la habia compuesto el gitano, se acostumbrió á las varas, y las tomó bien y las toma siempre que se vé en jurisdiccion, y es en fin la chula más chula y la barbiana más barbiana que se pué apetecé y apetecible por tóo lo alto.

Lo que es la Manolita no se quea atrás, y si yo no me la he encontrao reliría, ha sido por un milagro.

—O porque á tí te se ha figurao.

—¡Si me querrá usté isir á mí! ¡No, que ar mozo le suelta naide una monea falsa!

En fin, que yo estoy barlú, señó Capotillo, y me lo he traio á osté pa convidarlo y darle un consuelito de agrade sío y ahí vá ese billete de cien pesetas, y aconséjeme osté, que me hace mucha falta.

—Dios te lo pague, hombre, Dios te lo pague, que hace mucho tiempo que yo no he visto tanto dinero junto, y ya que me pides consejos, voy á darte er más urgente: por úrtimo, no bebas más, que si pá entrar en er reondé es buena una gotita pá perder la aprension, más, daña: seguidamente, tú te has comprometío con la marquesa á darle la moña der liston; mucho ojo, chiquiyo; el Abe-

jero ha estudiao en Salamanca: aluego es arrecójio, y corto de brazos y rejecho, y debe ser un rayo; no te vayas á él por derecho, niño, y guarda el piton dizquierdo, que como si lo viera el bichito es zurdo, ¿entiendes tú?

—No me digasté á mí lo que hay que jaser con er bicho, que yo lo tomaré como er vengá y osté me dará luego las gracias.

—¿Y donde has toreao tú, niño?

—En er mataero de Sevilla.

—Güena escueia: ¿y no has pisao er reondé?

—En los novillos, que para las corrías no tenia yo ropa; pero ahora ya verá osté: un traje blanco, blanquito tóo, en prata, porque yo estoy oncello de reondé, y es menester que tóo er mundo lo sepa, porque así estimarán más lo que yo jaga. Y oícasté, jagasté tóo lo que puea por mí; que osté como siempre estará en la presiencia pá que no se diquivoque el presente y le toquen los pitos.

—Pus por supuesto, hombre; y si piden que mates, segun vengá, matarás.

—Pus, muchas gracias, señó Capotillo, que ya sabia yo que era osté un hombre de bien y amigo: ¿y ahora ellas? Ese es el consejo que yo más estimo.

—¿A cuál quieres más?

—Cáa una por su estilo, las tres; pero la guita es lo primero.

—Pus entonces, la marquesa.

—¡Pero si es casáa!

—Y eutonces, ¿cómo van á venir los miyones?

—¿Cómo qué? Porque la marquesa, que ha pro-hijao á la Manolita, la ha dao veinte miyones de dote.

—¿Qué dice la Maruja?

—Pus la Maruja dice que trastear á la marquesa, darla un cambiazo, y casarme con la Manolita; pero que ella, por su honra pública, necesita casarse con usté, que es usté un hombre formal y pacífico.

—Pus si por mí no llueve, agua Dios,—dijo el señó Capotillo:—y llama, muchacho, y que nos traigan una sopa y un par de chuletas, que en er reondé se debe entrar ni lleno, ni vacio, y ya es hora: que tienes que ir á ver á la marquesa ya vestío, y te dará conversacion, y llegará la hora de ir á casa de tu mataor, para ir con él en la carretela á la plaza.

—Lo que usté mande eso se hace, y andando.

Media hora despues, entonáos, pero no borra-chos, y con un forrito en el estómago, los dos com-padres tomaban un alquilon, y se hacian llevar al barrio de las Peñuelas, donde Juanito Pulga vivia con su madre.

CAPÍTULO IV

Un arcángel gitano.

I

En una casita, muy blanca, muy limpia, rodeada de un jardinito, al borde del barrio de las Peñuelas, sobre el paseo de las Delicias, se detuvo el carruaje en que iban el torero viejo y retirado y el torero incipiente.

—Por supuesto, señó Capotillo,—dijo Pulga,—que no le iga usté á mi madre el lio en que yo estoy metío, que mi madre es muy santurrona, y por tóo me regaña. Yo la he dicho que er señó Currito me ampara, y que él me ha adelantao los dineros pá comprame er traje.

—Pus por supuesto, chiquiyo: tóo lo emás se quea para nosotros,—dijo Capotillo.

II

Entraron.

La casa convidaba de limpia y fresca.

Hacía calor y las ventanas estaban entornadas.

En los primeros momentos, yendo del sol, no se veía bien.

Así es que el señó Capotillo no pudo hacerse cargo de la persona que al entrar ellos, dijo:

—¿Eres tú, hijo mio? ¿Quién viene contigo?

Aquella voz era dulce, querenciosa, triste.

Una voz apasionada.

Una voz de ángel, en que asomaba un amor maternal delirante.

Y al mismo tiempo una voz fresca, sonora, jóven, con esa acentuacion blanda, cadenciosa, insinuante de las gitanas enamoradas.

Un cántico dulce y poético.

Una atraccion irresistible.

III

—Es el señó Capotillo, madre, un hombre muy grande: como que er reondé se asusta cuando le vé en er parco é la presiencia.

—Ese señó, viene á su casa,—dijo con la voz siempre dulce y triste la gitana.

—Pá serví á usté con las entrañitas tóo er tiempo que Dios me conceda de vida, señora,—dijo el señó Capotillo, que por ser viejo no dejaba de ser galante á su manera.

IV

Ya á este tiempo Capotillo se habia acostumbrado á la luz del interior, y habia abierto la boca tan grande como la tenia.

Se habia encontrado con una prenda güena.

Con un arcángel melancólico, vestido humildemente con el tosco sayal de San Francisco.

Capotillo que, como se ha visto, era un pícaro que no carecia de corazon y que era muy experimentado, se estremeció.

En la madre de Pulga habia adivinado una historia de dolores.

Era mucha mujer aquella.

Demacrada, pálida.

Pero con su palidez y su demacracion espiritualmente hermosa.

Con esa hermosura celeste que proviene de la virtud sujeta al martirio, soportada con resignacion, con grandeza.

Con esa hermosura que impresiona al alma.

Y como el alma y el cuerpo no pueden separarse mientras dura la vida, por donde echa el alma el cuerpo sigue.

Si el alma se conmueve, el cuerpo arde, y esta influencia del espíritu sobre la materia, tiene un poder incontrastable sobre todos los seres humanos.

Sobre ellos y sobre ellas.

Sobre los jóvenes y sobre los viejos.

Sobre los buenos y sobre los malos.

Sobre los feos y sobre los hermosos.

Sobre los pobres y sobre los ricos.

Hay algo, en fin, que lo domina todo.

Y este algo es el sentimiento.

V

Aquel algo misterioso brotaba á raudales de Antonia la Claveyina.

Se hacia sentir de todos.

Enamoraba á todos.

Era necesario ser un poste para no sentirse agitado por el cúmulo de encantos que se exhalaban como una atmósfera de vida, de Claveyina.

Solo su hijo era insensible á este poder de fascinacion.

Claveyina no le podia meter por vereda.

Mimado desde la infancia, adorado desde la

infancia, se habia acostumbrado á hacer su santísima voluntad.

¡Ah! ¡Las madres abandonadas! ¡Desventuradas, ansiosas de amor, que no tienen otro que el del pobre niño que con ellas ha abandonado un hombre miserable!

¡Ah, las soñadoras que han creído en las promesas del deseo, y han dado amor del alma por lodo é infamia!

¡Ah, pobres criaturas, cuando llega la hora del desesperante, del humillante desengaño!

¡Que sienten su amor escarnecido, su lealtad burlada, sus esperanzas perdidas, sus sueños desvanecidos sobre el cieno!

Y luego, el mundo injusto, que castiga la desventura como si fuese un crimen.

Que ha inventado el desprecio estúpido á lo que debia respetar.

¿Pues qué, Claveyina no era una mujer pura?

¿Pues qué, Claveyina, hermosa, hermosísima, conmovedora, no habia afrontado valientemente el sacrificio?

¿No se habia ganado honradamente su vida, errante por todas partes, sola en el mundo, lanzada ignominiosamente de su tribu, con la cabeza alta y resplandeciente, porque tenia la conviccion de su dignidad y de su buena fé burlada, con su chorré sobre la cadera, vendiendo cestos, cordones

de pelo, libritos de los Evangelios, echando las cartas y diciendo la buena ventura, cuando no bailando, y cantando, y punteando, como un arcángel en las casas de las gentes ricas, y más tarde, cuando vino la moda, en los cafés flamencos?

¡Qué libertino rico, qué buscador de placeres de paso y aun de galope, podía jactarse de que los negros ojos de Claveyina se hubiesen posado encandilados en los suyos, ni que hubieran hecho estallar un beso en su lábios ansiosos, los purpúreos y frescos y húmedos lábios de la gitana?

Ella sonreía sensual á todo un público.

Besaba con los ojos á todo un público.

Envolvía á todo un público en su zapateado, en un ¡ole! en sus seguidillas, en sus peteneras, en sus corraleras, en su soleá, en los pliegues de su flotante falda, bajo los zapatos de cordobán amarillo de sus pequeños piés, en el movimiento de sus dulces brazos abiertos como para cojer y dar el amor, en el repique de sus castañuelas, en su salmodia del cante flamenco, con sus melodías dulcísimas, con su cadencia lánguida, con sus notas graves ó extensas, suspirantes ó bravas que envolvían al espíritu de los oyentes en una nube de sueño.

Y todo por las diez pesetas.

Por una renta cobrada al día.

Perdida el día en que una ronquera ú otro

cualquier accidente suspendiera su presentación sobre la tarima.

Todo para criar á aquel hijo de su dolor, sin el cual Claveyina hubiera ido á encerrar sus desdichas al claustro.

VI

Hay criaturas que son idilios.

Más aun, poemas de sentimiento.

Y poemas sublimes.

El vulgo no comprende, no analiza estos poemas vivientes.

Pero siente su influencia.

Todos, pues, los que conocian á Claveyina, la amaban y la respetaban.

Jamás en el café, en los intermedios de su trabajo, la convidaba nadie á una copa.

Jamás se hacían oír esas indignidades que caen á granizadas sobre este género de artistas.

Claveyina estaba protegida por todo el mundo.

Por todo el mundo respetada.

Así era que los tunantes se tenían á raya.

Pero se le habían hecho infinitas propuestas de casamiento.

La respuesta de Claveyina había sido siempre la misma:

—Con mil amores si pudiera ser; no es por des-

preciar á usted; muchas gracias por el favor que usted me hace; pero yo no quiero dar padrastro á mi hijo; yo me he muerto ya para el mundo.

Y no habia quien la sacara de aquí.

En cuanto á proposiciones de otro género, Claveyina las rechazaba de tal manera, con tal bravura y despreciativa altivez, que el adelantado grosero salia mal herido y no volvía á atreverse.

VII

Un dia, un charrán de los que nada respetan, de los que se creen omnipotentes, de los que se irritan á muerte cuando una hembra brava les dá un aletazo en las narices, la robó su hijo cuando Juanito tenia apenas seis años.

Claveyina vió claro, sin una sombra de duda, de dónde venia la aratá.

Compró una navaja guifera, se esperó á que llegase la noche, se fué á esperar al charrán á la salida de la timba, y le dijo:

—Oye tú, Pantomina,—así se llamaba aquel perdío,—con licencia de los señores tengo que icirte; echa pá alante.

— Pus jasta la vista, amigos,—dijo con acento triunfante el pícaro.

Claveyina se lo llevó al rincon de un derribo.

A un seno lóbrego.

—¡Cuando decia yo que tú te vendrias á mí como una palomita!—dijo el tunante.

—¡Y vaya si me voy!—dijo Claveyina.

Y metiendo el brazo, le dió en la jeta un corte que le partió los dos lábios y le saltó cuatro dientes.

—¡Ay Dios mio!—exclamó Pantomina,—que esta perra me ha matao.

—Matao, sí, que no se borraré la mataura,—dijo con voz ronca Claveyina;—pero muerto no, y mira que si mañana no tengo yo mi niño en mi casa, te reviento y vas á verle las barbas á San Pedro y San Pablo.

Los otros tunantes, que se habian ido á la husma, y que habian oido el grito que al verse herido habia soltado Pantomina, acudieron, y al verle con los morros ensangrentados, y escupiendo dientes, dijo uno dirigiéndose á la gitana:

—¡Pus anda, Claveyina! ¿Y esos son los besos que das tú?

—Y lo abro en canal, como á un guarro,—dijo Claveyina que estaba trasportá,—si no me digüel-ve mi hijo que me ha robao ese mala sangre.

Todos se pusieron de parte de Claveyina.

Llevaron á Pantomina á una barbería donde le curaron.

Le hicieron luego gomitar dónde estaba Juanito Pulga, se lo quitaron, se lo llevaron á su ma-

dre y la dieron una serenata de guitarrones, guitarras y bandurrias, á que asistió medio barrio.

Cuando se enteraron, hubo quien juró que iba á descordar á Pantomina por falton y canalla.

Hubo aguardiente y buñolada largos.

Cuando se fueron, Claveyina, delirante de amor, acostada con su pequeño, pudo hartarse de besarlo, llorando, y estrechándole convulsivamente entre sus brazos.

Tenia todavía la mano derecha manchada de sangre.

Tal vergüenza le dió á Pantomina de haber sido señalao por una mujer, que se fué con sus tunanterías á otra parte, donde dijo que aquél corte en la fila se lo habia dado un hombre mu grande que él habia reventao.

VIII

Tal era la madre de Pulga.

Por él lo habia sacrificado todo.

Por él vestia un hábito de San Francisco, sobre el cual, por la noche, se ponía un traje con muchos faralares, y el manton de Manila y la moña en la castaña, y las horquillas de filigrana en los rizos, y la gargantilla, y las caenas de plata y oro, y los relicarios en la garganta á lo flamenco, y los broquelillos de diamantes en las orejas, y las tum-

bagas en las manos, y los brazaletes de oro, tóopa trabajar por su niño, y ganar guita.

IX

Claveyina, que habia trabajao mucho, y muy honrámente en este mundo, estaba riquilla, y el chaval abusaba en sus primeros vuelos.

La enamorada madre, que se miraba en sus ojos, no sabia negarle nada.

Pero el amor, por idólatra que sea, no mata la energía en los séres verdaderamente fuertes.

Claveyina comprendió que cediendo á todos los caprichos de su hijo le perdia.

Se acusó de haberle educado mal por amor.

Por temor de que se le muriese, si por no darle gusto se irritaba, y se emperraba una vez sobre otra vez.

El muchacho estaba enmadrao, adoraba á su madre, pero la tiranizaba.

Cuando Claveyina acudió al remedio, era ya tarde.

Juanito estaba completamente viciado, y habia salido de mala ralea.

—¡Como su padre!—dijo para sí llorando con todas las lágrimas de su alma Claveyina.

Y entonces, porque Dios, que todo lo puede, hiciera el milagro de corregir á su hijo, se puso

para toda su vida á raíz de su delicada carne, el burdo sayal de San Francisco, y se colgó además el escapulario de Nuestra Señora de la Soledad de la calle de la Paloma.

Esta era Claveyina .

Una criatura excepcional.

Una criatura adorable.

Una desventurada.

CAPÍTULO V.

Primera despedida para el redondel.

I

El señó Capotillo estaba embelesao, embobao, con los ojos puestos en blanco.

—¿A que no ha visto usted, comparito, en tóos los días de su via, una jembra como mi madre?—dijo reventando de soberbia Pulga:—por esta madre-cita es por lo que yo me afano.

—Sí, pa quitarme la vía, señó,—dijo con acento suspirante Claveyina:—y si no, mie usted qué ocurrencia de echarse ar reondé; ¡á que me lo mate un toro y á que yo me muera é susto! ¡Várgame Dios y que tártagos que la jasen á una pasar los hijos!

—Deje ustedé, señora,—dijo Capotillo,—que de cien toros uno coge, y de cien cogías apenas si hay una que liquié: y si no ahí tiene ustedé á manta toreros que están jechos un mapa á cornáas y se manifiestan tan sanos y tan campantes como ustedé, como yo y como la compañía.

—¡Ay señó,—dijo Claveyina,—que yo soy mú esgrasiá, y lo que á naide le pasa, me pasa á mí! ¡Por el amó é Dios, señó, que si ustedé pué, le quite ustedé á mi hijo é la cabeza esa temeriá!

—Pus yo necesito ser un hombre y ganar parné, y yo no sé jase otra cosa más que toreá, y á toreá me echo,—dijo con un acento de rebeldía lanzada Pulga.

—De móo y manera,—dijo suplicante Claveyina,—que tu madre ha ganao trabajando lo bastante para que chalaneando, y en eso no hay peligro, te ganes la via.

—Queno, que no, que yo quiero vivir en grande y que me den parma, y criar nombredía, y que tóo er mundo diga: ese es un hombre mu grande, y tener muchos olivares y muchas dejesas como tienen otros que no sirven pá escalsarme á mí, y eso que ya verán, y si no ¿para qué me he dejao yo la coleta que ya tiene dos deos?

—Lo bastante pá sujetar la moña,—dijo Capotillo,—y ya crecerá, niño, ya crecerá, y con ella la nombredía; y consuéllese ustedé, señora, que yo

soy Capotillo, y miro por su [hijo de usted, y solo con que yo mire, se pué reir de los toros. Eso no es náa, yo se lo igo á usted.

—¿Si me querrá usted isír á mí lo que son toros, hombre?—dijo Claveyina;—si este no tuviera arate y vergüensa, camamearía, haria lo que jasen tantos fantasmones, siempre bailando el bolero y fuera é cacho y sin lacha, y entonces vamos andando; pero en cuanto á mi chaval le igan una esvergüensa ó le toquen el cencerro ó le piten, ¡ay maresita mia der Carmen! se ciega, no sabe lo que se jase, y me lo enganchan por la barriga.

Y Claveyina se echó á llorar desconsolá.

—Ya sabia yo que íbamos á tené toritos y cañas,—dijo de muy mal humor, Pulga:—en fin, la cosa no tiene remedio: me han puesto en los carteles apadrinao po er señó Currito, me han enviao el vestío, y es menesté cumplí como hombre onrao: ¿dónde está el vestío, madresita?

—En la cama,—dijo Claveyina entre sus lágrimas,—y Dios y su Santa Madre quieran que no vengas á ella mal gerío.

—Pus vamos, señó Capotillo, que es ya tarde,—dijo Pulga metiéndose en un cuarto, á donde el torero viejo le siguió.

Claveyina se quedó hecha una Magdalena.

II

—¡Pus sabes tú, chorré,—le dijo Capotillo,—que tienes tú una madre que vale másque toas las cosas! ¡Vaya una mujé! ¡Y por qué la atormentas, hombre?

—Ya se estaté cayando,—dijo Pulga,—que yo no la he visto llorar nunca como ahora, y se me ha apretao el garlochí, y me va entrando ginda-ma: é verita que no sabia yo lo que yo queria á la madre de mi alma.

Y á Pulga se le arrasaron los ojos, lo que queria decir que no era del todo malo.

Pero de improviso, añadió ya con los ojos secos:

—¡Mire ustedé qué traje! Blanquito, blanquito como la nieve, que vá á dar golpe: ¡y que con la prata no reluce! Prata fina, ¿entiende ustedé? No ha costao ménos que doce mil rialasos.

—¡Y todo la doña María!

—Entre las dos: ¡vaya! ¡si las tengo locas! solo que la chavala se resiste...

—¡Pus no icias?...

—Le iré á asté, cuando yo doy una cosa por jecha, como si estuviese jecha; pero la pitusa dice que bastante jase ya con casarse con un perdío, y se efiende: y aluego que ha olío lo é la Maruja, y

ha chanelao que la Consuelo me mira con buenos ojos...

—Vamos, déjate de regodearte con tus cosas, chiquiyo, y ponte bien esos calzones, que ajusten, y no jagan arrugas: ¡calla, y medias é sea!

—Pus sí señó: tóo ar pelo.

—Ven acá, hombre, ven acá, que es menester enseñarte á vestirte; estírate bien esa camisa, que no jaga burtos: ahora la faja: no te la aprietes mucho, chavó, que no te fatigue: la chaquetilla, hombre. ¡Ajá! Ahora dá dos patás y estírate, y que er traje tome asiento, y que no te envare, que mira tú que pa la brega es menester estar mu esembarasao, como si se juera en pelota: ¡vaya un torero bonito: hombre, vá á ver asidentes en la plaza: y er capote blanco tambien, y de sarga doble que no le pasa una faca, y muy bordao! Pus mira: no te han robao: vale los doce mil como un ochavo: y eche usté moña: y la monterilla sevillana: ¡olé! ¡viva el lujo y la gracia! Deja, que te voy arreglar la moña, que te está un poco tirante, andandico: deja, que voy á salir ántes que tú: no salgas jasta que yo toque la marcha rial.

III

El señó Capotillo salió.

Claveyina estaba en un rincón encogida en una silla, llorando que se las pelaba.

—Vamos, señora, — dijo Capotillo, — no llore usted más, y quitesosté las ligañas pa ver al chavosito; que en viéndole usted que le vea, se le van á quitar á usted toitas las penas.

Y tras esto el señor Capotillo soltó estrepitosamente la marcha real imitando el trompetín y los timbales.

Juanito Pulga apareció con gran prosopopeya.

Llevaba el capote puesto, terciado y recogido en el brazo izquierdo, pendiente el brazo derecho, y blanco como la nieve y reluciente como el sol.

No llevaba negro más que la monterilla y las zapatillas.

Claveyina alzó la cabeza.

Se puso pálida.

Ardió en sus ojos un relámpago de pasión.

Se la contrajo la boca en una expansión hambrienta, y exclamó con un acento cuya prosodia no podemos hacer sentir:

—¡Ay, qué hermoso te he echao yo ar mundo, hijo mio, pa que mates á esta desventuraita de tu madre!

Y saltando de la silla se avalanzó á su hijo y le abrazó de una manera convulsiva.

Pero contuvo sus lágrimas, para no manchar con ellas el hermoso traje.

—¡Anda, anda con Dios, hijo de mis entrañas, —dijo al fin,—y Dios quiera que tan blanco como vas no vuelvas colorao!

—¡Y ustedé, madresita, no viene?—dijo conmovido Pulga.

—¡Yo! ¡sí! ¡yo! Yo me voy á rezar por tí á la Virgen de la Paloma.

Pulga se arrancó de los brazos de su madre y escapó.

Si no aquello no se acaba en diez años.

El señó Capotillo siguió á Juanito.

Los dos se metieron en el simon que los habia llevado.

Claveyina estuvo en la puerta, pálida, convulsa, llorando, hasta que el carruaje se perdió tras la primera esquina.

Luego entró en su casa.

Se puso sobre los hombros un pañuelo oscuro, otro negro en la cabeza, salió, cerró, guardó la llave en la faltriquera, y partió á escape á arrojarse de rodillas ante el altar de Nuestra Señora de la Soledad.

Esto hacian las mujeres, las madres, las hijas de los antiguos toreros.

Mientras ellos bregaban con los bichos, ellas rogaban por ellos á la madre de Dios.

CAPÍTULO VI.

**Un amor con más cabeza y más sentido
que un salamanquino.**

I

Los marqueses de los Tres cotos de Alcora, tenían un hotel enorme, más bien un palacio, en uno de los barrios nuevos más á la moda del ensanche de Madrid hácia la parte del Norte.

Cuando llegaron, el portero, que era un andaluz neto, que estaba cencerreando en una guitarra en un pabellon á la derecha de la puerta de la verja, dejó el instrumento, se levantó, y les salió al encuentro tendiéndoles las manos.

Conocia mucho al señó Capotillo, como que éste privaba por lo sábio que era en todo lo que se

refería á los toros y á los caballos, y aun á las yeguas, con el señó marqués, que no veia más que por sus ojos, y muchos inviernos se lo llevaba á sus cotos de Alcora, donde tenia una casa de campo que era la novena maravilla del mundo.

—Dios guarde á la buena gente,—dijo el portero, estrechando á un tiempo una mano á cada uno de los dos amigos, pero dando como era debido la derecha al más viejo;—sin majo que vienes tú, chavó, pero mú manchaiso, yo no he visto nunca un torero de ese coló; te paeses á la estánta der Comendaó en la comedia de *On Juan Tenorio*.

—¡Gachó!—dijo con cierto desdén Pulga;—pus si los bichos que voy á torear son tan pegajosos como tú, mus ha caío er terno seco: arsa er párpago, compare, y dile á la señora que aquí estoy yo á vesitarla por si no pueo vesitarla más, con mi amigo er señó Capotillo.

—Pus yo no sé si la señora resibirá,—dijo el portero,—porque se está aviando pa ir á la corria, y er señó marqués se ha díó á la prasa, para cuidiar de su jasienda, que ya sabeis que la corria es de benefisensia, y de rumbo, y en competencia el ganao con er der conde de la Jarojilla, que dió los bichos de la corria pasá, que jué de las de güitinga de güena, y ya sabe usté, señó Capotillo, que si no se les pone un poquito de unto á los picadores en las puyas pa que se ablanden, y si no

se les faja con prata pa que no les teman á las costalás, si se habian é quear en er reondé treinta carroñas, no se quean más que dies, y ansí mesmo hay que darle un untillo ar contratista é las sardinas pa que eche ajuera á las de menos fuersas que una oblea, y no pian estopas, y...

—Párate ya, hombre, que no vas á acabá nunca, y si yo no te he soltao una larga es porque queria sabé si golvería el señó marqués por la señora marquesa, porque yo venia tambien á visitar al señó marqués.

—Es lo mesmo,—dijo el portero,—pero yo no sé, como ya he dicho, si la señora resibirá: porque cuando su eselensia se mete en el tocaor...

—Párate, hombre, que ya vas tomando otra vez carrera, y avisa,—dijo el señó Capotillo.

—Pus pasen ustés, que en el recibimiento está Juancho.

II

Juancho no fué tan pesado como el portero.

Fué á anunciar á los visitantes, y volvió inmediatamente diciendo que pasasen.

—Pus mira, Juancho, guia tú á éste, que yo no hago falta, y mientras él acaba yo voy á visitar á doña María,—dijo el señó Capotillo.

—Entonces, cuando usted sea servíc, güen mozo.

Y echó á andar delante de Pulga, que pasó contoneándose por cuatro ó cinco magníficos salones, y entró luego en el jardín.

Juancho le llevó á un templete de verdura, formado por espesas acacias donde no penetraba la luz sino amortiguada, blanda, fantástica.

Se sentia allí la deliciosa frescura de una fuente, que brotaba en el centro entre peñas, artísticamente compuestas.

Se aspiraba el olor múltiple de las flores que se refundia en una fragancia suave.

Aquel lugar solitario y silencioso parecia perdido en el centro de un bosque.

Por los umbrosos senderos que hasta allí conducian, pasaba leve y refrescado el viento.

Sobre el césped habia en un lado una preciosa estera japonesa, y sobre ella algunas mecedoras maqueadas, lujosísimas.

El canto de algunos pájaros puestos en jaulas entre la espesura, y el rumor de la fuente, eran los únicos ruidos melancólicos que turbaban el profundo silencio de aquel pequeño edén.

—La señora va á venir,—dijo Juancho.

Y se fué.

—¿Cuándo será esto mio?—dijo suspirando Pulga:—¡Pus no, yo toitico esto me lo trago!

III

Se sentó en uno de los sillones largos y se puso á mecerse, en armonía con el mecimiento de su imaginacion en sueños deliciosos.

La fortuna le llevaba viento en pompa, y todo esto por su mérito; ¡porque un gachó como él!...

Cierto era que hasta entonces no habia triunfado más que del ama de gobierno.

Que la marquesa le habia andado aquella mañana con infundios, y se habia manifestado aplomada, intencionada y marraja.

Que la Manolita pedia casaca.

Que habia, en fin, dificultades para el negocio principal.

Que habia que ganarlo.

Pero Pulga confiaba en sus grandes recursos.

Tal estaba de traspuesto en sus propósitos, y tan poseido de sus deseos, que no se acordaba de que dentro de poco pelearía en la arena con bichos de mucho respeto, ni de la pobre de su madre que estaba sin duda en aquellos momentos arrodillada delante de Nuestra Señora de la Soledad, rezando porque no le sucediera ninguna desgracia.

Hay para las madres situaciones de agonía por sus hijos, que nunca les agradecerán bastante ellos.

IV

De improviso Juanito saltó de su mecedora y se avalanzó á uno de los senderos.

Habia sentido el roce fuerte y rápido de un traje de seda.

Consuelo apareció.

Al verla Pulga se puso pálido, se le alborotó el corazón, extendió los brazos, y exclamó con una vehemencia y un ánsia, de que él mismo no se hubiera sentido capaz por ninguna mujer.

—¡Ah, diosa, que me has matao!

Y se echó para adelante sin intencion, aturdi-do, dominado, como descoyuntado.

Consuelo extendió los brazos y le contuvo con sus pequeñas manos.

—¡Charrán!—le dijo;—¿piensas tú que se me puede venir á mí con esas bulerías?

Pero Pulga no contestó, perdió el equilibrio y hubiera caído, si ella, con una prontitud y una agilidad extraordinaria, no le hubiera cogido y le hubiese sostenido.

La fué preciso retenerlo en sus brazos.

Se habia desmayado.

—¡Ay, Dios mio,—exclamó la marquesa, poniéndose pálida como una muerta,—que no era camama! ¿Pero qué tengo yo para este pobre, que así se ha atosigao sólo de verme?

V

La marquesa no era vanidosa, puesto que no comprendia que estaba mortal de hermosa.

Sus ojos que relampagueaban y tenian en su expresion algo que no puede definirse, algo poderoso y vivificador, dulce y embriagador, y al mismo tiempo fiero y altivo; su color encendido, como por una excitacion del alma sensual y enamorada; su frente tersa, graciosa, coronada por sus magníficos cabellos; su tez suave, clara, límpida, y su boca de un color rojo, denso, purísimo, con dos irresistibles hoyitos en sus extremidades, y su doble barba succulenta, y su garganta mórbida, larga, musculosa, sensual, cuajada de perlas y diamantes, y su redondo y alto seno, casi descubierto por mitad, y bajo una nube de encajes, y su esbelto y redondo talle, y sus anchas caderas, y sus brazos admirables, y su traje riquísimo, elegantísimo á la moda flamenca, todo esto era para dar la puntilla, no ya á un hombre enamorado, sino al animal más feroz de Colmenar Viejo, ó de Salamanca, ó de Miura.

VI

La marquesa se sobrecogió.
Se espantó de sí misma.

Tenia apariencias de mujer galante, hasta el punto de que su ama de gobierno, en sus confianzas, ó más bien en sus conspiraciones con Pulga, habia dicho que tomaba varas, es decir, que era terreno fácil.

Y todo esto consistia en que en Consuelo habia esa coquetería natural, que se encuentra en las mujeres extraordinariamente hermosas, que tienen gracia, que no son espantadizas, que corren una broma, que se burlan de su sombra y que no comprenden que el vulgo, que es una gran parte, quizá la mayor, en la humanidad, juzga por las apariencias, no profundiza, sentencia sin apelacion, y no entiende que al sentenciar ha calumniado sin intencion de hacerlo.

Así es que la gente franca y expansiva, que no teme porque no debe, y obra sin reflexion, por falta de esperiencia bastante de la malvada prevencion del mundo, se pone, sin apercibirse de hecho, en evidencia, se desprestigia, y se coloca en una situacion falsa, en tanto que los hipócritas, súcios hasta los topes de todo género de inmundicias, pero cuidando de las apariencias, pasan por personas dignísimas, y todo el mundo los pondera, los estima y los respeta.

VII

Consuelo era ligera, tal vez más de lo conve-

niente, coqueta más de lo necesario, pero en realidad tenia un corazón de oro, vehemente y apasionado, y un alma noble é incapaz de una bajeza.

Era, eso sí, resuelta y voluntariosa, y habia dado una prueba de ello, y de su poca aprension por las preocupaciones aristocráticas, casándose con un gitano, que la habia enamorado, que se habia quedado con ella en el momento en que la vió.

Pero en fin, se habia casado.

Esto habia influido determinadamente en su vida.

Ni sus parientes, ni sus conocimientos supieron perdonarla nunca aquel incalificable olvido de sí misma, aquel casamiento que podia muy bien llamarse morganático.

Si casado y padre de familia, hubiese hecho su querido al gitano Joselito Macandó, con tal de que hubiese guardado las formas, y aun sin guardarlas completamente, nadie hubiera tenido nada que decir.

Debilidades, influencias, flaquezas... cosas que se ven todos los dias.

Que son inevitables.

¡Pero obligar á la sangre azul á frotarse con la sangre flamenca, hacer grande de España á un chavó, convertirse ella en una gachí!

Esto no podia tolerarse sin infamarse.
Esto era lo monstruoso de lo monstruoso.

VIII

Consuelo lo comprendió esto y no se espuso á injurias, para no preveer las cuales era necesario no tener entendimiento.

Conservando su categoría de grande de España, dejando á un lado la clase media, se metió de hoz y de coz en la flamenquería, se hizo torera, y jembra de poer y de rompe y rasga; pero conservó siempre el sabor indudable de alta dama, el sello de su raza.

Esto hacia de Consuelo, junto con su extraordinaria hermosura y con su bravura, una excentricidad inapreciable, una preciosidad, un sueño, un resúmen adorable de la mujer española, con todas sus circunstancias.

Tenia grandes casas alhajadas con un lujo y una riqueza inverosímiles, en Madrid, en Sevilla, en Cádiz: una quinta portentosa en Alcora, y en Madrid un hotel magnífico.

Ella habia renunciado al trato de sus iguales por la cuna.

Pero les quemaba la sangre con su vida y sus costumbres, que pudieran llamarse de bohemia,

si se puede comprender á una bohemia ilustre por cuatro ó cinco títulos antiguos y fabulosamente millonaria.

Ya la hemos visto á las ancas del caballo del marqués, con coleta su marido, haciendo gentes por la calle de Alcalá, y seguida de dos lacayos á caballo de gran librea.

Así tambien podia vérsela de flamenqueo y jaleo, bebiendo cañas como una señora, rodeada de gente flamenca.

Debemos decir, porque importa, que Consuelo venia rarísimamente á Madrid.

Que guardaba sus bizarrías para Sevilla, Jerez y Cádiz ó el Puerto, dando de cuando en cuando una ojeada á Córdoba y Granada.

En Andalucía se la comprendia mejor.

Estaba en carácter.

Alguna vez se largaba á París, á Lóndres, á Berlín ó á Viena, y contribuia á afirmar en el extranjero la version de que las altas damas españolas, cuando están en su tierra, gastan navaja y tocan la guitarra, y fuman, bailan el óle, y son, en fin, bohemias, pzígnas ó gitanas, que lo mismo dá.

Pero daba fiestas mágicas, tenia la gracia y la distincion de Dios para hacer los honores de sus fiestas, cantaba las peteneras y todo el repertorio popular de una manera capaz de arrebatar hasta

á las piedras, y se la envidiaba, se la respetaba y aun se la adoraba.

Joselito Macandó, por su conocimiento con Consuelo, se habia hecho un caballero. Consuelo, por su concomitancia con él, se habia hecho una flamenca.

Pero en ella quedaba siempre, de una manera indudable, la gran señora, unida á la admirable gitana.

IX

La Pasada la efervescencia del amor inevitable que por una ley prepotente la habia unido al chálán Macandó, efervescencia que no se gastó sino en algunos años, quedó en ella ese amor profundo y tranquilo, que establece lo que pudiera llamarse la fraternidad de las fraternidades entre un hombre y una mujer.

Entre ellos no existia ese otro amor que es el lazo más dulce, más espiritual y más santo del matrimonio.

El mútuo amor á los hijos.

Las alegrías y los dolores por ellos.

El amor de los amores.

Si Consuelo hubiese tenido hijos hubiera sentido la cabeza.

Es verdad que habia adoptado á la hija de su marido.

Pero no habia tenido en sus entrañas á Manolita.

X

Y vamos ahora á cuentas.

¿Qué es el amor?

¿Cuántos géneros de amores hay?

¿Y quién puede responder á estas preguntas?

El amor es infinito en sus causas y en sus efectos, y lo infinito está envuelto en su propio misterio.

Consuelo se habia enamorado por la primera y única vez de su vida y para siempre de su gitano.

Habia sido para él, y lo era, la mujer más venturosa de la tierra.

Sus coqueterías no se habian hecho indignas por un solo pensamiento criminal.

Se habia divertido grandemente con sus innumerables adoradores.

Pero habia sabido tenerlos á raya.

El marqués la comprendía, y tenia en ella una confianza ciega.

¿Por qué una mujer de tales condiciones habia atrapado un amor violento por Juanito Pulga?

Misterio.

Volvamos á la accion.

Ya hemos dicho que Consuelo se habia puesto pálida como una muerta, al ver desmayado en sus brazos á Juanito.

—¡Madre mia del Cármen!—exclamó:—estamos los dos perdíos, él y yo... yo me muero por él y él se muere por mí: alguna mala bruja debe habernos maldesío.

Arrastró á Pulga hasta la fuente, tomó agua en el pequeño hueco de la mano y le roció el semblante.

Empezó á dar muestras de que volvía en sí.

Consuelo le contemplaba con ánsia.

Se le salia todo el alma ardiente por los ojos.

La agitacion de su seno era formidable, y se oian las palpitations de su corazon.

A cada momento el desmayado Juanito le parecia más hermoso y se le metia más en el alma.

Sentia una sed voraz, casi rabiosa, de una felicidad que ella no habia ni aun adivinado si quiera.

Se asustaba de sí misma.

Contra sí misma se irritaba.

—Pues no, no,—dijo con una resolucion inquebrantable:—que se muera él; que me muera yo; yo no cometeré una infamia, yo no ofenderé por nada del mundo ni á Dios ni á mi marido... es menester ver si tenemos valor: y lo tendremos... yo

le echaré... yo le haré que me aborrezca y que me deje en paz...

Este último pensamiento le oprimió el corazón de tal manera que lanzó un grito ahogado.

—¡Que me aborrezca él!...—exclamó.

Y tembló de los pies á la cabeza como el que vé en sueños una cosa horrible, y despierta estremecido.

—Nos han maldesío, sí, nos han maldesío,—dijo con una voz desesperada...—¿pero por qué me han maldesío á mí y le coje la maldision á él? Yo no lo sé, yo no lo sé, Señor, yo no puedo comprender por qué me ha pescao á mí este... que yo he sío siempre buena, y me ahorcarán, sí señor, me ahorcarán antes de ser mala.

Y á todo esto seguía rociando y enjugándole con su rico pañuelo de batista para que no se le manchase su delicado traje blanco de torero.

Era aquel un grupo encantador, en aquel sombrero, deleitoso y melancólico paraje.

Al fin Pulga dió muestras de volver definitivamente en sí.

Consuelo le arrastró hácia una de las mecedoras, y le puso en ella.

Se sentó en otra inmediata,

XI

Al volver en sí, en los primeros momentos no pudo Pulga darse razon de nada.

Estaba en un estado de completa perturbacion.

Al fin se incorporó apoyándose con las dos manos en los brazos de la mecedora, y miró en torno suyo con una expresion espantada.

Al fin vió á Consuelo, y se quedó mirándola de hito en hito, desencajado, extraviado.

Ella se habia rehecho apelando á toda su fuerza de voluntad.

Pero estaba muy pálida.

Parecia, sin embargo, serena y su palidez tomaba el aspecto de la ira.

—De modo y manera,—dijo Pulga balbuceando y con la voz trémula,—que si yo he faltao en argo, con perdonármelo...

—¡Faltar!—dijo ella con una expresion y un acento de todo punto frio y acerado;—¡y en qué!

La gran cómica encubria á la mujer de pasiones volcánicas.

—Pus si yo no he fartao...—dijo más y más aturdido Pulga.

Y luego añadió:

—Es que yo he visto una cosa muy grande y muy divina der otro mundo, y me he caído reondo ar suelo.

Pulga iba entrando en su terreno.

Era incorregible, y además le causaba un hambre rabiosa Consuelo.

Esta continuaba fria y hosca en la apariencia.

—Pues esa cosa grande del otro mundo,—dijo Consuelo,—en el otro mundo la dejás, y olvídala.

—Es que yo le doy ahora mesmito mi arma al diablo.

—¿Es tóo eso?

—Y más que tuviera.

—A usté se le manda callar y obedecer y pensar en lo que le conviene, niño: ¡á que as venio tú aquí?

—¡Toma! he venío por ver mi alma.

—Yo creia que venias por esto,—dijo la marquesa, sacando de entre sus ropas un estuche de piel de Rusia.

—¿Y qué es eso?

—Algo que lleva en el pecho tu mataor, y yo quiero que no seas méenos que él.

Abrió el estuche Pulga y se encontró con un riquísimo alfiler de brillantes.

—¿Y es que vuesencia no me quiere á mí?—dijo con una suprema impertinencia Pulga.

—No me quiero ofender,—dijo Consuelo,—por-

que creo que te equivocas. Cállate y no seas niño, y ven que yo te ponga el alfiler.

Se lo tomó de las manos y se inclinó para ponerse.

Pulga se atrevió á aproximarse demasiado, y sintió inmediatamente una bofetada que le tiró para atrás.

—A ver si se está usted quieto, canalla,—dijo Consuelo:—la culpa tengo yo en favorecer á estos tunantes: y tóo porque me parece que tú as é ser un buen torero.

—Pues voy á trastear á vuesencia á tóo mi poer.

—Corriente, pero arrímate á que te ponga el alfiler, y no seas atrevío.

—¡Ay madresita de mi arma,—dijo Pulga,—y qué apuros hay en este mundo que no se puen sufrir!

Consuelo pudo en fin prenderle el alfiler.

Luego se levantó.

—Lárgate ensegúa—le dijo,—que ya es hora.

—Si vuesencia no me ise que me perdona, me ejo cojer por un toro.

—Mejor, con eso hablarán más los papeles de tí.

—Me las tiene vuesencia que pagá.

—Andando, allá lo veremos: ¡pero no has oido que te vayas?

—¡Güeno, con Dios! Si aluego le pesa á vuesen-

cia no le eche á naide la culpa: esta tarde me embarbetan, y esta noche me jarán la notomía.

Se metió el estuche en el bolsillo, recojió del suelo la monterilla, se la encasquetó y se echó el barboquejo, y dijo sonriendo picarescamente:

—Si yo no me jauto de que me quieras, es que yo soy un gilí que no valgo dos pitoches: y que no te vás tú á alterá cuando yo te brinde la moña, ni náa cuando te la dé.

Y escapó.

—No puedo engañarle,—dijo fatigosa Consuelo: —el alma me vende por los ojos: conoce que estoy muerta por él: pues güeno, lo dicho, dicho: una cuerda ó un tiro, y en paz.

¡Y luego se creerá que hay felicidad sobre la tierra, y que el dinero sirve para algo!

No sabemos la hora en que vivimos.

CAPÍTULO VII.

La chota y la vaca.

I

Consuelo se había quedado mareada, descoyuntada, como si se hubiera bebido la mar de aguardiente y se hubiera caído desde lo alto del cielo en lo más hondo de la tierra.

La mujer no se podía sufrir.

Parecía que la habían pegado fuego, y que no había bomberos para apagar aquel incendio.

Y este fuego que ardía en ella, la ponía de hermosa que no se la podía resistir.

Se ajogaba, y no hacía otra cosa que abrir aquella boca de gloria que Dios la había dado y coger aire para que no la faltase el resuello.

Y tenia al mismo tiempo una mosca que ni la que hace cucar á las reses y las vuelve locas.

Ella decia, porque la pasion que sin ella buscarla se la habia echado encima, no la quitaba el conocimiento:

—¡Y que necesiá tengo yo é ser esclava de nadie, yo que he hecho siempre mi santísima voluntad? ¡Y qué apuros son estos, que á los treinta y seis años me atosigan, como si yo fuera una plumina de las que empiezan á aletear? ¡A la fuerza á mí me han echisao, me han ligao, me han embrujao, han hecho algo conmigo! ¡Pues á la calle con tóo este belen, y toa esta chiflaura por un pillo! ¡Pues no faltaba más que yó me cayera de josicos en metaitita del chulapeo! ¡Pues apañao tienes el ojo! ¡Puñaláa! ¡Ni gota, hombre! ¡Nitan siquiera! ¡Como otra vez se me venga á mí con un atrevimiento, le mando á Juancho que le dé una paliza que lo balde y no güelva más!

II

Pero enseguida de que estas prudentes y feroces ideas se la venian al pensamiento, se la venian tambien los tunantes ojos negros de Pulga, que la acariciaban, la hacian cosquillas en el alma, la emborrachaban, la ponian otra vez enamorada al pelo, rendida y aleteando por su niño.

En fin, que Consuelo era una vaca brava, como habia dicho muy bien el señó Capotillo, y habia que trabajarla mucho y esponerse á una corná, pa sujetarla al yugo.

III

No podia darse una pelea mayor que la que Consuelo traia consigo misma.

En fin, la hora de ir á la plaza se acercaba.

Ella se sentia malita, cansáa y estropeáa, y se le figuró, y no sin razon, que se le debia conocer en su cara.

No tenía allí espejo.

Pero antes de que se inventasen los espejos, Dios habia hecho las fuentes para que se mirasen en ella las mujeres.

Consuelo se fué á uno de los charquitos que la fuente hacia, y que estaba inmóvil y terso como un espejo.

Se recogió la ancha falda para ponerse en cuculiyas, dejando ver un pié y una pierna, que más vale no decir cómo eran, alargó la gaita para mirarse y exclamó:

—¡Ay madre mia, que hace ya cinco mil dominos que yo no gasté unas ojeras como estas! ¡Pues no parece sino que me he andado sin descansar siete ú ocho leguas! ¡Ya se vé! ¡Rendía, estropeá! ¡Ay

amor, que no sabia lo que tú eras! ¡Náa! ¡La rata y el gato! ¡Y el canalla lo conocía! ¡Y que una mujer como yo se chale de esta manera! ¡Jesús, qué sofocacion! ¡Hombre, si esto es cosa de que yo la emprenda á gofetás conmigo misma.

Y como pretendiendo limpiarse aquellas ojerás, que no eran convenientes, mojó en la fuente el pañuelo y se puso á frotárselas.

IV

—¿Qué es lo que estás haciendo, mamá?—dijo junto á ella una voz jóven, sonora, lánguida y gachona.

Consuelo se sobresaltó como un ladron novato á quien sorprenden en un hurto, se levantó, y dijo:

—Pues na, hija; que hace mucho caló, y me estaba refrescando la cara.

—¡Vaya si hace caló,—dijo Manolita,—y que no se lo puée una quitá de encima. Lo que es en la Plaza nos vamos á freí.

V

Al mirar á su hija adoptiva, á su hijastra, se le frunció el semblante á Consuelo, y se la nublaron los ojos.

Manolita tenia unas ojeras tan grandes como las tuyas.

Manolita era neta, de raza flamenca, pura por toos los cuatro costaos.

Una gitana mareante, con unos ojos que la cojian toda la cara y que despedian rayos.

Era alta, esbelta, y gentil como una corza.

El talle se la podia abarcar con las manos, y el seno la sobresalia atrevido y hermosísimo, como desafiando al amor.

Además de esto, tenia todo el estilo y todo el sabor de señorita de alto bordo.

Pero no habia más que mirarla, y á pesar de su elegancia y de su distincion se conocia su bravura, su firmeza, y que un volcan de pasiones indómitas se revolvía en ella.

Estaba vestida de maja al estilo del tiempo de Cárlos IV, y un aderezo de coral rosa riquísimo y de un gusto esquisito, hacia resaltar el fuerte, encendido y limpio moreno de su tez suave.

Y á todo esto, un fuerte perfume de pureza fluía de ella.

VI

—¿Te ha pasao á tí algo, chiquilla?—la dijo Consuelo.—¡Estás sofocá!

—¡Como tú, mamá! ¡El caló!

—¡Por vía del caló de mi agüela!—dijo Consuelo;— ¡á mí no me la dás tú, chavala! ¡Tú has tenío argun disgusto!

—¡Yo!

—¡Si no te conociese yo! ¡Vamos! ¿No sabes que yo soy tu amiga? ¡Por qué no me cuentas lo que te pasa?

—¡A mí no me pasa náa, mamá!

—Mira, no me seas paripera, que yo toavía tengo pelo, y me peino sola. Cuando estábamos en el tocador no estabas así.

—Es que para venir á buscarte he pasao por el sol, y el sol pica.

—¿Y cuando tú has venío no te has encontrao á nadie? Mírame bien á la cara y no mientas.

Manolita se puso encarnada como un tomate, y dijo:

—Me he encontrao á ese chico, á ese torero que tú amadrinas.

Y bajó los ojos confusa.

Pasó una agonía por Consuelo.

—Esto solo me faltaba,—dijo para sí.

Y luego añadió en voz alta:

—Ven acá, simplota, aquí conmigo; tenemos que hablá despacio.

—Mira que papá nos dijo que nos fuéramos ántes de la corría al corralon, que queria obsequiar á

los muchachos con un refresco, y que tú hicieras los honores.

—Son las dos y media,—dijo Consuelo,—y en estando allí á las cuatro, estamos bien: y sobre tóo, que si tardamos haga los honores tu padre, y será mejor; que yo estoy ya cargáa con tanta flamenquería, y tóo será hasta que yo me ponga séria y ocupe el lugar que me corresponde por mi nacimiento en el mundo y en mi casa. Siéntate, y no repliques más.

—Bueno, mamá, pero no te enfades: tú has pisao una mala hierba.

Sus magníficos ojos estaban arrasados de lágrimas, y suplicaban.

—¿Qué mala hierba he de haber yo pisao para tí, hija mia?—dijo enterneciéndose Consuelo, que en el fondo era buena hasta los tuétanos.

—Es que me miras de un modo que parece que me quieres comer, y yo no he dao lugar para eso.

Y Manolita soltó el trapo á llorar.

—Vamos, chiquilla, vamos,—la dijo dulcemente Consuelo, que se habia puesto sobre sí;—no te a tragantes, que tóo eyo es que cuando te he visto así, me he cargao de esteras, y como te quiero... ¿Qué te ha dicho ese pillo?

Esta pregunta de tenazon cojió desprevenida á Manolita, que miró con ánsia á Consuelo y se echó á temblar.

Se le revolvió una legion de diablos en el cuerpo á Consuelo.

Era la primera vez que sentía la quemazon de los celos, y contuvo un grito de dolor.

VII

Se le ennegreció el alma y se le puso dura.

—Tú me lo vas á decir ahora tóo,—exclamó con la voz ronca;—pero no, no es menester que tú me lo digas, lo sé yo.

—¿Y qué sabes tú?—dijo irguiéndose Manolita, que estaba tambien celosa.

—¡Tú quieres á ese charrán! ¡Tú te olvidas de tu clase!

—¡De mi clase!—dijo Manolita:—¡yo soy hija de mi padre y de mi madre! Gachí legítima, señora; y si yo quiero á Juanito, quiero á un igual mio, porque él es tambien gitano.

Se habia tirado de la manta.

No habia ya necesidad de saca-trapos.

La situacion estaba lanzada.

La chota era brava y se ponía frente á frente de la vaca.

VIII

A pesar de la tormenta que le volvía el alma

del revés, Consuelo hizo un nuevo esfuerzo, reflexionó en un momento cuanto con su situación se relacionaba, y se preparó valientemente á buscar la mejor salida posible.

La lucha se agrandaba.

Se hacia formidable.

No se comprende bien el alma de las mujeres.

Ellas son capaces de las virtudes más altas y meritorias, y de los vicios más odiosos y repugnantes.

Con mucha frecuencia el mal y el bien se dan en ellas una reñida batalla.

La mujer, como espíritu, es superior al hombre, y mucho más terrible que él.

Si se comprendiese bien á las mujeres, los hombres no estarian tan satisfechos de sí mismos.

IX

Consuelo comprendió que Manolita estaba en defensa, y fué prudente.

—Lo que me has dicho, hija mia,—la dijo,—es muy grave, y hay que hablar sériamente de ello.

—No, mamá,—dijo Manolita, que de encendida como el fuego se habia puesto pálida como la azucena:—yo lo tengo ya pensao.

—¡Tú!

—Sí, yo.

—¿Y qué has pensado?

—Morirme.

Sintió un dolor semejante al de una puñalada en el corazón, Consuelo.

Manolita estaba en la misma situación que ella.

Juanito, pues, era un infame.

—Vamos, vamos con tiento,—dijo Consuelo,—que pa chiflarse siempre hay tiempo: ¿por qué has de morirte tú que empiezas á vivir?

—Se mueren los niños que acaban de nacer,—contestó con desaliento Manolita.

—¡A ese perdió voy yo á mandar que le majen y le hagan echar hasta los colodros á palos!

—¿Y qué culpa tiene él de tener gracia para las mujeres?—dijo Manolita.

—¡Eso es, defiéndele, defiéndele! ¡Tan buena eres tú como él! ¡Pues no, la rebotación que me estás dando, es menúa!

—Tóo esto está acabao,—dijo Manolita,—con que nos vayamos mañanita mismo á Alcora, y en jamás de la vida volvamos á Madrid.

—¿Pero muchacha, tú le quieres?

—¡Sí, mamá, sí, estoy loca por él!

Inclinó la cabeza sobre el pecho Consuelo, y no supo qué decir por el momento.

Se había aturdido.

Se había espantado más y más de sí misma.

No tenía duda de que Juanito se había queda-

do con su alma, y que habia que ser muy valiente para defender el cuerpo.

Y al mismo tiempo sentia un dolor de las entrañas al ver á Manolita tan desesperada como ella.

La adoraba.

Ella al fin era libre, podia casarse.

Consuelo se propuso afrontar el sacrificio.

X

—Todo lo que yo puedo hacer,—dijo despues de algunos momentos de silencio,—es preparar á tu padre, así poco á poco, dulcemente.

—Si mi padre me obligase á casarme con él, me ahorcaba,—dijo resueltamente Manolita, con esa elocuencia ingénita de que no puede dudarse.

—¿Pero á tí quién te entiende?

—¡Pues es muy claro!—dijo Manolita, fijando sus melancólicos ojos, ya serenos, en Consuelo:—verás cómo yo me explico: ¿sabes tú lo que es el amor?

—¡Ya lo creo! ¡Que lo diga tu padre!

—Yo no hablo de eso: voy á decirte lo que es el amor.

—¡Chiquilla!

—Pues el amor, tal como yo le conozco, es un

emponzoñamiento: el mal de ojo: un mal de ojo muy dulce, pero que mata.

—Explícate, explícate mejor.

—Pues los hechos, mamá.

—Eso es lo que yo quiero saber, los hechos.

—Pues no tengo inconveniente ninguno,—dijo con altivez Manolita.

—Ya lo supongo; tú eres una señora.

—No hay señora que valga: lo que es menester tener es alma.

—Ya sé yo que tú la tienes bien templada.

—Como que soy hija de mi padre y me has criado tú.

XI

Consuelo sufría de una manera imponderable.

La mayor parte de las palabras de Manolita cortaban como un cuchillo.

¿Lo decía la chavala con intencion?

Había que parar mucho los piés, tener mucho ojo, y usar mucho del trapo.

Consuelo era una torera que se perdía de vista.

¿Pero no lo sería también la polla?

¡Vaya usted á saber! Las pollas de hoy en día, no parecen sino que las dá lección el diablo.

XII

—Pues sí, mamá, sí,— dijo Manolita:—los hechos son muy sencillos, muy naturales.

El domingo pasado me llevaste al apartado, y allí estaba él. Mira, mamá: en cuanto le ví yo, no sé lo que me sucedió: me puse mala: ¡el envenenamiento!

Yo no sé lo que le veía en los ojos, que se me metía en el alma y me trastornaba.

No parecía sino que él me había cogido toda la voluntad y toda la reflexion, y toda la vida que sentía en mí.

Y al mismo tiempo tenía miedo y vergüenza, y estaba ofendida, irritada, porque es desvergonzado, insolente, vanidoso, insoportable, canalla.

—Ya te lo había yo dicho y tú le defendías.

—Ese es el amor: lo otro es la reflexion.

—Y cuando la reflexion se acaba...

—Tirarse por un tajo.

—O en sus brazos.

—Imposible, jamás: ese hombre no es más que vicio, desverguenza é interés: nunca, jamás: ni aun volviéndose loca, se puede bajar á tanto: ¡servir de medio á un chulapo para que se coma mi dote!

—¡Pero tú has hablado con él!

—Sí, tres veces.

—Dónde.

—Aquí.

—¿Aquí?

—Sí, aquí.

—¡De modo que tú has faltado á mi confianza, le has citado, le has facilitado la entrada!

—La primera vez, no.

—Explicate.

—Yo me habia impresionado mucho. Habian pasado dos dias y no podia olvidarle.

Me acostaba para no dormir.

Si me rendia el sueño, soñaba con él y despertaba despavorida por una pesadilla.

El martes por la noche me ahogaba.

Me vestí y me salí al jardin.

Me alivié: esto estaba muy fresco.

Casi hacia frio.

Un rayo de la luna pasaba por entre los árboles y se veía muy claro.

Poco ménos que si hubiera sido de dia.

El ruido de la fuente daba tristeza.

Los ruiseñores cantaban amor.

Yo soñaba despierta.

Me parecia mi tunante un arcángel.

De repente sentí ruido entre las ramas.

Me sobresalté, y luego dije:

—Vamos, será el perro.

Y me tranquilicé.

¡No estaba mal perro!

Por uno de los senderitos habia aparecido ese hombre.

Le daba el rayo de la luna en la cara y le conocí.

Y no huí.

¿Entiendes tú esto?

Y me alegré.

¿Lo entiendes tú?

Vamos, ¡el veneno!

Que no me lo quiten á mí de la cabeza.

Ese hombre hace mal de ojo.

Tiene algo que yo no entiendo.

Que me domina y me vuelve loca de rabia.

Que quiero y no quiero.

Vamos, que no tiene salida.

Que si me caso con él me muero y si no me caso tambien.

XIII

Sobrevino otro intermedio de silencio.

Consuelo comprendia demasiado á su hijastra.

Estaba en la misma situacion de sentimiento que ella.

Se sentia arrastrada y resistia.

Amaba y aborrecia.

Tenia celos.

¿Los tendría también Manolita?

En la familia del gitano-marqués se había metido, y en la parte más delicada, una espina ponzoñosa.

XIV

—Pero dime tú,—dijo Consuelo;—¿cómo había entrado ese hombre?

—El me dijo, que saltando la tapia: que se había atrevido á todo por mí; que estaba resuelto á todo.

—¿Eso te dijo?

—Sí, mamá, de una manera que yo no supe que decirle; estaba aturdida.

—¡Aturdida! ¡Me estás matando!

—¡No, mamá, no! Tengo yo mucha alma, y él vió que yo sabia para qué me había dado Dios las manos, y la voz, y como es un tunante que se pierde de vista, se calló por la buena, y empezó á trastearme.

¡Pero qué trasteo, mamá!

Como trastée así á los bichos que se vaná correr esta tarde.

¡Y cómo sabe el maldito ponerse fuera de cacho!

¡Tiene que ver! Por eso estaba yo embobáa, y

como me gustaba que me moria, le dije que si se casaba conmigo corriente.

—¿Y él, qué dijo?

—Se volvió loco de alegría, creyó que toó er monte era orégano, y me obligó á darle limpiamente dos bofetás.

Ya sabes tú como yo las gasto.

—Pero luego vino la cita.

—Porque me contentó otra vez: ¡si tú no sabes! Es un gato, un gomoso, sabe más que Merlin.

—¡Te llenas la boca!

—¡Si me muero por él!

—¿Y las otras dos noches?

—Náa: el hombre está conmigo en terreno de respeto.

Pero me he convensió de que lo que quiere es pillarme la dote, y ponerme luego el bozalito y echarme á la perrera.

¡Vaya que no!

Créeme; lo mejor es que nos vayamos mañana á Alcora, que esto se pasará, porque se gastará el veneno, con la ausencia, y nos quedaremos todos tan completos.

—Bueno, niña,—dijo Consuelo,—no hablemos más de esto por ahora, que yo sé lo que tengo que hacer.

Y Consuelo se acercó á un árbol, y tocó el boton de un llamador eléctrico que en él habia.

Apareció á poco un criado de gran librea.

—Que engachen,—dijo Consuelo,—y que nos avisen.

El criado se fué.

—¡A ver si nos serenamos las dos, hija mia,—dijo Consuelo,—que tenemos las caras, que ya!

En aquel momento sobrevino doña María, que estaba todavía muy guapa, aunque demasiado gorda, y que vestía también á la flamenca, aunque con mucha ménos riqueza que sus señoras.

—¿Qué cosa buena te pasa, María, que vienes más alegre que unas pascuas?

—¡Toma! Que me ha salido una proporción.

—¡Cómo!

—¡Que me caso!

—¡Pues no decias tú que Dios no te habia hecho para casada?

—Porque yo no sabia lo que era el amor.

—¿Y lo sabes ya?

—¡Hasta el alma!

—¿Y quién es el venturoso?

—El señó Capotillo.

Se quedó absorta Consuelo.

A Manolita se le pusieron los ojos como dos platos.

—¡Pues mira no os corte yo á tí y al señó Capotillo un gaban!—dijo Consuelo.

No sabemos qué imaginaciones vagas, oscuras,

pero alarmantes, habian pasado por el pensamiento de Consuelo.

—¡Averigua ahora lo que es el amor!—dijo Manolita.

—Lo que vamos á hacer ahora es irnos al corralon de la plaza, donde nos espera tu padre.

Apareció un criado y anunció que la carretela estaba dispuesta.

La chota y la vaca, seguidas de la mula, que iba profundamente pensativa por aquel gaban que la señá marquesa habia dicho iba á cortarles á ella y Capotillo, salieron del jardin y montaron en la magnífica carretela de ocho mulas que las esperaba, y que salió sastillando hácia la plaza.

CAPÍTULO VIII.

Antes de la corrida.

I

En un aposento inmediato á la capilla de la Virgen en la plaza de los toros estaban ya, antes de las cuatro de aquella misma tarde, los tres mataores anunciados en los carteles, con sus respectivas cuadrillas.

Habia allí además, como siempre, algunos aficionados.

El señó Capotillo y Juanito Pulga eran tambien del número, y á más de esto allí estaba repantigao en una silla, y con más tufo que una horná de carbon, el excelentísimo señor marqués de los Tres cotos de Alcora, dueño de la ganade-

ría á que pertenecian los toros que se iban á lidiar aquella tarde.

II

En el pasillo habia dos mozos de café que helaban limon en dos grandes garapiñeras.

En un rincon habia una multitud de botellas de cerveza y de licores, y dos grandes cestas con pastas, bizcochos y dulces.

El contratista de caballos y dos picadores estaban junto al señó marqués, cuyo traje, completamente á la andaluza, era riquísimo.

III

El gitano (ya hemos dicho que le habia educado Consuelo) se habia cevilisao en grande, y á pesar de la chifarrá de la mejilla, parecia un gran señor.

Hasta tenia sabor distinguido.

¡Milagros del dinero!

Pero conservaba todas sus aficiones, y su coleta de picaor para cuando por capricho se vestia para trabajar en la plaza que tenia en sus estados de Alcora.

Cuando se vestia de caballero, se arreglaba la

coleta, y se la tapaba con un parche de pelo pos-tizo, lo que hubiera podido hacer creer á los frenólogos que tenia terriblemente desarrollada la protuberancia occipital.

Estaba reluciente de gordo, y habia echado barriga.

Tenia en fin un perfecto aspecto de millonario.

IV

—¿Con que estamos entendíos?—dijo el señor Macandó, dirigiéndose al contratista de los caballos:—no te andes tú con miserias: gasta obleas, hijo, gasta obleas; si el contratista te dió cuatro mil reales, yo te daré diez mil; pero si no arrastran las mulillas esta tarde treinta arenques, no hay náa de lo tratao.

—Si entriegan bien estos güenos mozos,—dijo el contratista, refiriéndose á los picaores,—por mí no hay dinconveniente; ya sabe usted, señó marqués, que yo no vivo más que pá servirle.

—Estos y los otros que están más allá, saben de antiguo quién soy yo,—dijo el marqués,—y estamos entendíos.

—Que sí, digasté que sí, señó marqués,—dijo uno de los de á caballo.

—Ya sabes tú, chiquiyo,—le dijo Macandó,—que yo sé echarle encima la mona á un jaco, y

aunque sea er de Santiago apuesto jaserle mal y entregarlo cuando conviene; pero hay que tener mucho pesqui pá correr las varas sin que se conozga, que en la plaza é Madri afluistran más que un vendedor de yesca, y lo ven tóo.

—Descudie usté, señó marqués,—dijo el otro monero,—que aquí sabemos toós nuestra obligacion: pero es menester que osté consiere que los toros de osté son serranos, que buscan er burto, que tienen muchos piés y mucho poer, y se vienen encima con más peso que una montaña, y las costaladas que dán no hay quien las resista.

—De móo y manera que en sabiendo caer...—dijo el marqués.

—¡Pero si los bichos de osté se isparan, señó,—dijo el otro picaor,—y no es menester camama para besar el santo suelo!

—Ya lo sé; pero más costalás darian si se les aprieta, sobre tóo en las terceras y cuartas varas.

—¡Pero no hemos dicho ya que no hay más que jablá?—dijo el segundo picaor.

—¡Completo!—dijo el marqués.

Por supuesto que esta conversacion habia pasado aparte.

V

Entre tanto, Juanito Pulga estaba como gallina en corral ajeno.

Ningun torero hablaba con él.

Ni el mataor Currito, que le habia aporhijao y lo habia traído en carretela á la plaza.

Aquello habia sido un compromiso.

No le habia poio isir á la señá marquesa que no, porque aunque no la debia ningunos favores, quería tenerla obligáa pa que se los hiciese.

Y luego que se pasaban muy buenas temporadas en el invierno en la posesion de Alcora.

En fin, que no habia habio más remedio que darle gusto á la marquesa, y esto con su sacrificio de celos, porque al fin era para pensar cualquier cosa el que una tan grande jembra, que valía tantísimo, que quitaba la vista, por algo se interesaría por aquel perdío, que antes que eya le recomendase no habia lograo que naide que gastase coleta le metiese en el reondé.

¿Y luego quién le habia pagao ó dao el dinero para aquél manífico trage ar gachó?

¿Y aquel alfiler de diamantes que valia un imperio?

Efectivamente habia motivos á manta para que ni los mataores ni los muchachos mirasen con buenos ojos á Pulga.

Era un intruso que se les metia en medio, como quien dice, de real órden.

Un abuso, una guasanga de la hermosa marquesa de los Tres cotos de Alcora.

VI

Juanito conocia la inquina con que le miraban los de la cofradía de la coleta, y habia tomado su partido.

—¿Sabe ustedé, maestro?—le dijo á Capotillo.

—Cállate tú, que ya lo he chanelao yo tóo: te la tienen armáa.

—¡Que sí, que digasté que sí! Ya estarán avisaos los amigotes de tóos pa que me arrimen á la más ménima falta; pero descuidie osté que no la habrá, que los voy á golver locos y me voy á acreditar. ¡Vaya hombre, si cuando uno nace torero, es tore-ro aunque le pese al moro Muza!

—Güeno hombre, allá tú,—dijo Capotillo;—güena planta y palabras técnicas ya las tienes: dimpués veremos la práctica.

—Lo que yo quiero es que eyas se chalen, y las chalo. ¡Si vierasté qué rato me ha dao la Consuelito! ¡Compare, que cuando la ví tan hermosa me dió un insulto que eya me tuvo que espurrar la cara, y aluego cuando salia me encontré á la Ma-

nolita, y por poco me caigo! ¿Y sabe osté que tardan?

VII

Como si las hubiera llamado con el pensamiento Pulga, entraron en aquel momento Consuelo, Manolita y detrás de ellas doña María.

Se armó un tumulto.

—¡Qué viva lo gitano!

—¡Tóo er mundo é roillas!

—¡Ni la gloria é Dió!

—¿Quién no se muere?

—¡Esto sí que es porque sí!

Hé aquí lo que á un tiempo dijeron muchas voces, y otras muchas cosas más.

De veras que las barbianas iban mortales de hermosura.

Ellas estaban acostumbradas á estos homenajes, y los pagaron con sonrisas y apretones de manos.

Se sirvió el refresco.

Lacayos de librea pasaron entre los concurrentes grandes bandejas de plata, cargadas de emparedados, pastas y dulces.

Consuelo y Manolita agasajaban á los mataores, á los picaores, á los banderilleros y aun á los puntilleros.

De los únicos de quienes no se acordaron, como

si no hubieran estao allí, fué de Capotillo y de Pulga.

La Maruja hubiera querío suplir la farta; pero no jiso por ellos, porque el gaban que le habia dicho su señora que le iba á cortar, y el retintin y la miráa con que se lo habia dicho, la tenian asustáa.

VIII

De improvise llamaron á las cuadrillas para la tradicional devocion de la Salve á la Vírgen.

Era ya la hora.

La presiensia habia llegado.

Capotillo partió á escape para desempeñar su oficio de apuntaor.

El marqués y las señoras se fueron á su palco y los aficionados á sus localidades.

Pulga se metió en la capilla formando parte de la cuadrilla del señó Currito.

Cuando bajaron de la capilla para formarse en la puerta de caballos para el paseo, Currito le dijo á Pulga:

—Pónte á mi erecha, porque yo te apadrino: y que no te se olvide esto, gachó, para portarte lo mejó que tú pueas y no tengas gindama, que yo estaré á tóo pá favorecerte.

—A mí no me jase farta naide,—dijo Pulga, que estaba quemao.

—Pus mejó milenta veces,—contestó con un tonillo cascarreño el mataor:—así aprenderemos, mo-sito; pero sábete tú una cosa: las señoras mus han jablao á mí y á los otros mataores, y si tú das pié pa ello, tóos nuestros amigos peirán que mates, y yo te daré la alternativa.

—Pus muchas gracias, señó Currito,—dijo Pulga cambiando su mal humor, en acento zalamero.

Se le habia vuelto el alma al cuerpo cuando las prendas de su pensamiento habian mirado por él?

Pero le quedaba una duda.

—¿Y cuándo le han dicho asté eso las señoras.—preguntó.

—Eso me lo ijeron á mí anoche, que juí á vesitarlas, y á los otros dos que jueron conmigo.

Le volvió la múrria á Pulga.

El desaire que ellas le habian hecho quedaba en pié.

—Güeno,—dijo,—ya veremos si píen que yo mate, y lo que es eyas... eyas... ya veremos si las mato yo.

En aquel momento, y estando ya la gente formá, con el alguacil delante y las mulillas atrás, sonaron el trompetin y los timbales, se abrió con estruendo el portalon y los güenos mozos salieron ar reondé.

CAPÍTULO IX

Que es muy largo, porque hay que ocuparse de una corrida fenomenal.

I

El pueblo de Madrid se excita extraordinariamente con todas las novedades que se le anuncian con encarecimiento.

Se habia ponderado la ganadería de Alcora.

Se decian maravillas de las cualidades de sus toros.

Se reclamaba con mucho elogio al aficionado sevillano Juan Pulga, que salia al redondel apadrinado por el Currito.

Se habian apuntado grandes esperanzas del debutante (¿por qué no se ha de llamar un debut al estreno de un torero?)

Los toreros compiten en ganancias fabulosas con las grandes tiples y los modernos tenores.

Y estrenar un torero, es lo mismo que estrenar un drama ó una comedia.

Si un torero alborota al público y se quea con él, le sueltan una convidá de laurel, ni más ni ménos que á un poeta.

Con el tiempo, y segun van las cosas y las aficiones del público, van á soltar sobre la escena á un actor dramático sombreros y cigarros.

Hay en nuestra sociedad una tendencia decidida hácia todas las nivelaciones.

Con el tiempo vamos á usar todos el mismo traje: el de Adan, y á hacer y á decir una misma cosa: no entendernos.

Y por eso no se acabará el mundo; seguro está.

II

Se tenia ánsia por ver al neófito.

Apenas se presentó detrás de su padrino, que por ser el más antiguo de los tres matao-res hacía de cabesera, cuando al verle tan rico y tan elegantemente vestido, tan desparpajao, tan fachendoso y tan fresco, cuando se hundió la plaza á palmas.

Ellas fueron las que empezaron.

Les habia paresío muy retebonito y muy garboso er gachó.

Y á donde van las mujeres, van los hombres como corderitos.

Por eso los actores sobones y los toreros que saben jonjanarlas, privan y echan nombradía y se hinchan de parné, y se dan una importancia que no hay quien los sufra, aunque no valgan en buena venta tres mais.

En donde no hay jembras, no hay náa.

Ellas son las reinas del mundo, y ellas lo regüelven tóo.

Se llenaron las formalidades de costumbre.

Hicieron su paseo las cuadrillas.

Llevó el alguacil la llave del toril al portero de los pincha-pencos.

Soltaron los lidiadores los capotes de ceremonia y tomaron las percalinas de lidia, los de tanda ocuparon sus puestos, y á la verita del primero se colocó con su padrino, Pulga.

Sonaron los istrumentos, y el cerrojo y la palma sobre el porton, y se lanzó en la arena un mónstruo de bravura.

La plaza palmeó.

¡Vaya una estampa, vaya una piel, vaya un bicho!

Meano, recojío de cuerna, reluciente.

Un primor,

Daban ganas de darle un beso de bonito que era.

Se llamaba *Raton*.

Nombre indigno, sin duda, y que él debía ennoblecere.

Salió de estampía boyante, y aun retozon.

Pero se enteró enseguida, se fué sobre el primer lansero de tanda, le miró, le saludó, escarbó, mugió ligeramente, como diciendo, "allá voy, amigo," y con la cornamenta baja, con toas las libras que habia cojío en la dejesa, se fué con una embestia, que ni visto ni oido, que el tio cuyo, que no queremos decir su nombre, y su araña se vinieron al suelo, que ni un tirrimoto, y er bicho pegao, que no parecia sino que le sabia á mieles el desmondongá á la aleluya.

El picaor se habia quedao al descubierto.

Currito se tiró al quite.

Pero Pulga, más ligero que él, llegó primero, metió la tela, sacó al toro, le corrió por derecho, se dejó cojer, quebró, y se largó con paso lento y contoneándose hácia el cinco.

¡Válgame Dios y qué entusiasmo!

El novato le habia dado una aceitunita al público, y á éste le habia sabido á mieles.

—¡La moña! ¡La moña!—le dijeron los del cinco, cuando les volvia los sombreros que le habian tirao y se guardaba los cigarros.

—¡Pus vaya un compromiso!—dijo Pulga:—y si lo jago, ¡qué va á isir fortuniya!

Pero la peticion de la moña al nuevo se habia extendió por toa la plaza, y sonaba como una tempestad.

Su majestad el público tiene privilegio.

¡Y en la plaza de los toros!

¡Pues cualquiera puede echarla allí de plancheta!

IV

Pulga miró con ánsia al palco donde sus adoraos tormentos estaban.

Consuelo y Manolita estaban sérias y espetás, como dos alcaldes de casa y córte, cuando los habia.

Doña María, detrás de ellas, asomaba la cabeza y tenia los ojos como dos carbunclos de coloraos, por la desason que tenia la probe.

Lo que es el marqués aplaudia con toa su alma, y gritaba con una voz estentórea:

—¡Pus no oyes que te piden la moña?

Al mismo tiempo, y como Pulga vacilaba, un infame, por la voz de marica que tenia, un desesperao, hacia retumbar esta palabra repetida.

—¡Gindama! ¡gindama! ¡gindama!

Y acá y allá algun cencerro, y algun pito, y

algun esperpento de hoja de lata batido por un palo empezaban á faltarle al respeto á Pulga.

V

Entretanto el *Raton* habia despenao redondamente á las tres alimañas, y los muchachos le corrian.

Llevaba una moña magnífica, blanca, azul, oro y plata, que le habia costado tres mil reales á la quería de un duque.

Pulga se fué pa el asesino de las víctimas, que no meneaban ni pata ni cola, y por derecho, sin pizca de aprension, como si el mónstruo hubiera estao armao de dos púas de sea, se encunó, metió er brazo, quebró y se jué al cinco con la moña.

—Ahí la teneis,—les dijo arrojándola,—si sus condenais, que sus condeneis.

Y no dejó de tener su quid la observacion de Pulga.

Porque como la moña no podia hacerse tantas partes como endividuos ocupaban el tendío, por cojer la moña y apropiársela se armó una de paños y trompás que aquello era una liquidacion por jundimiento de casa, y como al mesmo propio tiempo el *Raton* pegaba á los cuadrúpedos que habian sacao al sacrificio, y se habia quedao la lidia á pié, y por aquí aullaba de entusiasmo, y por

allí pedían cabalios, y en el cinco menudeaban los palos y los coscorrones, y empezaban á salir las navajas y alguno que otro revolver, er diablo que se averiguase con aquello.

Los órdenes públicos y los ceviles se vieron, no ya negros, sino verdes y de tóos los colores pá llevarse presos á los más arrancaos del cinco, que tóos, por quedarse con la moña cada cual de por sí, no habian dejao ni fundacion de ella; se llevaron pá el Hospital algunos medio espanzurraos, otros dislocaos, muchos aplastás las narices.ó como tomates los ojos; en fin, una desaborision, una lástima; pero la gente se divertía, porque la corría tenía lances.

Pero con aquella broma nadie le echó el sombrero, ni un mal cigarro á nuestro Pulga, y distraío el público con tanta cosa, tenia Pulga que golver á comenzar para contentarlos de nuevo.

No hay una cosa más desesperá que el público en ocasiones.

VI

A Pulga no le importaba nada de esto.

Tenia tóo su aquél y tóa su angustia en er parco del marqués.

Las dos prendas continuaban más sérias que un ajo.

Sólo el marqués llamó con la mano á Pulga.

Acudió éste, y el marqués, quitándose su reló con una caena portuguesa, que parecia un cable, le lió en el pañuelo, para que no se estropease con el golpe, y se lo tiró.

Pulga le cogió en el aire.

Saludó en general al palco.

El marqués bajó la cabeza.

Pero las dos damas permanecieron insensibles.

—¡Por via é Patas!—exclamó Pulga quemao,— que me las habeis de pagar.

Y se fué pa el *Raton*, le tomó al sesgo, y er *Raton* que no necesitaba le abriesen las ganas de correr, jiso por él, y le cortó er terreno.

En el momento crítico Pulga le dió un quiebro admirable, con más limpieza que un cigarron, defendiéndose del cornúpeto chasqueao, y con los ojos en blanco.

Cuando el bicho se regolvió, Pulga le galleó.

Despues le sortó una larga, y se quedó tan completo.

VII

Habia hecho primores, y muy delicaos, es decir muy limpiamente.

Volvieron á sonar las parmas.

Er muchacho les iba dando dentera á los toberos viejos.

La mitá é las mujeres lo ménos estaban ya encendías.

¡Era tan bonito y tan garboso, y tan é su tierra er chaval!

Pero Consuelo y Manolita seguian pareciendo dos santos de Francia.

Como si náa.

Como si no hubieran estao en la plaza, ni hubiera toreao Pulga.

El charrán ardia.

Si le hubieran tocao ar cútis hubieran sartao chispas.

VIII

El toro habia tomao quince veces pa el pelo, y se habia dejao siete momias en er reondé.

Aquello era un mapa-mundi.

No se veia más que sangre por toas partes.

El toro tenia tan colorá la cabeza, que ni que hubiera sido el cardenal patriarca de las Indias.

IX

El señó Capotillo, que estaba disimulao detrás del sillón dorao de la presidencia, le dijo al te-

niente alcalde que presidia, y que era un ropero de la calle Mayor:

—Banderillas, señó, si á usía le parese.

Hizo señal el teniente alcalde con el pañuelo, y enseguida el trompetin y los timbales tocaron á banderillas.

X

El *Raton* se habia ido á los medios y desde allí lo pincharaba todo, más armao y más puesto en defensa que todas las cosas.

Y que el gachó conservaba tóos sus piés y toda su coragina, aunque lo habian mechao la cerviz á puyazos, y no parecia sino que cuanto más lo castigaban más se crecia.

No se habian sacao más caballos, porque entonces no hacian falta, y los picadores aporreaos y marchitos estaban en la barrera.

El público estaba regoldon y mareao.

Si tóos los bichos eran como el primero, ¡qué iba á ser cuando llegase el cuarto!

El marqués de los Tres cotos de Alcora habia adquirido en quince minutos un prestigio que ni Espartero, ni Zumalacárregui, ni Prim.

De ménos nos jiso Dios, y es sabido que la gran cosa en España es: Pan y toros.

XI

Los muchachos se habian ido al depósito de los palitos, habian sortao la tela, y habian cogío los rejoncillos.

Eran muy cucos.

Los habia de pajaritos, de flores, de plumas y de cintas.

XII

Currito puso en el aire á topa-carnero por tóo lo alto un par.

Prejuicios corgó al buen mozo un par, de flores, cuarteando.

Er Sordito regaló al *Raton* un par de pendientes de cintas al sesgo.

Para tóos hubo parmas.

Le tocaba á su vez en la cuadrilla del Currito á Pulga.

Se jué pa la fiera, que se comia el aire y esti-rabalos morros, y bramaba sorda y cavernosamente, y se echaba la arena á los ijares, y se los batia con la cola, sediento de venganza.

Metia miedo el gachó.

Se habia aquerenciao con las víctimas que estaban todas hácia la puerta de caballos, patentizan-

do lo miserable y la poca cosa que es la vida, y no habia quien lo sacára de allí.

Parecia que le recreaba el olor de sangre y mondongo.

XIII

Pulga se fué contoneándose hácia el meano, como diciendo:

—¡Valiente cosa estás tú pa mí!

Citó al toro metiéndose en su terreno, se lo trajo, y se lo trajo, y se lo trajo andando á reculones, lo sacó de la querencia, y lo colocó como con la mano debajito del palco de Consuelo y de Manolita.

El público no resollaba.

Ellas continuaban impertérritas.

No parecia sino que Pulga no estaba en el mundo.

XIV

Pero esto era almagra, pintura, quiero decir.

La procesion andaba por dentro.

Si hubieran tenido chimenea, el jumo hubiera llenado toda la plaza.

Pero se recomian las mujeres.

De improviso sonó un grito universal.

Ellas se levantaron despavoridas.

Por poco el marqués no se tira al redondel.

El toro, que tenia mas intencion que el canciller de Bismark, se le habia colado á Pulga.

Le vió todo el mundo en el aire.

Pero ¡guiaá!

Le clavó los yerrecitos en mitad del cogote al traicionero, y sin que nadie viese como de cogido que estaba se soltó, y se fué á que le proveyesen de otro par.

Volvió y cortó al bicho cuando se huia hácia el olivo.

Se dejó caer sobre la cuna, quebró y ahí vá otro par de zarcillos.

El toro, cantando seguidiyas, siguió su viaje y se tiró al callejon por el centro del cinco.

La plaza se insurreccionó.

Aquello era una tormenta.

Toda la fábrica de cigarros cayó al redondé, y eran pocos los sombreros, los abanicos y las sombrillas; hubo quien tiró hasta los calcetines.

Consuelo y Manolita se entregaron.

No podian ya con su alma.

Manolita le echó una flor que tenia en mitad de los dos globos de su mundo partío, que volvia locos á los hombres.

Consuelo le echó la sortija del dedo del corazon de la mano izquierda.

El marqués no vió esto, porque estaba distraído en quitarse el alfiler de diamantes que también fué á la arena.

Todos estaban guillaos por el chico.

Comenzando por los toreros.

Porque hay cosas que triunfan de todo, hasta de la envidia.

La segunda suerte de banderillas del chavocito habia sido un asombro.

No podia haber tenido mas garlochí, ni más calma, ni más seguridad.

Parecía que habia oido á aquel señor Pedro Romero, aquel Dios del toreo, que decia que para meter bien los brazos y con holgura y seguridad, era menester dejarse coger.

El señor Capotillo estaba diciendo para sí:

--¡Superió! ¡de lo no visto ni oío, ni jablao! pero er gachó lo está sortando tóo é una ves como si se juera á morí, se está reventando porque estas cosas no se jasen como quien se come un merengue, se va á rendí, y por seguir cobrando el barato le va á pasar un desavío.

Y acercándose al ropero, le dijo:

—Señó presiente, ya es hora de que despenen al animá.

XV

Tocaron á muerte los músicos.

El señó Currito tomó los avíos, y se fué hácia la presiencia.

Pero se detuvo á la mitad del camino.

La plaza en peso chillaba á compás:

—¡Que lo mate el nuevo! ¡que lo mate el nuevo! ¡que lo mate el nuevo!

El sufragio universal tiene una fuerza del diablo.

La voz del pueblo espanta hasta á las fieras.

El presidente, que era un morrion de los del año 23 de los que estuvieron en Cáis, y que creía en Dios, y que pertenecía á la cofradía de Nuestra Señora de la Balbanera, y no sabemos á cuántas sacramentales, pero que antes que todo esto creía en la Soberanía Nacional, y se entusiasmaba con el himno de Riego, iba á hacer la señal concediendo al pueblo lo que pedia, cuando el viejo y prudente señó Capotillo le detuvo el brazo.

—¿Y por qué nó?—dijo impaciente el ropero.

—En primer lugar, señó,—dijo el apuntador,—porque eso que piden no es práctico; nunca se ha visto que el cabecera dé la alternativa á un novato al primer toro, y que se lo ceda; eso no pué sé; aluego que, aunque parece que no, el muchacho con

lo que ha bregao está partío por los riñones; dimpués que el toro es zajorí, y entiende ya al chico como si le hubiera parío, y se le vá al bulto. En fin, que no, que no, que no; y sobre todo, que pá aquí y pa elante é Dios, yo declino toda responsabiliá.

—¡Pero silban!—exclamó exasperado el concegil que era soberbio.

—Pues más vale que sirven que el que susea una desgracia.

—Pero esa desgracia le puede tambien suceder á Currito.

—Currito está más descansao, Currito es torero viejo, y tiene muchas macandaes, y sobre tóo que er bicho no le tiene ganas, y no sabe usía cómo se pone un bicho cuando se ha yena el ojo de un bulto y le quiere cojé y no le coje.

XVI

Currito por su parte desía que él no caería fuera é las prácticas, aunque lo mandase el preste Juan y que ántes se cortaba la coleta; que no era por ná, sino por desensia, y que er presidente era un bruto que se le debieran poner de fuego y echarle al corrá; y dimpués, que aquello seria jaserle una aratá al chico, y comprometerle, que estaba ya

el hombre descuartisao y enemistao con un bicho como aqué.

El marqués brazoteaba como si se hubiera vuelto loco, como disiendo que no, y que no, y que no, que lo que pedía er público era una brutaliá.

En fin, un alguacil le llevó un recado al Currito.

—Sin brindis y para que esto se acabe, dice su señoría que se vaya usted al toro, señó Currito:

—¡Aire!—dijo el espá alegrándose:—ni visto ni oío; me acuesto en el toro y lo espacho.

Y echando tóo er mundo ajuera, tiró la monterilla hácia la presidencia, y buscó al toro, se puso en suerte, y como er bicho se le disparara, sin un pase siquiera, se armó, se tiró pá alante, y de un mete y saca más erecho que un tiro le quitó tóas las penas al *Raton*, que fué á caer como un sapo á la derecha der diestro.

Aqueyo había sío, no una suerte, sino una hombrá y un recurso de Currito, que asombró á tóo er mundo, y cambió la amósfera.

Se contentaron los agoniosos.

Se tranquilizaron los que se habian puesto en cuidiao, se les pasó la palidez á Consuelo, á Manolita y á doña María.

El marqués se repantigó satisfecho y le pidió á su mujer el pañuelo para limpiarse la frente, que le sudaba á chorros, y entre tanto Pulga, que era

la flor y la nata de la tunantería, abrazaba á Currito, como diciéndole:

—¡Muchas gracias, maestro! Usté ha sabío lo que se ha jecho, y es usté mi amigo.

Las palmas no cesaban.

Otra vez se llenó la plaza de sombreros y de regalos.

XVII

Al fin pasó la marejá.

Las muliyas arrastraron los difuntos, los monos sabios echaron arena sobre la quifa, y salió á la tela el segundo combatiente.

Soniche era retinto albardao, armao al pelo con dos agujas, bonito y reluciente, apretao, de no muchas libras, pero de gran cabeza y vivo como una centella.

De los tres ginetes, dos rodaron, perdiendo el penco, y el otro aguantó, pero se salió descompuerto y desarmao de la suerte.

Al quite estuvo Pulga, metiéndose entre el de caballería y el toro, que se regolvío, y llevándose-lo empapao como una cola á los medios, donde se lo quitó de encima con una larga.

Pulga habia parao los piés.

Se reservaba.

Nadie lo tomaba esto á mal porque no tumboneaba.

Cumplía con su obligacion.

Toreaba con juicio.

Parecía que había nasío en er reondé.

—¡Superió! ¡Superió!—decia muy satisfecho el señó Capotillo:—esto es lo que debe sé; lo emás güeno pa entrá dando la contenta, y diciendo: ¡aquí está un moso!

El público aprobaba tambien la conducta de Pulga.

Pero nadie estaba en el secreto.

Si las dos fortunitas siguen poniéndole cara é yeso, se jase peasos, se aturde y coje algo que no le hubiera sabío á almendras.

Porque un hombre quemao y borracho de rabia, no sabe lo que se jase.

XVIII

Y el caso fué, que ateniéndose los lidiadores al arte, y con la buena direccion de los diestros, *Soniche* dió más juego que el *Raton*, aunque no tan estruendoso.

No obstante esto, había avío un poquito de poleo.

Los buenos aficionados decian que tóo estaba

muy bien, pero que los é las monas entregaban las arañas, aunque con mucho saber.

Que esto no estaba en el órden.

Que los caballos se sacan á la plaza para que sirvan, no para que los asesinen, corriendo las varas y dejando meter siempre ar enemigo er trinchante.

Que aquello era indigno, y que no, que no podia ser.

Que habia que tomar una providencia.

Silba, no ya al presidente, que no lo entendia el hombre, sino á su apuntaor, el señó Capotillo, que era un chapucero, que se habia vendió al marqués de Alcora.

Y al marqués, porque habia corrompio á los picaores, y se habia entendío con el contratista, pa poner sus toros por densima de los del marqués de*** que no habia hecho tantas porquerías.

XIX

La cuestion estaba en tela de juicio.

Los partíos se encrespaban por lo bajo, y habia un tole, tole, que amenazaba tormenta.

Seis espíritus habia tendíos heridos, y antoa-
día no se tocaba á banderillas.

Cuando sucedió el sétimo sacrificio algunos

silbaron, otros tocaron el cuerno; el portavoz gritó:

—¡A la cárcel los picaores y la presidencia!

Pero al fin se tocó á banderillas, y se calmó el tumulto.

XX

Le colgaron cinco pares, y er mataor brindó, pasó quince veces y dió dos cambios al toro, y le despachó de una buena, aunque algo corta, le ahondó la jería con dos pases de telon, y escansó *Soniche*.

Desembarasá la arena, salió el toro que decian era el de la corría.

Er segundo der Currito.

Pa el cual debia darle la alternativa, y cedér-selo al muchacho nuevo.

Como se vé, todo habia traspirado, porque en España no hay género de conspiracion que no traspire.

La palabra habia corrido por toda la plaza.

Llegaba verdaderamente la hora del desámen del torero nuevo.

Todos se habian puesto sérios y graves.

No se oia más que los estribos de los picaores á las trompás del *Avejero*, y el ¡toro! ¡toro! y los silbidos de los toreros.

Aquello era clásico.

El *Avejero* cumplía con su deber.

Se crecía al palo y recargaba.

¡Buen toro! ¡De punta! ¡Tóo un señó!

De tiempo en tiempo sonaba un alarido de satisfacion y una ráfaga de parmas.

Se entraba y se salia en la lidia al reló.

Aquello era de órdago: manífico.

Como en los buenos tiempos del toreo.

A este toro le habian tratao duro los picaores, aguantando y castigando en firme.

Como que estaban preveníos y compraos para guisarle bien la res al muchacho.

De móo y manera que no habia disgusto posible.

XXI

De improviso Pulga se fué delante del parco de Consuelo y le brindó la moña.

Consuelo y la niña se sonrieron como dos arcángeles.

Pulga soltó el percal, se jué al toro, se encunó, se meció en un doble quiebro, y se salió de la suerte llevándose la moña, que pocodespues se ostentaba en el parco del marqués.

Este le echó la consabida petaca.

Consuelo otro brazalete.

Manolita una flor.

Doña María se lo comia con los ojos.

Nuevos regalos de toas partes.

Las parmas eran sostenías, á compás, grandes, solemnes.

Pulga habia hecho su fortuna.

Habia sio admitío por la puerta grande

Se le habia dao la licenciatura.

Solo le faltaba el doctorado.

Y esto se habia de ver pronto.

XXII

De improviso, sobre el estruendo de las palmas y de los bastones, dijo con un sonido monstruoso el de la bocina:

—¡Que lo adorne él solo!

Los banderilleros, que por haber sonao ya la charanga se habian provisto de los anzuelos, se quedaron paraos esperando.

Todo el mundo gritaba:

—¡El solo! ¡él solo!

Lo concedió la presidencia.

Los muchachos dejaron caer las banderillas, y se sentaron en el estribo.

Pulga las colgó de todas las maneras posibles, al sesgo, al cuarteo, á toro parao, á topacarnero,

de sobaquillo, y lo que no se habia visto nunca, al trascuerno.

El *Avejero* parecia un erizo.

Se embravesía y bailaba el ole y cantaba las peteneras, y jasia por Pulga, que si lo coje lo liquia.

Pero el muchacho, más sereno que la misma sereniá, y más ágil y más listo que un mono, se burlaba de él.

Consuelo estaba ya ciega.

Consuelo no miraba ya ná.

Consuelo se moria.

Manolita veia su agitacion con el rabo del ojo, y decia:

—¡Ya veremos quién madruga más!

Doña Mariquita se regodeaba.

Veia que se venian los millones.

Pero seguia inquietándole aquello del gaban que decia que le tenia que cortar la marquesa.

Si en el redondel se corrian toros, en el parco del marqués, y sin que esto lo sintiesen, se corrian cañas.

XXIII

Sonó ar fin la señá de muerte.

Se sintió, así, como un estremesimiento en la prasa.

Antes de que Currito pudiera tomar los avíos, tóo er mundo gritó:

—¡Que lo mate el nuevo!

Aquello era una borrasca.

Currito se habia detenío.

Al fin vino con un recaó er alguasí.

Su señoría consedía lo que pedia er púbrico.

Entonces Currito resibió los trastos, se fué á Pulga que le cortó er camino, y le entregó la espá y la muleta, diciéndole:

—Yo tengo una satisfacion de darte estas armas sagrás, y de apadrinarte pa que sepamos lo que tú eres: yo tengo confianza en tí, pero no la tengas tú mucho en tí mesmo, y á ver lo que se jase, que mira que er bichito está tempraiyo el hombre.

—Ya es dimpues,—dijo Pulga,—y vamos acabando, que no quiero que crean que usté me dá consejos,—dijo Pulga con una impertinencia irri- tante.

—Pues ayá tú,—dijo Currito.

Y le abrazó como buen padrino, y se lo llevó de la mano delante de la presiensia.

Luego se retiró.

Pulga se quitó la monterilla, y dijo con voz clara, que se oyó en medio del profundo silencio de la plaza:

—Agradesío ar púbrico, y á usía, y á la com-

pañía, y á mi morena: y por usia, y por la compañía, y por ella, y por tóo el grande pueblo de Madrid!

Y tiró su monterilla con tal brío, que fué roando jasta la valla.

Pulga se fué gallardamente hácia el toro que estaba en el medio, cargao é leña, sacudiéndose y meneando la cuerna, escarbando, bufando y pidiendo venganza.

XXIV

A un lao y ar otro de Pulga, á su espalda, abiertos, con la tela recogía, en formacion de batalla, estaban los dos diestros, atentos y cuidadosos; los banderilleros abiertos en semicírculo; tóos prontos á socorrer ar novato.

Allá á lo último se veia á los picaores apoyaos en las varas.

Antes de meterse en jurisdiccion, Pulga se detuvo, miró en torno suyo, como isiendo:—¿Qué viene á ser esto? ¡Yo no necesito á nadie!—Y luego dijo con una altivez insolente:

—¡Ajuera tóo er mundo! Er bicho y yo, y náa más.

Los mataores y sus cuadrillas se fueron al estribo.

XXV

Pulga esplegó la bandera roja, y se entró en jurisdiccion.

El toro reculó, con la intencion marcá de dejarse caer de improviso sobre Pulga.

Este le abrevió el tiempo.

Se fué sobre él.

Hubo un momento de ansiedad.

En el centro de la suerte Pulga, embraguetao que no podia ser más, con la salía dudosa, el toro saltó.

Pulga le habia dao con er trapo en los morros, y le habia escupió por la derecha.

Aquello habia sio un capotazo de inspiracion, una cosa nueva y brava, enriquesía por un quiebro de primer órden.

Aquello no habia sido ni pase, ni cambio.

Pa escapársele al toro no hubiera tenío nesecidá Pulga der trapo; le hubiera bastado con el quiebro.

Er toro se regorvió sobre er burto, como si hubiera sío una veleta.

Se encontró con Pulga en frente, correctamente en jurisdiccion, bien plantao, y con la muleta recta y tendía.

El toro se cubrió.

Permanecieron así los dos inmóviles durante algunos segundos.

Pulga le citó.

Avejero continuó inmóvil y más cubierto.

—¡Te veo!—dijo Pulga.

Y se desarmó con desprecio; y enseñó la barriga al toro.

Avejero se dejó ir.

Sonó un alarío.

Tóos creyeron cojío al chico.

El se desencunó de un doble quiebro.

Con tal violencia se habia dejao ir el bicho, que le faltaron los brazuelos y ajocicó.

Hubo un momento de indecision en el público.

Aquello no era toreo ni Cristo que lo fundó.

Allí habia dos bestias en medio de la plaza que obraban por instinto.

Pero resultaba que por el momento no se sabia quién era más bruto, si Pulga ó el toro.

Hubo de una parte parmas, de otra silbidos.

—¡Vamos á ver, gachó, si tenemos formaliá!—dijo el portavoz de una manera atronadora.

Pulga estaba otra vez impávido delante del toro.

Tenia el semblante sereno.

Solo una ligera expresion sarcástica fruncia su boca.

El toro estaba aplomao y de muchísimo cuidiao.

Los mataores se habian acercao algo.

Pulga avanzó hácia el toro.

Le obligó metiéndole la muleta tendía en el morro.

Entró el toro, y Pulga le escupió con un pase al natural de primer orden.

Se revolvieron los dos.

El toro estaba cuadrado, recto, perfectamente en suerte.

—Ahora,—dijo el portavoz.

Pulga se perfiló.

Citó, la lió, y hasta las uñas, por los blandos, recta, admirable.

Aquello habia sido recibir.

Lo de antes habia sido guasanga.

El toro cayó á cuatro pasos de Pulga, y murió abistentato.

—¡Que se lo dén! ¡Que se lo dén! Que se lo dén!
—gritó el público en masa.

La plaza se hundia.

Los dos mataores corrieron á abrazar á Pulga.

Los muchachos no tenian manos para devolver sombreros, y abanicos, y antucás, y para recoger cigarros.

La presidencia le concedió el toro.

Pulga le cortó la oreja, se fué para er parco de Consuelo, y la oreja fué á darle en el pecho al señor marqués, que la cojió al vuelo.

Por poco se tira del palco.

Estaba entusiasmao.

Por poco se esnúa.

Tiró á la arena su sortija y su alfiler.

Consuelo y Manolita, la una su peineta, y la otra su abanico.

Doña María no tiró nada.

Pero medio se desmayó de gusto y se la quitó la fatiga del gaban.

Consuelo estaba entregá y Manolita loca.

La cosa no podia ir mejor, y ella que tenia mucho amor propio, y se creia mucho más hermosa que Consuelo, é incomparablemente más que Manolita, creia, por lo tanto, que á quien queria con faitigas Pulga era á ella.

Y teniendo ella el corazon de Pulga, ¿qué le importaba á ella de tóo lo emás?

Mardita é Dió la cosa, y que se case con la niña, y que cortejase á la madrastra; y vengan los quisquis á esportás, y á vivir tropa.

Y aluego, ¿qué farta le jasía naide á Pulga pa ser rico, si iba á ganarse más ineros que la Patti y que Gayarre, y que sabia nadie...

Doña María se erritía, y le iba pareciendo cosa fuerte casarse con ella, por el comprometimiento en que le habia metío un güen mozo, con el vejestorio del señó Capotillo, y que el niño de su alma se casase con las dos otras.

La maeja se iba enmarañando.

XXVI

Entre tanto se sosegó el tumulto del entusiasmo popular, limpiaron las mulillas la plaza, y se cortaron las dispuestas de los aficionaos sobre si Pulga tenia ó no tenia escuela, sobre si la estocá habia sío tendía, ó alta, ó baja, ó sin direccion, y lo más grave, si él habia puesto al toro, ó si el toro se habia puesto, ó si el toro se habia suicidado, ó le habia asesinao, ó matao á buena ley Pulga.

No ha nasío quien haya dao gusto á tóo er mundo.

Es más, que ni naserá.

En lo que estaban tóos de acuerdo era en decir que Pulga era un tunante.

XXVII

Salió á la arena *Corchao*, fino como un coral, berrendo, remeyao, bonito, apañao; tenia la cuerna pequeña y los pitones como agujas; era persona de caliá; salió con gentileza, pero al ver la multitud se llamó á cuentas, se fué al medio, y se puso á hacerse cargo der sitio aonde estaba, y á adivinar pa qué lo habian llevao allí.

Se metió en sus adentros, y se receló.

Le soltaba tela un muchacho, y arremetía, pero se detenía sin rematar en el olivo.

Muy pronto le soltaron percalina, pero como si se la hubieran soltado á un poste.

El marqués estaba que echava chirivitas.

El *Corchao* le desacreditaba.

¡Un toro en quien él habia puesto toa su confianza!

Si hubiera tenía allí el marqués una escopeta, le mete un tiro.

—A ver si tú le llevas á las varas, chiquillo,—dijo el marqués á Pulga, poniéndose las dos manos en la boca á manera de bécina.

—Pus no hay más que toro é sobra,—dijo Pulga: —ya verán el cacho de tunante que es; ¡y sin intención!

A este tiempo gritaba toda la plaza en peso: —¡Fuego! ¡fuego! ¡fuego!

Pulga intervino.

Se fué ar bicho, y le entregó er burto con er capote recogió sobre la caera.

Aquello era una temería.

Er Currito que le habia tomado ley al muchacho, se previno por el salvamento.

Er toro se llenó el ojo de hombre y arremetió.

Pulga se le fué con un doble quiebro; luego, al regolverse el toro, le hartóde percal, le enseñó

y le quitó el bulto, llevándole hácia el primero de tanda, que se habia salío bravamente á los tercios.

El público se habia llamao al interiío, y ya no pedia que tostasen al toro.

Este se armó.

Miró al esperpento que tenia delante y á Pulga que estaba al estribo izquierdo, recogió el capote.

Corchao se jiso pá atrás: tomó con la trompa la arena, y la arrojó con un resoplío, y ¡pataplun! allá se jué, y ginete y caballo fueron de una trompá á caer cerca de las tablas.

Un testeraso de los que se ven pocos en la historia del toreo.

Pulga habia salío al sesgo, y se habia llevao al toro sobre el segundo de tanda que se acostó dos segundos despues con el caballo jásia arriba. *Corchao* tenia ensangrentás las dos jachas jasta la cepa.

Pulga se habia metío ar quite con una barbariá inconmensurable, entre la fiera y el lancero, que se habia quedao al descubierto.

Y sobrevino un doble quite.

Por un lao Pulga, en dos deos de terreno, se desembrocaba.

Por el otro Currito, atento á su deber, se llevaba al toro pegao al lienzo.

Los monos sabios arrastraban al picador hácia la barrera.

Nuevo entusiasmo.

Parmas pa Pulga.

Parmas pa Currito.

Parmas pa el picaor que lo habia hecho muy bien.

Y parmas pa el toro.

Y sobre tóo pa Pulga que habia calentao al marrajo.

Metió éste en lidia habia alfombrao de jamelgos la plaza: dos mojaores estaban en la enfermería.

La corría no tenia esperdisio.

Como pintá con la mano.

Currito le habia quitao la moña al toro, y se la habia enviao á su mujé.

Se puso muy majo de banderillas al *Corchao*, y el mataó á quien correspondia, con quince buenos pases le soltó una corta atravesá por haberse escupió el bicho en el auto de la suerte, y le re-mató de un buen volapié.

XXVII

Los otros dos toros fueron tambien muy buenos.

Pero no hubo lances extraordinarios.

Acabá la corría, resultó que el marqués de Alcora le había ganao al otro marqués por un caballo.

Esto era haber ganado con dificultad y haber perdido con honor.

Las dos ganaderías quedaban en buen lugar.

La corría había sido una de las grandes que raramente se han visto en el universo mundo.

Sobre tóo se tenía un torero nuevo de *primo cartello*.

Un recruta que se había subío de un brinco á capitan general.

El marqués convió á los toreros á una de cañas y de jaleo y de lo que quisieran á su hotel.

En er número de los convidaos entraban muchos aficionaos y tóos los revisteros y las ilustraciones más altas de la flamenquería.

Aquello, en fin, iba á ser uua manzanilla *dansante et chantante hors ligne*.

CAPÍTULO X.

La eterna madre de los Dolores.

Iba á meterse Pulga en una berlina de punto con su compadre el señó Capotillo, que llevaba tres pañuelos ataos por las puntas, y llenos de bote en bote de los regalos que le habian tirao al reondé ar mosito, cuando éste se sintió cogío por el cuello por dos dulces brazos, y oyó una voz conmovida por el amor, que dijo de una manera infinita:

—¡Ay, hijo de mi alma, que te encuentro ahora!

Era Claveyina.

Se volvió Pulga, y se lo comió en un hambriento beso en la boca, un beso delirante.

Pulga la retiró dulcemente, y la miró con los ojos adormidos.

—¿Pero ha visto usted qué hermosa es mi madre? —dijo Pulga realmente conmovido á Capotillo.

—¡Calla, ingrato! —dijo Claveyina, —que tú no sabes lo que es queré, ni lo que es agonisá.

Y se metió abrazada á su hijo, en la berlina.

El señó Capotillo se acomodó en la pestaña,

Se le dieron las señas al cochero, y el carruaje arrancó.

II

—Pus mira, hijo mio, —dijo Claveyina, que continuaba rodeando con un brazo tembloroso la cintura de Pulga; —¿no es verdá que tú no golverásá martirisá á la maresita de tu alma?

—Cáyate tú, chiquilla, —dijo Pulga, —que los toros son pá mí de masapan, y me los tragelo vivos.

—Calla, hijo, —exclamó Claveyina con vehemencia, —que la gente é cuernos tiene muy malas güeltas, y cuando ménos se lo cata un cristiano le endiñan una corná.

—¿Oyes tú, chaval? —dijo el señó Capotillo, que estaba algo metío pa adrento.

—¡Quite usted, hombre! —dijo con un desprecio de todo punto chulapesco Pulga, —que no hay

cuernos en er mundo que me jagan á mí daño, y cuanto más bravucon sea er bicho, mejó.

—Güeno, —dijo el señó Capotillo:—á la fin y á la propartía, en jamás de los jamases no sucede má que lo que Dios quiere.

—Eso digo yo, —saltó Claveyina;—no tenemos ná sin la voluntá é Dios: por eso yo, en cuanto éste se laigó pa la prasa, cogí er manto por lo má angosto, me cobijé y me juí á escape á la capilla de la Vírgen de la Paloma, que me nasian álas; po que isía yo: que cuando se jaga er paseo y suerten er primé bicho, esté ya jarta é sirios y desalves y ave-marias Nuestra Señora de la Soledá, pá que guarde con su manto á mi chorré, y le tenga siempre ar lao dos arcanges pa que ni con el risueyo lo to-buen las fieras; misté cómo iría yo, cabayero, é dispará, —añadió Claveyina, dirigiéndose al señó Capotillo, —que tiniendo la intension é ensenderle cuatro sirios de á cuatro libras á la Vírgen de la Paloma, pasé por dos sererías sin verlas: y no reparé jasta que me vide en la capilla: pero no le jase, que er sacristan tiene siempre sirios á manta de los que le llevan, y no me faltaron á mí cuatro que parecían cuatro trancas, y que cuando los pusieron en er artá y los ensendieron, era cáa uno una fogata; y no se crea usted, que le dí yo dos duros al capeyan pá que los bendijese é veras y con toa su arma; pus mira, hijo mio, que no estu-

vo emá la bendision, que cáa sirio era un sol de lo que relumbraba, y ya ves tú que er cuadro é la Vírgen está renegrío é viejo: pus óyete tú, la Vírgen se veía de claro en claro, tan hermosa. y paresía que tenia al redeó la gloria, y tóos los arcángeles, y tóos los ángeles, y tóos los serafines, y jasta las onse mil vírgenes; y me miraba mi Santísima Madre mú compasivamente, y me paresía á mí que disía con sus clisos medio entornaos y amorosos: „No tengas tú cuidiao, Claveyina, probesita, que estoy yo aquí, y no le pasará ná á tu churumbel:“ pero qué quíe usté, cabayero, á mí me han contaó que la Maria Conde, mujé de Pepe-Hiyo, estaba tambien resando por su marío, y con los sirios ensendíos, cuando una res de Peñaranda de Bracamonte le mató por mitaita der estógamo; y mire usté, pensando en esto se me ponía á mí el estógamo frio y amargo, y se me subia ar pescueso que me ajogaba, que me ajogaba, que parecia que un demonio me desia ar oido; „¡ffiate de la Vírgen y no corras!“ Vamos, que tengo que confesar y arrepentirme del mal pensamiento, porque al fin la Vírgen María me lo ha salvao. Y oye tú; ya á la caidita de la tarde, cuando la capilla empezaba á ponerse oscura, mis sirios parecian que alumbraban más, pero se les habia puesto la luz colorá, como de sangre, y la Vírgen tenia la cara que paresía que con sangre viva se la habian la-

vao, y me entró tar gindama, que no me púe tener; y me alevanté, que toa la tarde habia estao é roillas, y salí de piés que parecia que me soplaban con un fueye, y sin sabé, como por er aire, me encontré en la puerta é la plasa, que se hundía á parmas, y los gritos se oian de una legua; si entro, si no entro; no me atreví á entrá ni á preguntá á naide si había habió alguna cogía; que no sabes tú, cariño de mis entrañas, que muchas veces no se tiene való ni pá preguntá, porque se tienē miedo é sabé, y no se quiere mirá por no ver; y sin saber cómo, y más muerta que viva, dí la güelta por la puerta del corralon cuando tú has salío y te he visto, y no sé cómo no me he muerto de alegría.

—Pus mire osté, señora,—dijo Capotillo,—ya que se le ha pasao asté er susto, yo le doy asté la enhorabuena, porque torero más grande que er que osté ha echao, no lo ha echao ninguna mujé ar mundo; y ha dejao maravillao y papilituso á tóo er mundo, y achicaos á los güenos mosos y enamorás á toas las mujeres; y tiene ya más nombredía que Barceló por la má, y le van á yové escrituras en blanco pa que er ponga lo que le dé la gana por su honerarios de mataó, y se va á jasé de oro y perlas y diamantes: y que no se púe icir que la primera vez ha toreao de barde, que aquí yevo yo en estos pañuelos un puñao de miles de riales é rega-

lo, y pa la corría que viene los osequios van á llegá á las nubes, porque vendrán preveníos: y no digo yo ná las señoras que lasha ejao espírrabás er mosito.

—Con eso le sobraré pa pagá er entierro de su madre, que lo que es otra conviá como la de hoy no la aguanto yo.

—Tóo es jasta á costumbrarse,—dijo er señó Capotillo.

—Caye usted, hombre,—exclamó Chaveyina;—¿pus qué madre en er mundo se acostumbra á tené á su hijo en peligro de muerte? Que osté no lo ha sortao: y te lo igo é veras, Juanito; si tú güelves otra vez á matá, que pongan en er carté que sardrás de luto, porque la primera estocá de la tarde y por tóo lo arto y recibiendo, se la has dao á tu madre.

Y se echó á llorar como una Magdalena.

III

Pulga no supo qué decir.

El señó Capotillo no se atrevió á replicar.

Tal elocuencia tenia, tan conmovedora era, tan del fondo de las entrañas le salia el alarido espantado del amor maternal á Chaveyina.

—Yo soy mú desgrasiá,—dijo entre sus sollozos Chaveyina:—yo no tengo á naide en er mundo más

que á él: ¡mardito sea er dinero, mardita sea la vaniá, que quince mil legiones de mengues se yeven á esos trapos é mujeres que disen que quieren á un hombre y le echan á las astas de un toro! ¡yo, no! ¡yo, no! ¡solamente de pensar que va á golver ar reondé me muero!

—¡Déjeme osté, madre!—dijo Pulga, á quien Claveyina habia conmovido,—que yo por los toros voy á mi negocio.

—Si tenemos pa vivir, hijo, si tenemos pa vivir con nuestra hacendita y con lo quietu madre gana, ¡y cuando yo me muera, no te quearásesamparaos: si con er chalaneo y er trato se pué poné mú rico un hombre aplicao!

—Mia tú, maresita: á mí no me tiran los toros, porque los espresio, porque como no me tiren á mí un cuerno no me tocan á mí ar cúti: y yo me los jamo como si juesen aceitunitas; pero hay una mosa güena, señora é título, y con más miyones que hermosos pelos risaos le ha dao Dios, y flamenca que ni tú ni yo la echamos er pié elante, y esta señora al segundo tientto se casá conmigo, y entonses les jago yo mi rendibús á los toros y los deajo á que otros breguen con ellos; que lo que es la mujé, en cuanto yo sea su marío, se güerve loca, y le pasa lo que á tí, y le entra la pásma, y le pierde la afision á los toros y no los quiere vé ni pintaos!

IV

A todo esto, el cochero que llevaba el caballo disparao, porque queria ganar tiempo pá volver á la plaza y cargar otra vez, dejó á su carga en la puerta de la casa de Claveyina en ménos de diez minutos.

Le pagó Pulga, dándole una buena propina y salió sastiyando.

CAPÍTULO XI

En que se pone la contera al anterior

I

—¡Jesú, y qué sé que traigo!—dijo Claveyina cuando hubieron entrado;—eche osté, cabayero, una serilla si osté tiene, ensenderemos pá vernos las caras, que ya jase oscuro: tan y mientras yo voy de un sarto á la horchatería á que mus traigan cerveza y limon y mus refrescaremos tóos, que miosté que yo estoy antoadía que me ajogo.

—Caye osté, señora,—dijo el señó Capotillo, que habia puesto los dos pañuelos sobre la mesa y habia encendió un fósforo, con el cual Claveyina encendió una bujía,—que osté no tiene que menearse para nada, que aquí estoy yo pa servirla

asté y á su hijo de osté y á tóo el que osté me mande; y ya estoy aquí con el limon y la cerveza.

Y salió escapado.

El señó Capotillo veía una mina en el mosito, y por la cuenta que le tenía se hacia tan servicial que se arrastraba de barriga por el suelo.

II

—¡Ay! ¡ay! ¡ay!—dijo Claveyina avalanzándose á su hijo, abrazándole y mordiéndole á besos:—que á mí no me ha dao un mal y me va á dá ahora.

—Quita, chiquiya, quita, que me sofocas,—exclamó Pulga;—¡Jesucristo, qué jembra eres tú, madresita mia! ¡qué hermosa! ¡yo no te habia visto nunca así!

—Pus si me quieres no me mates,—exclamó Claveyina,—que tú eres lo más grande que hay pa mí en er mundo y en la eterniá: como que he pasao tantas penas portí...

—Vamos, niña, asoségate,—dijo Pulga,—y no me sofoques á mí que me estoy muriendo.

Claveyina se comia con los ojos dilatados, ardientes, terribles, á Pulga.

Resplandecia de hermosura.

Tenia en los ojos la mayor de las hermosuras posibles.

La del amor maternal.

—¿Pero tú no volverás, á toreá no es verdá?— dijo Claveyina, que miraba de una manera más y más ardiente á Pulga.

—Tú eres la que me estás toreando á mí. ¡Jesú, madresita mia, que yo no sabia lo que te quería!

—Pero dímelo, dímelo, no ves que me ajogo.

—Pues güeno, chiquilla; yo te juro po tu salusita de no toreá más; no quiero yo quearme sin tí, que me moriria yo. ¡Jesú, y qué madresita que me ha dao Dió!

—¿E vera, hijo mio? ¿no golverás tú á echarte ar reondé?—exclamó Claveyina en el colmo de su ansiedad.

—Mira, niña, lo que yo quieo ya lo he conseguido: guiyá á dos mujeres que son dos rios é oro: y barbianas... como tú no, que tú eres la gloria é Dió, y no hay otra mujé como tú en toa la tierra en reondo; pero, en fin, tú eres mi madre, y eyas no lo son; y cuando yo te vea hecha una señora, y en carretela...

—A mí no me jase farta náa de eso; contigo tengo bastante,—exclamó Claveyina.

Y luego añadió:

—¿Y po qué te casas tú? ¡Pus güenas están las mujeres hoy en dia que no respetan ná, y bonito génio tienes tú pa aguantá! ¡Que si te casas me vas á tené más asustá que si torearas!... Y aluego, ¿te vas tú á casá con dos mujeres?

—Mia, niña, po la peana se besa ar santo, y ar santo po la peana: son madre y hija, y las dos están á cual más entregá y más loca por mí.

—Anda, que Dió no te pué ayuar, mal bicho, que te has empeñado en matar á tu madre: ¡yo no sé, yo no sé! ¡á la juersa tenemos ensima una mardision!

—Déjame tú á mí, chiquiya, que yo sé pajeá, y pa cojé á la hija, es menesté jonjaná á la madre: y si la madre juese viuda, no habia que hablá, que la madre es mu jóven y más hermosa que la hija.

—Lo que yo igo,—exclamó Claveyina,—es que se va á acabá er mundo, y que si no llueve fuego es porque Dió no quiere. ¡Es esa la enseñanza que yo te he dao, mardito?

Claveyina habia cambiado.

Sus ojos, negros como la noche, relampagueaban y amenazaban.

III

¿Se sabe lo que son los celos maternos?

Los más terribles que puede sentir una mujer.

Su hijo es su propiedad absoluta.

Es ella misma.

El amor materno, si es de ley, apasionado y triste como el de Claveyina, no puede sufrir la competencia con otro amor.

Ellas callan y sufren, y muy pocos leen en su corazón.

El precio del amor es terrible.

Las expiaciones insoportables.

La mujer ha nacido para ser la eterna mártir.

Por eso toda consideración que se la tenga es poca.

Una madre que quiere verdaderamente á su hijo, que no ha tenido otro consuelo que él, ni otra aspiración que él, por más que calle, no puede sufrir que su hijo se enamore, se una á otra mujer, la robe un amor que ella quiere para sí sola.

Su hijo, lo repetimos, le pertenece completamente.

Tanto las madres como los padres, están sentenciados á dos tormentos.

O al de perder á sus hijos atormentados por la muerte, cuando aún son ángeles, porque están puros, ó al de ver que los hijos sobreponen el amor á otro ó á otros, al amor sin condiciones de sus padres, que se han sacrificado por ellos, que por ellos han sufrido cuantas amarguras son imaginables.

Y cuando la madre ha sido abandonada, cuando su hijo no conoce á su padre, ni le tiene porque no lleva su nombre, y se han apurado por él todas las angustias de la ansiedad y del dolor,

como le acontecia á Claveyina, y el hijo sale rebelde, y vicioso, y arrancado, como Pulga, entonces se comprende la tempestad que se revolvía en el alma de la gitana, y el alarido de dolor de su amor delirante.

¡Oh, el vulgo, el vulgo, que no ve más que la falsa superficie de las cosas!

¡Que ni aun por instinto conoce los profundos y negros abismos del corazon humano!

¡La naturaleza luchando siempre con las convenciones sociales!

¡Lo absoluto encadenado por lo relativo!

¡Dios, probando siempre, para purificarlas y hacerlas dignas de él á sus criaturas!

¡La parte del espíritu de Dios que reside en él, en su conciencia, y que está siempre en cruda, en terrible lucha con las propensiones morbosas de la materia bruta!

Pero dejémonos de filosofías.

El señó Capotillo, á quien acompañaba una muchacha de la horchatería con el limon y la cerveza, vino á cortar la situacion.

Claveyina, que en la gimnasia de la desgracia habia adquirido una formidable fuerza de voluntad, se reprimió, se llamó para adentro, se bebió un gran vaso de cerveza y limon, y apareció tranquila.

Pulga estaba sombrío.

Le habia cogido el torbellino de los torbellinos.

Se despertaba en él la parte de corazon que tenia de su madre, y se operaba en él una reaccion hácia el bien.

Aquello habia sido un sacudimiento galbánico, y se dejaban ver las consecuencias.

IV

—Tú no sales esta noche de casa,—le dijo Claveyina, cuando habiendo Pulga cambiado de traje vió que se habia puesto su vestido de los dias de fiesta, como si dijéramos, los trapitos de cristiano;—si estás cansao, rendío, cenaremos en paz y en grasia de Dió, y á dormí. Ea, y que lo mando yo, y veremos si á mí se me obeese: soy tu madre, ¿entiendes? soy tu madre y mando en tí.

—¡Pero madre, si yo é quedao con er ganaero y con er señó Currito, que es mi padrino, y me ha dao la alternativa, y con toa la gente güena, en que iré á una cañá y á un jaleito á casa der señó marqués de Alcora!

—¡Er marqués é Alcora!—dijo como quien habla entre sueños Claveyina.—¿Quién es er marqués é Alcora?

—Er ganaero, er marío é Consuelito; er padre é Manolita.

—Señora,—dijo el señó Capotillo,—este es un compromiso que no pué faltá á él.

—Miste, cabayero,—dijo Claveyina;—osté dirá tóo lo que se le venga á la boca; pero yo le igo á osté que aquí hay que poné enmienda; que á mí náa de esto me gusta; que yo soy su madre, y tengo la obrigasion de mirá po lo mio; y que er mundo está perdío que da vergüensa, y bastante perdío está ya éste, y no quiero que se me pierda má.

—Por tu vía, maresita,—dijo Pulga,—déjame que yo cumpra esta noche con tóo er mundo, y mañana yo haré tóo lo que tú me mandes: que si no voy dirán que soy un charrán, ó peor aún, que dimpues der peligro me ha dao miedo, y me ha entrao la pásuma; por tu vía y por la mia, que desde mañanita vía nueva.

—Güeno,—dijo Claveyina,—siempre ha é sé lo que tú quieras; pero acuérdate de mí, y no me tengas esperando desesperá.

—A la una yo mesmito se lo traigo á osté aquí,—dijo el señó Capotillo,—y se lo prometo asté, señora.

—¡Güeno, bien!—dijo Claveyina,—no hablemo má! ¡anda bendito é Dió!

Al salir, cuando se vieron en la calle, Pulga dijo á su acompañante:

—Yo no sé lo que me pasa, señó Capotillo, mi madre tira de mí.

CAPÍTULO XII

En que el horror de Claveyina llega á su colmo.

I

Claveyina cerró y atrancó la puerta.

Vivia sola con su hijo.

Nunca habia tenido criada.

Se habia buscado la vida siempre con su hijo á cuestas, mientras habia sido pequeño; de la mano, más grandecito.

Ella le habia enseñado á leer y á escribir.

Le habia inculcado la religion.

Ya crecido, le habia enseñado á chalanear á tratar, á buscarse la vida.

Con toda esta buena educacion, el chico le habia salido un tunante, y despues de quince años habia empezado á darla disgustos.

Unos amores de mala especie la habian obligado á venirse con Pulga de Sevilla á Madrid.

En Madrid Pulga habia acabado de picardearse.

No hay buena educacion que valga.

Hay algo en la atmósfera social, una inficion, un contagio, que coge con mayor ó menor intensidad á todos los séres, que son llevados por una corriente intensa siempre, sin que sepan á donde van.

La ley de movimiento inevitable que se determina en avance, en retroceso, ó en desviaciones.

Siempre el lecho tortuoso y accidentado del torrente.

Siempre la revolucion, y siempre la ignorancia y la locura.

II

Claveyina estaba aniquilada.

Espantada de sí misma.

Se dejó caer sin fuerzas en una silla, junto á la mesa en que el señó Capotillo habia dejado los dos pañuelos llenos de ricos regalos.

El abatimiento de Claveyina era absoluto.

Estaba pálida como una muerta.

La luz de la bujía recortaba sobre la pared in-

mediata la sombra de su gentil cabeza, con el perfil gracioso y arrebatador de su frente serena, de su nariz aguileña, de su boca mórbida, entreabierta, como en un eterno suspiro.

¡Ah! ¡la pobre gitana!

¡Qué mundo de dolores, qué multitud de pasiones candentes se revolvían en el fondo de su perturbado pensamiento!

Qué hielo del no sér se fundía en ella en el volcan de la vida!

¡Qué torbellino de dolorosos recuerdos se revolvían, se repercutían en el fondo de su corazón, traídos á lo presente por su memoria lúcida, como si hubiesen acabado de tener lugar!

III

Habían pasado veintitres años.

Uno más que la edad de Juanito.

Ella apenas si contaba quince.

Era la reina de las gitanillas del barrio de la Viña de Cádiz.

Por hermosa, por graciosa, por cantaora, por bailaora y por güena, tenía una nombradía, que hasta las piedras de la muralla y las terribles puercas de la entrada del puerto la conocían.

Si era grandemente alegre, era también severamente virtuosa, y ardientemente caritativa.

Vivia sola con su padre viejo en una casita muy cómoda.

Tenia una haciendita, y el tío Colasote chalanaba y se ganaba muy bien la vida.

La hija tenía muy buenos trapos y muy buenas alhajas, y no tenía que envidiar nada á las gitanas ricas.

IV

Claveyina se acordaba con un gran dolor de aquellos tiempos.

No tenía cuidados.

La halagaba todo el mundo.

Todo la sonreía.

El sol tenía para ella el color de oro de la juventud y respiraba á pulmones llenos la fácil aura de la vida, de la inocencia, y de la felicidad.

V

Pero un día los ojos de un hombre se posaron en los suyos y desde entonces Claveyina no respiró más que fuego.

Aquel hombre era un gitano forastero.

Había ido de Murcia con ganado.

Hubo una larga lucha de la virtud con el amor.

Aquel hombre era casado.

Claveyina rechazó con indignacion sus primeras insinuaciones.

¿Pero qué puede el sér humano contra la astucia?

Se empeñó la sensualidad y la astucia, por una parte; por la otra un emponzoñamiento de amor: por último, la locura.

¿A qué fatigar á nuestros lectores con la batalla dolorosa que se dieron en la pobre Claveyina la virtud y el amor?

¡Las influencias misteriosas!

¡Una multitud de potencias irresistibles, enloquecedoras!

¡El torrente en la pendiente!

¡La fatalidad!

¡Un arcángel vencido por un demonio!

¡Una desgraciada criatura nacida con propensiones absolutas al bien, arrastrada por los embates formidables de la naturaleza ciega, y que al caer en el lodo debia guardar como un tormento insoportable y puro siempre, el sentimiento de su dignidad y de su pureza, pudriéndose como un cadáver terrible en el fondo de su conciencia!

¡Y esto flotando en un lago de sangre!

VI

¡Ah! ¡Lo terrible, lo dramático, lo conmovedor, está siempre donde está el sér humano!

En todas las clases, con todas las educaciones, con todos los lenguajes.

La tragedia en flamenco, representada por un romance de ciego, es tan terrible como la *Orestia-da*, cantada en griego clásico por Eschylo.

La vida es uniforme.

Una misma ley rige á la humanidad por unas mismas pasiones y en todas las civilizaciones.

VII

Una noche sintió el viejo tío Colasote un ruido extraño en el cuarto de su hija.

Aplicó el oído.

Rujió de una cólera nueva para él.

Un mar de sangre le envolvió.

Se armó de un cuchillo.

Se fué al cuarto de su hija.

Encontró la puerta cerrada.

Cedió á un vigoroso golpe dado con el pié por Colasote.

Silencio y sombra.

De improviso un grito horrible.

Un grito de muerte.

Colasote habia recibido entre las tinieblas una puñalada en el corazon.

No habia tenido tiempo más que para gritar con voz espantosa:

—¡Maldita seas tú, y él, y vuestros hijos!

Luego el golpe sordo de un cuerpo que caía muerto, y las rápidas pisadas de un hombre que huía, y el grito de horror de una mujer, y otro golpe sordo de otro cuerpo que caía.

Luego, nada.

Despues pasos precipitados de algunas gentes.

Luces que vagaban.

La justicia, en fin.

Uno de esos sucesos trágicos del género de los que relata todos los días *La Correspondencia de España*, muchos de los cuales, relatados por un inventador de cuentos, parecerian inverosímiles.

VIII

Claveyina volvió en sí, se arrojó desesperada sobre el cadáver sangriento y túbio aun de su padre.

En sus ojos abiertos, que ella no se atrevió á cerrar, aun se leía la terrible maldición.

El juez, que era como aquellos terribles alcaldes de otros tiempos, que por un quítame allá esas pajas ahorcaban á un prógimo que caía en sus manos, escandalizado, horripilado por el horrendo crimen de asesinato de un padre, perpetrado por el amante de su hija, debiéndose añadir á

esto la violacion de domicilio durante la noche, interrogó á Claveyina con cuanta ira cabia en la gravedad de juez.

Claveyina no contestó á la primera pregunta. No la habia oido.

Tenia los ojos fijos en su padre, con la expresion del espanto y de la locura, sus poderos ojos negros.

Su boca entreabierta, contraida, expresando una desesperacion horrible, exhalaba un alentar sordo, violento, que alzaba y deprimía su seno, y un temblor insistente agitaba su cuerpo, mientras sus manos crispadas se extendian hácia el cadáver.

El juez repitió su pregunta, acentuándola más: —¿Quién era ese muerto?—dijo.

—¡Mi padre!—contestó Claveyina con una voz que espantaba.

El escribano, que se habia apoderado de una mesa y habia desenvainado los avíos de escribir, enristró la pluma.

Como las actuaciones no debian ser públicas, el alguacil del juzgado se habia quedado guardando la puerta cerrada.

—Se la va á tomar á usted declaracion;—dijo el juez sentándose en la misma mesa donde ya estaba el escribano.

Claveyina, por un poderoso esfuerzo de voluntad, se alzó á toda la altura de su deber.

Dijo su nombre, el de su padre, y juró decir verdad.

—¿Quién ha matado á su padre de usted?—la preguntó el juez.

Claveyina pudo ocultar al Pelon.

Pero esto hubiera sido hacerse cómplice del asesinato de su padre.

No habia quedado ningun indicio.

El Pelon, que era un canalla, lo habia previsto todo, y se dejaba la capa y el sombrero en el corral, por cuya tapia, saltándola, penetraba en la casa de Colasote.

Claveyina pudo encubrir al Pelon, hablar de ladrones.

Inventar una historia verosímil, para lo cual tenia sobrada imaginacion.

Sin embargo, la desesperacion que le causaba la muerte de su padre al que amaba entrañablemente, el horror que por su crimen la causaba el Pelon, la bondad de su alma, el grito de su conciencia, la impulsaron y denunció al Pelon.

Indudablemente, sin perder momento, el juez dictó auto de prision contra el Pelon, y envió por él á dos agentes para que se apoderasen del asesino, y lo trajesen para carearle con Claveyina delante del cadáver de Colasote.

Inmediatamente despues siguió el interrogatorio.

—¿Este aposento en que nos encontramos, y que es indudablemente el teatro del crimen,—dijo el juez,—es un dormitorio? ¿De quién es?

—El mio,—contestó sin vacilar Claveyina.

—¿Dónde tenia su padre de usted su dormitorio?

—A la otra parte, hácia la calle.

—¿Cómo por qué vino aquí su padre de usted en ropas menores, como si acabara de dejar la cama?

—Porque sintió sin duda una tos maldita que le dió al Pelon.

—¿Estuvo aquí el Pelon?

—Sí señor.

—¿Por qué?

—Hablabá conmigo,—dijo haciendo un esfuerzo Claveyina,—y venia á verme casi todas las noches muy tarde, cuando nadie anda por la calle, y cuando mi padre estaba recogido.

—¿De modo que usted tenia relaciones ilícitas con el homicida?

—Sí señor,—respondió haciendo un nuevo esfuerzo Claveyina.

—¿Se había opuesto á su casamiento de usted con ese hombre su padre de usted?

—No podía oponerse,—respondió Claveyina haciendo un nuevo y ya supremo esfuerzo,—porque el Pelon es casado.

—De modo que usted,—dijo el juez acentuando

sus palabras,—ha producido por unos amores vergonzosos la muerte de su padre.

—¡Sin quererlo, sin pensar en ello!—exclamó Claveyina echándose á llorar de una manera desesperada:—¡yo estaba loca!

—¿Cómo sucedió el crimen?—preguntó el juez.

—¡Yo no lo sé!—exclamó Claveyina:—cuando sentí á mi padre me sofoqué: se apagó la luz, yo oí gritos, yo me desmayé: cuando volví en mí, ví las gentes que habian acudido, y á mi padre muerto.

—¿Ha habido alguna cuestion anterior entre el asesino y el difunto?

—No señor: se llevaban bien: eran amigos: mi padre no sabia nada.

—¿Tiene usted algo más que declarar?

—No señor.

Se leyó su declaracion á Claveyina, que firmó.

IX

A este tiempo trajeron preso al Pelon.

Habian encontrado al Pelon rondando la casa, dando así un ejemplo más de eso que pudiera llamarse la atraccion del crimen, que hace volver á ciertos criminales al lugar donde han hecho una víctima.

Por otro fenómeno muy comun tambien, y que

entra en el dominio de la conciencia, confesó su crimen.

Pero exculpó ardientemente á Claveyina.

La situacion era terrible.

Al entrar el Pelon preso, Claveyina se arrojó sobre él de una manera súbita, terrible, como una fiera, y con ánsia rabiosa de vengar á su padre.

Le habia asido por la garganta, y á no acudir á tiempo á arrancarle de sus manos, le hubiera estrangulado.

Claveyina se dejó caer sobre un sillón, inclinó su cabeza sobre el pecho, y no la alzó sino cuando llegó el careo.

Entonces le miró frente á frente, y le maldijo.

—¡Permita Dios y todos sus santos,—exclamó,—que mueras de mala muerte!

Esto no impidió que la llevasen presa.

La justicia necesitaba ver bien claro.

Claveyina se alzó á toda la altura de su tardío deber.

En la prision dió á luz Claveyina á Juanito.

No podia haber sido más terrible el nacimiento de Pulga.

Instruido el proceso, resultó la inculpabilidad de Claveyina respecto á la muerte de su padre.

En cuanto al asesino, teniendo en cuenta la no premeditacion, la sorpresa, y algunas más circunstancias atenuantes, fué sentenciado á diez

años y un día de presidio, y fué á cumplir su condena á Ceuta.

Se puso á Claveyina en posición de su pequeña herencia y se la nombró un tutor.

Claveyina tuvo vergüenza de permanecer en Cádiz, y se fué á Sevilla.

A la larga, y por locuras de su hijo, ya hombre, se vino á Madrid.

X

Claveyina había vestido desde aquella tragedia un hábito penitente.

Había renunciado completamente al mundo.
Se había consagrado á su hijo.

XI

Pulga había sido la expiación terrible de sus amores culpables.

Parecía que la maldición del padre asesinado había caído sobre ella y sobre su hijo.

Y Pulga amaba tiernamente á su madre.

Cuando la daba un grave disgusto, y á consecuencia de él enfermaba y caía en el lecho, Pulga no se separaba de ella, se asustaba como, cuando siendo él niño, se asustaba por él su madre cuando le veía pálido y triste y calenturiento

por una indigestion; buscaba los mejores médicos, y la verdadera medicina de aquella pobre madre desventurada, de aquella alma solitaria, eran las ternuras que su hijo la decia, y las promesas de enmendar su vida cuando la veia enferma.

Pero recobraba la salud Claveyina, duraba por un breve tiempo la buena conducta de Pulga, y luego volvia á las andadas.

XII

Sin embargo, por grandes que hubiesen sido los disgustos que Pulga habia dado á Claveyina, ninguno como el de echarse á torero.

Y no era porque no le gustasen los toros á Claveyina, que al fin era fiamenca neta, y admiraba á los héroes der reondé; pero tratándose de su hijo, y por lo mismo que sabia las malas güeltas que tienen los toros, que en un solo instante hacen pagar muy caras las glorias y las ganancias, vengando á los otros toros muertos, se la descomponia el cuerpo; agonizaba, y no queria para su hijo ni las glorias ni las ganancias.

¡Y luego unos amoríos sacados por el toreo!

«¡Hoy me muero por tí, y mañana te dejo por otro que estoquee mejor que tú!»

¡Ser el juguete de señoronas ociosas, que no sa-

ben qué hacer para quitarse el aburrimiento de encima!

Y que Pulga tenía muy mal génio.

XIII

Pensando en estas cosas, recordando la horrible tragedia de su vida, temiendo por su hijo y creyendo que le cojia la maldicion de su abuelo, la pobre Claveyina sufría uno de esos tormentos del alma que pueden llamarse un infierno anticipado.

Y así, anonadada, como muerta, sumida en una situacion de todo punto horrible, pasó un largo espacio de tiempo.

Nada se oía.

Un silencio profundísimo envolvía el barrio de las Peñuelas.

Solo le interrumpía de tiempo en tiempo el ruido que producía algún grupo de ellos y ellas que pasaba por delante de su puerta, rascando una guitarra, cantando ó riendo.

Cuando los oía Claveyina, se crispaba.

Les tenía envidia.

¡Qué felices eran! No tenían en qué pensar.

XIV

De improviso Claveyina se levantó.

Quedó de pié, estremecida y como espantada.

Se separó con ambas manos de sobre la frente los pesados y sueltos rizos de su rica cabellera negra, y quedó con la expresion del que despierta espantado de una horrible pesadilla.

—Yo soy mu ponderativa,—dijo al fin;—á mí tóo me parece una montaña; ¿quién sabe lo que Dió le tié guardao á las criatura? ¿Por qué me he de atosigá yo de este móo?

Por acaso reparó en los dos pañuelos blancos, abultados hasta reventar, que el señó Capotillo habia dejado sobre la mesa.

Por generosa que sea un alma, siente siempre la influencia del oro.

El oro es la vida.

El oro tiene una virtud misteriosa.

El oro es un dios.

El dios de la tierra.

En el dinero están el bien y el mal.

Sin dinero no hay nada.

XV

Claveyina sintió instintivamente el deseo de ver lo que contenian los pañuelos.

Y luego, ¿no lo habia ganao honradamente su hijo arriesgando su vida?

¿No se lo habian dado por entusiasmo?

¿No habia güelto loco ar público?

Por esta parte Claveyina, sin poder remediarlo, sentia un legítimo orgullo.

Su chavosito habia dicho:—Delante de mí, no pasa naide.—Y naide habia pasao.

De modo que aquello habia sido para Claveyina un espanto y un contento, un dolor y un placer, un favor y un disfavor.

Porque todo en este mundo tiene su pró y su contra.

XVI

Desató el primer pañuelo y se deslumbró.

Relucian el oro y los diamantes.

El Pelon, ó como mejor queramos, el marqués de los Tres cotos de Alcora, la marquesa y su hija, se habian desnudao, por decirlo así.

Allí estaban la rica petaca de oro, esmaltada y guarnecida de diamantes y el alfiler de brillantes y el reló y las sortijas del marqués: la gargantilla, los broquelillos y los brazaletes de Consuelo.

Los brazaletes de Manolita.

Un dineral.

A Claveyina se le nublaron los ojos.

Con aquello habia para emprender tratos en grande.

Para hacer, descansadamente, una gran fortuna su hijo.

Ella para sí no necesitaba nada.

Pero para su hijo todo le parecia poco.

Ella era inteligente en alhajas.

Habia allí por lo ménos en mala venta diez mil duros.

¡Habia otro tanto en el otro pañuelo?

¡Incontrastable poder del dinero!

Claveyina se olvidó por el momento de todos sus dolores.

No pensó en más sino en que su hijo podia establecerse sólidamente.

Ser feliz.

Desató, con las manos trémulas, el otro pañuelo.

Apenas lo habia desatado lanzó un grito horrible.

Se quedó con el semblante desencajado, con los ojos estraviados, muda por el terror.

Habia tenido una aparicion formidable.

El hombre que hacia veintitres años la habia seducido, la habia engañado, habia asesinado á su padre, la habia dejado madre de su hijo, habia aparecido de improviso delante de ella.

Pequeño primero, como lo es un retrato esmaltado en un medallon de pecho, pero que por un efecto de la imaginacion se habia aumentado ins-

tantáneamente para Claveyina hasta hacerse gigantesco.

Aquel monstruoso retrato vivia, hablaba: sus ojos se encarnizaban en Claveyina.

Consuelo, en su entusiasmo, en la locura de su pasion, no teniendo ya nada más que arrojar á Pulga, se habia arrancando el broche de su seno.

Claveyina permaneció algunos segundos absor-ta, anonadada, doblegada.

—¡Ah! ¡él! ¡él! ¡el infame, el maldito!—exclamó.
—¡Esta alhaja la ha llevado su mujer misma á la plaza: ninguna mujer lleva en el pecho el retrato de un hombre si no es su marío ó su padre! ¡Y una mujer no le regala á otro hombre una prenda así, si no está loca! ¡Si será él el ganaero que ha con-vidao á mi hijo! ¡Ese marqués de Alcora? ¡Ay ma-dresita de mi arma, ampárame! ¡Qué es lo que va á suceder? ¡Si fuera que este marqués se paresiera por casualiá á aquer mardito! ¡Pero no, no, es él. es él! ¡El su padre! ¡Su padre de maldision!

La situacion horrible de Claveyina habia lle-gado á su colmo.

Pero no vaciló.

Se echó el manto.

Salió, cerró la puerta, y á la carrera se metió en Madrid por el portillo de Embajadores.

CAPÍTULO XIII.

El gaban que Consuelo le cortó á doña Mariquita.

I

En la calle de Atocha, en una gran casa de título, Claveyina habia preguntado al portero las señas de la casa del señor marqués de Alcora.

Todos los criados de los grandes conocen las señas de los otros grandes.

Era lo último del barrio de Salamanca.

Hacia la calle de Pajaritos.

Un grande hotel.

Claveyina tomó un coche de plaza, y dió al cochero un duro para que la llevase por el aire.

Eran las once de la noche.

Claveyina iba medio muerta.

Temiendo á cada instante accidentarse.

Su ansiedad era insoportable.

Habia habido sobradamente tiempo para que sucediese una desgracia.

II

Y el cochero la llevaba por el aire, sin compasión al caballo que estaba estenuado.

A pesar del larguísimo trayecto, el coche se puso en media hora en la verja del hotel del marqués de Alcora.

Los grandes candelabros de la avenida de la entrada estaban encendidos.

En la portería habia, además del portero, dos ó tres criados de gran librea.

Claveyina se lanzó dentro

Los criados la detuvieron.

—¡Dejadme pasar,—dijo,—el señó marqués me conoce: yo soy Claveyina; la madre del torero Pulga!

El efecto fué prodijioso.

No solamente la dejaron franco el paso, sino que dos de aquellos criados la precedieron á la carrera para anunciarla.

Claveyina se tranquilizó.

—¡Le veré! ¡le veré!—decia:—¡le hablaré! Sabrán ellas que mi hijo es hijo del marío de la una y padre de la otra, y tóo se arreglará! ¡Y quién sabe si Dios lo ha jecho esto pa bien!

III

Al subir Claveyina por la escalinata del ostentoso peristilo, se detuvo sobrecojida.

Habia retumbado, allá en el fondo del jardín, de una manera clara, distinta y atronadora, la detonación de una arma de fuego.

Inmediatamente se sintió un grande movimiento dentro del hotel.

Toda la gente que en él había se había revuelto.

—¡Le ha matado! —dijo pasando por delante de Claveyina un hombre á quien seguían otros que se ponían en salvo lanzándose fuera del hotel, porque del sitio en que se comete un crimen, todo el mundo huye.

Claveyina entendió en aquellas palabras estas otras:

—¡Han matado á tu hijo!

Y descendiendo la escalinata se lanzó con la rapidez de la tempestad hácia el sitio del jardín donde había resonado el disparo.

IV

Veamos lo que había acontecido.

Al volver á su casa Consuelito, antes de que llegasen los convidados y se preparase el jolgorio,

mientras cambiaba de traje, para lo cual se habia hecho servir á solas de la doña Mariquita, la habia dicho:

—Yo te prometí cortarte un gaban, y voy á cortártelo: dime, ¿por qué quieres tú casarte con ese vejestorio de Capotillo? ¿Crees tú que yo no te veo? Tú te comias esta tarde con los ojos en los toros á ese chico... Tú estás enamorada de él.

Doña María se echó á temblar.

Consuelo era feroz, y tenia en aquellos momentos los ojos encarnizados.

Doña Mariquita sabia demasiado y de antiguo quién era Consuelo, y que cuando llegara el caso era necesario temerla como á una espada desnuda.

Doña Mariquita no contestó.

Pero se puso pálida, como una muerta, y miró con ánsia y con miedo á Consuelo.

—¡Hombre!—dijo Consuelo;—el delito te se sale á la cara, y me están entrando ganas de agarrarte por el moño y reventarte.

A doña Mariquita la entró tal pavor que, toda aturdida, en defensa propia, por instinto de conservacion, se puso en fuga.

Pero inútilmente.

De un salto la alcanzó Consuelo, antes de que llegase á la puerta la asió por un brazo y la aplicó dos bofetadas, una en cada carrillo, con una

gran limpieza y un grande efecto, porque de pálida que doña Mariquita estaba, se puso encendida como una amapola.

Gimió, se echó á llorar.

Pero no se atrevió á gritar.

—Eso,—la dijo Consuelo,—es una advertencia para que veas que no me ando por las orillas, sino que me voy á fondo y me meto bien adentro como *debe de ser*. ¡Redios y cómo está el mundo! ¡Hasta en la respiracion se traga una á los ladrones y á los bribones! ¡Caracoles, digo yo! ¡Qué es la que tú me tienes armada, María?

—¡Yo!... ¡yo soy muy leal y muy honrada y muy buena!—exclamó doña María gimoteando.

—¡Mejor sea el año!—exclamó Consuelo.—¡Como si yo no te entendiese á tí! ¡Tú has dado el batatazo, Maruja! Tú te has roto el alma y te estás muriendo... de encalomada. Y eso no tiene nada de particular, pues el chico es goloso... un real hembro y tunante que se pierde de vista. ¡Y luego un torero tan *superior!*

Consuelo hablaba con entusiasmo.

Sin reserva de ningun género.

Como quien ni teme ni debe.

Doña Mariquita tragaba quina.

No bastaba la que habia tragado en la plaza.

Su ama la estaba cortando el gaban, y bien ancho y bien largo.

Doña Mariquita se abrasaba de celos.

Le daban tentaciones de rebelarse.

Pero no se atrevía.

Temía que su ama no la dejara salir viva de sus manos.

Era una gran señora.

Tenia todos los elementos de fuerza que necesitaba para atreverse á cualquier cosa.

Aun á lo más enorme.

Tenia una hermosura llamativa por todos cuatro costados.

Cuando encandilaba los ojos y arrojaba fuego por ellos, no habia quien los resistiera.

Descotada estaba mortal, irresistible.

Era, además, flamenca, audaz y descarada, y de tal manera, que hubiera sido avaricia pedir más.

Era inmensamente rica.

Podia hacer lo que quisiera impunemente y aun con las gracias encima.

Aquello era una tiranía invencible, y contra la cual la pobre doña Mariquita no podia nada.

Se veia obligada á aguantar el palo.

V

Como doña Mariquita no respondia nada, Consuelo la dijo:

—Me parece que con los dos *trompis* que te he dado te se ha quitado el habla. Pues mira, cuando un borrico se ladea se le atiza por el otro lado y se le endereza. á ver si tengo yo que darte otro par de gaznatazos para que hables.

Doña Mariquita los dió por recibidos, y habló.

Ni más ni ménos que si la hubiera curado un apóstol.

Influencias magnéticas.

—Yo, señora,—dijo,—no tengo la culpa de nada.

—Mira que me has pinchado con un alfiler.

—Es que estoy turbada: que no sé lo que me hago: vucencia la ha tomado conmigo. Soy inocente.

—Es verdad,—dijo Consuelo suspirando:—hay cosas que no se pueden remediar: cuando un tunante se le mete á una mujer en las entretelas, hay que decir: apaga y vámonos. ¡Vaya una fatiga!

Y Consuelo se movió toda como si no se hubiera podido resistir á sí misma.

Estaba en el período álgido.

Pero era muy inteligente, muy positiva, muy realista, muy naturalista, como se dice hoy, y comprendía que doña Mariquita estuviese atosigada por el mismo engendro por quien ella estaba, que le hablaba á Dios de tú.

VI

Hubo un momento de silencio.

—Mira, Maruja,—dijo al fin Consuelo con menos terribleza:—yo comprendo que te hayas *chiflao* por él, porque él al fin lo merece, y que estés atosigá y comprometía. En fin, que esas son cosas del mundo, del demonio y de la carne á las que todas las mujeres estamos espuestas: comprendo tambien que por tu chiflaura me hagas traicion, por que una mujer tan *ocupá* como tú lo estás por ese hombre, no hay cosa mala contra los demás que no sea capaz de hacer por él: pero lo que yo no puedo comprender es que sabiendo tú quién yo soy, hayas creído tú que yo iba á aguarme, y has dado pié para cosas que tal vez no tengan ya remedio; y oye lo que te digo: ó gomitas y me lo dices todo, para que ponga remedio si le hay, ó palmas como tu agüelo; eso te lo digo yo: eso te lo digo yo: conque á responder muy limpio.

—¡Yo, señora,—dijo doña Mariquita con una gran confusion y un gran miedo,—estoy muy comprometida, muy comprometida! ¡Mi honor!... ¡El demonio que nunca duerme! ¡Mi atrevimiento que me volvió loca!... ¡Mi inocencia!...

—¡Y tus cuarenta años, infame! ¡Y la mujer espesa y fuerte por bien mantenía y regoldona!...

Lo que le pasa á todas las doncellotas beatas cuando dan con la horma de su zapato. Eso no tiene nada de particular, le pasa á la más pintá, porque al fin la carne es flaca... y que ese es el mundo. ¡Pero cómo es que habiendo tomado la tajá tan en grande, no quieres casarte con él, y sí con ese petate indecente, con ese carcamal de Capotillo?

Era esta estocada tan derecha, tan recta, tan por todo lo alto, que doña Mariquita puso los ojos en blanco, quiso hablar y no pudo.

—¡Cuando digo yo,—exclamó Consuelo,—que una mujer no se pierde si no se pierde de veras! ¡Tú te has vuelto una bribona, Maruja!

—¡Señora, por el amor de Dios!

—¡Una ladrona!

—¡María Santísima!

—¡Una asesina!

—Jesús mil veces.

—No me andes con hipocresías, porque te estrangulo: ¡como si una no tuviera pesqui, y olfateo yo más que un podenco! ¡Y que no veo yo que digamos! ¡Te estoy leyendo el pensamiento, Maruja!

—Pues no ve vuecencia nada, porque yo no sé lo que pienso ni lo que quiero.

—De miedo, y con razon, porque te has metido conmigo en muchas honduras, y yo no sé lo que va á salir de aquí, yo te lo digo: y voy á decirte,

como si me hubieran contado la conspiracion que habeis armado contra nosotros.

—Eso será lo que se le figure á vuecencia, que es muy fina, y se va allá por los imposibles para pensar lo peor de todo el mundo.

—Como estás loca, ó más bien borracha, no te tomo por insolencia lo que has dicho. Pero oye: ese chico le gustarás porque eres muy fresca y muy apetitosa: convenido, á nadie le amarga un dulce: pero no te quiere: que querer es otra cosa: ni me quiere á mí, ni quiere á la señorita... Es un chulapo al pelo: á mí me gusta que me mareen.. Pero yo no soy como tú... Yo tengo vergüenza... No me ha hecho á mí Dios para que sirva á los malos propósitos de un pícaro. Yo sé arrancarme del corazon lo que no debo tener en él.

—Sí, y del pecho el medallon con el retrato de su excelencia, para echárselo á él,—dijo doña Mariquita en un momento álgido de celos atormentados.

Por un milagro no se arrojó sobre ella Consuelo.

—Esas son bascas que pasan,—dijo.

—Porque no son bascas como las que me han dado á mí.

—Te engañas: es que si á mí me gusta lo bonito y lo flamenco, me da asco lo despreciable... Como te sucedería á tí si tuvieras alma: pero tú no tie-

nes más que carne grosera y avaricia sórdida... ¡Cuando un pícaro!... ¡Vamos era cosa de llamar al buchí!

—¡El buchí! ¡Y qué es el buchí!...—preguntó cuidadosa doña Mariquita.

—¡Es verdad! Tú no te has hecho todavía flamenca; pero descuida, que si sigues por el camino que vas, tú te harás flamencota purate, y sabrás que los flamencos, esto es, los gitanos, le llaman al verdugo el buchí.

—¿Y qué tengo yo que ver con el verdugo?

—Que te has hecho cómplice de intentos de crímenes.

—¡Ave María Purísima! ¡Esto es ya lo último! ¡Esto no lo puede aguantar nadie!

—Dejémonos de tonterías y vamos al negocio, que ya está ahí toda la gente y no quiero tardar en presentarme. Ese nenito te ha encalomao y te ha mareao: tú quieres casarte con Capotillo para adecentar las consecuencias de tu mareo, y para que tu adorado tormento pueda casarse con la señorita.

—¡Madre mia del Cármen, y qué pensamientos tiene vuecencia!

—Me vas á decir la verdad, so pena de lo que pueda sucederte: hay algo de grave en las relaciones de mi hijastra con ese hombre.

—¡No, señora!—exclamó con vehemencia doña

Mariquita.—A lo ménos yo no me he metido en nada.

Habia tal elocuencia de verdad en estas palabras de doña Mariquita, que Consuelo la creyó.

—Pues mira,—la dijo,—en vez de venderla, ayúdame á guardarla... En recompensa te caso con él.

—¡Que me casa vucencia con él!

—¡Sí!

—¡Y si él no quiere!

—Cuando se vea descubierto él querrá: cuando pierda la esperanza de apoderarse por medio de crímenes de nuestros títulos, que no pueden ir á él, si no mata á mi marido para que yo enviude, y á esa pobre chica para enviudar él, y á mí si con él me caso para que heredaran los hijos que tuviera de mí...

—¡Jesús! ¡Jesús! ¡Jesús! ¡Ni el infierno!—exclamó doña Mariquita.

—¡Y qué es esta vida más que un infierno en que todos estamos condenados!... Pero déjame seguir: cuando vea ese canalla que sus propósitos no le salen, como tú eres una real hembra, y le tienes en la luna de miel, y yo te daré veinticinco ó treinta mil duros de dote y á él le haré mi administrador con treinta mil reales de sueldo, verá el cielo abierto.

—¡Ah, señora!—exclamó entusiasmada doña Mariquita; y luego añadió para sí:

—Lo que tú quieres es que no se case con tu hijastra y tenerle á tu lado y en tu casa.

¿Había algo de esto en la intencion de Consuelo?

¡No! Consuelo tenia el alma vírgen.

No la tenia más digna Manolita, como veremos más adelante.

La virtud es virtud, es la que resiste á la tentacion; y tanto es la virtud más meritoria, cuanto la tentacion es más irresistible.

VII

A todo esto doña Mariquita habia acabado de vestir á Consuelo.

Se oia ya el murmullo de los convidados que iban llenando los salones.

Al mismo tiempo llamaron á la puerta del tocador y se oyó la sonora y lánguida voz de Manolita.

—¿Estás ya dispuesta, mamá?—dijo.

—Sí, hija mia, y allá voy,—dijo Consuelo.

Y dirigiéndose á doña Mariquita la dijo en voz baja:

—Hemos hablado todo lo que teníamos que hablar: mucho ojo, Maruja, y tienes hecha tu fortuna: ya que no seas buena mujer, sé buena madre, si esto es posible: para que lo seas piensa en tu hijo.

Poco despues Consuelo y Manolita se presentaron en los salones hechas dos diosas.

La concurrencia era enorme y escogida.

Consuelo y Manolita estaban que daban el ópio.

A cual más.

Habian dejado al descubierto todo lo que habian podido de sus irresistibles bellezas.

Los brazos, deliciosos, admirables, descubiertos hasta el hombro.

Los senos desnudos hasta el estómago.

Bien es verdad que Manolita, para cumplir aparentemente con las conveniencias, llevaba un *fichú* de encaje; pero tan ligero, tan trasparente, que el pecho, aunque virginal, abundante y relevado, se hacia más tentador bajo aquella ligera nube trasparente que se habia extendido como una leve ráfaga sobre él.

En cuanto á Consuelo, no se habia cuidado de cubrir con nada los dos enormes globos de su seno, de una forma admirable y de una finura increíble, relevados bajo los curvos y mórbidos hombros, en los cuales se alzaba una garganta de diosa con una cabeza coronada por un tesoro de cabellos peinados á lo chulo, salpicados de perlas y diamantes, con una peineta que valia un tesoro; y luego los ojos, que ardian, y la rosada boca entreabierta exhalando un aliento de fuego, y las venas de la gar-

ganta, que latian como si Consuelo hubiese tenido toda la sangre de su cuerpo removía, y el pecho agitado, que no parecia sino que se agrandaba y se desagrandaba, poniendo á los hombres vizcos de avaricia y á las mujeres amarillas de envidia.

VIII

Porque habia allí por lo ménos cuarenta mujeres, y todas de las de órdago.

Estaban allí la flor y nata de los barrios bajos.

Todas reinas de su casa y aun de la ajena.

Todas tiradas para adelante y aun para atrás cuando se las ponía en el moño.

Todas solteras y casadas y viudas, porque las habia de todos los estados y edades y condiciones, empavesadas como para la verbena de San Lorenzo ó la de San Cayetano, con trajes riquísimos y á la última moda del señorío, aunque sin cola, que las chulas no necesitan que por la cola las saquen al baile; trajes de gran precio, el que ménos de *moirée* ó *faya*, adornados á costo y costa; y luego con los enormes brillantes de las arracadas y de los broquelillos, y de las sortijas, y de los medallones de las gargantillas; y los lujosísimos y carísimos pañolones de la China y del Japon, y los abanicos de gran precio con varillajes riquísimos

y vitela pintada á mano con escenas de toros ó de amores.

Pero todas ellas iban honestas, particularmente las flamencas puras, las gachís, las gitanas, en una palabra, que habia allí una docena de ellas, mujeres ó hijas de chalanes ricos, que por hermosas y de gran trapío hacian la boca agua y daban temblores de piernas á los del sexo feo, tanto chavositos como castellanos.

Pero ninguna, ni aún la más estirada hembra de gracia y de poder entre ellas, se podia arrimar sin quedarse pequeñita y aplastada y reducida á ménos que á cualquier cosa, á la reina y á la princesa de la fiesta, esto es, á Consuelo y á Manolita, que tallaban y se llevaban las puestas de los hombres tan consecutivamente y con tanta seguridad, que aquello era para que las otras reventaran de envidia, y tanto más, cuanto que veian que Juanito Pulga, el chorré de la hermosísima Claveyina, no se desapartaba de las dos señoras, yéndose de la una á la otra, ni más ni ménos que si las dos hubiesen sido suyas, y él de las dos, que, en efecto, se dan casos, y no muy raros, de los que se dice:—Ese y esas dos, son tres cuerpos y un alma.

Y como Juanito Pulga habia sido aquella tarde, y estrenándose en el reondel, un hombre mu grande, y habia cogido, y agitado, y ligado, y gui-

llado más ó ménos á todas las femeninas que habian admirado sus hazañas, y se habian comido con los ojos lo bonito que tenia, y lo gallardo, y lo tunante de gracia y de pesca, y casi chaval, habia por lo bajo, aunque no muy disimulado, una marimorena entre ellas y entre las otras, que amenazaba tormenta, porque el mocito se crecia, y lucia el poder que tenia sobre las dos personas reales de la reunion, y parecia que miraba á toda la otra aristocracia de la flamenquería y de la guapería de alto abajo, y aquello no era para sufrido por mucho tiempo por gente inflamable, y que se le da lo mismo por esto y por lo otro, y que no se acuerdan de que pueden meterles monjas ó frailes en una celda de las del Modelo, cuando el tufo se las sube á las narices y les pone la cabeza al revés.

Aquello era dinamita pura, y no faltaba más que un leve choque para que todo volase convertido en harina.

Las murmuraciones de ellas, y la inquina de ellos, se iban condensando.

Pero por el momento todo estaba contenido y parecia que todo el mundo se divertia en grande.

Todo era gracioso y magnífico.

Toreros, aficionados, gente flamenca en el cante y en el zapateado; en el comedor, donde se podian correr caballos, sobre la larga y ancha mesa

botellas en garrafas de hielo, de todo género de licores, fiambres, pastas, dulces, y frutas de todas clases.

El jardín, sobre el cual se abrían las múltiples puertas del comedor, iluminado á la veneciana.

En la gran glorieta la fiesta.

Allí los cantaores y las cantaoras, allí las bailaoras, las bandejas cargadas de cañaverales, discurrendo por todas partes llevadas por criados de gran librea.

Una de cañas enorme, con todos sus perfiles y adornos.

Una fiesta flamenca á la altura de las condiciones del señor marqués de los Tres cotos de Alcura, en cuyas condiciones no le iban en zaga ni su mujer ni su hija.

IX

Todo fué bien al principio.

Pero no debía durar mucho.

Doña María la prometida esposa del señor Capotillo, la mujer verdadera del ilustre Juanito Pulga, la que sudaba y resudaba, y no sabia lo que le pasaba, con el gaban que le habia cortado Consuelito, andaba por allí tambien hermosota y bien puesta y despechugada como sus amas, y dando tambien qué decir y qué murmurar á toda

aquella trinca de gente faltona que estaba ya jaleada y á punto de irse del se-guro.

Con la pasion que sentia por Pulga, y el estado en que Pulga la tenia, y un millon de cosas que la hacia más que cosquillas en el alma y en el cuerpo, se iba volviendo á la mujer la cabeza, y se le iba quitando el miedo de lo que podia hacerle Consuelito.

Porque ella decia:

—¡Es mio! ¡Es mio! ¡Es mio! ¡Él me ha dado á mí palabra y mano, me ha engañado y me ha metido en comprometimientos! ¡Para qué quiero yo el dinero que puedo sacar si me caso con ese calamar de Capetillo, y dejo rodar la bola, si el dia que yo vea á mi niño casado con esa perdida de Manolita, ó encalomado con esa sinvergüenza de Consuelo, ó con las dos y con las que vengan, voy á tomar fósforos, ó me voy á ahorcar, ó me voy á tirar, con toda seguridad, por el viaducto? No, pues lo que es yo á mi Juanito se lo digo, y que vea lo que hace y venga lo que vengare, y aun que todo se le lleven los mengues.

Pero de improviso notó que ni el héroe por quien se hacia aquella fiesta, esto es, Pulga, ni doña Manolita, la hija de los marqueses, parecian por el mundo.

Se habian eclipsado.

Manolita habia dicho para sí:

—Mi madrastra está loca por él, y me lo quita si me descuido: pues á dar un escándalo aparente que él no pueda despreciarme, pero que me tengan que casar con él.

Por muy recelosa que fuera la Consuelo, no habia supuesto en la Manolita una tal audacia.

Sin embargo, Manolita habia arrastrado á la parte más retirada del jardín á Pulga, que estaba calamocano, y no sabia lo que se hacia.

La luna era muy clara.

Manolita se sentó en un banco debajo de un copudo y espeso álamo negro.

Aquel banco y aquel álamo estaban rodeados por bosquecillos de flores.

Ese viento fresco que suele venir del Guadarrama en las noches de verano, tomando al pasar la fragancia de las flores, hacía deliciosa la permanencia en aquel lugar.

La luna llena iluminaba completamente á Manolita.

El rumor que el viento causaba en las hojas de los árboles y de las plantas, se mezclaba á lejana y flamenca y graciosa armonía de las guitarras, de los guitarrones, de las bandurrias y de los triángulos del cante gitano, del compás de lo pequeños y fuertes piés de una gachí, que hacía resonar el tablado que se habia puesto al efecto.

Pulga estaba á medios pelos.

Tenia á su manera la imaginacion poética de su buena madre.

El alma ardiente, viciosa.

Aparejada y dispuesta á todo.

Manolita, que como sabemos era gitana pura por su padre y por su difunta madre, estaba de hermosa y de incitante y de provocativa, que no digo yo Juanito, el mismo San Antonio Abad, el de los miedos y las tentaciones, se hubiese ido del seguro sin temor á Dios ni al diablo.

Juanito Pulga, consentido ya en la victoria, estaba que se creia un Dios.

Manolita echaba fuego por los ojos, y miraba á Pulga de tal manera, que parecia que no se contentaba ya solo con ser suya, sino que se lo queria comer, y metérselo enteramente en el alma, y tenerlo allí guardado y escondido para que no le viese ninguna, ni él viese á ninguna más que á ella.

X

Pulga no era hombre de andar con miramientos ni formas.

En cuanto Manolita se sentó, se arrojó á abrazarla.

Pero Manolita, que iba con la suya, y que es-

taba sobre aviso, le burló haciéndole un quiebro de mérito.

Se desencunó, y se puso fuera de cacho, dando un cambionazo y poniéndose en pié de un salto al otro lado del banco.

Le tocaba á ella la vez de torear.

Así es que como Pulga se habia tirao sobre la res, creyéndose seguro de agarrar, y por falta de apoyo, dió sobre la hierba cuan largo era.

—¿Pues qué te creia tú, chulo,—dijo Manolita, —que me ibas tú á llenar de trapo y darme la puntilla?

Y luego añadió, viendo que se levantaba como loco y decidido por el engaño que le habia hecho aquella becerra brava:

—No te cueles, niño, mira que yo recibo y doy.

Y como Pulga no hiciese caso, y se lanzara á rematar la suerte, Manolita lió y le dió una por todo lo alto, que lo acostó sin poderse valer.

Le dió una bofetada con tal fuerza y tal suerte, que, cogiéndole en la parte superior de la mejilla derecha, entre la sien y el ojo, le hizo ver estrellas, le aturdió y le tiró por tierra.

XI

Gitana legítima y de buena sangre negra, la sangre de sus padres, que no habian podido achi-car su educacion de señorita, irritada por una

parte, enamorada por otra hasta las entrañas, por lo bonito y lo maulon de Pulga, y por otra, loca de celos, y aborreciendo á su madrastra, Manolita no dejó á Pulga que se volviese.

Se arrojó sobre él, le puso una de sus robustas y redondas rodillas sobre el pecho, le echó una mano al pescuezo, teniéndole así trincado, que no podia escaparse, empezó á darle, como por tarea, con la mano derecha una vuelta tal de divinas bofetadas, que como Pulga tenia la carne apretada y dura, la paliza era doble, porque Manolita daba de firme, y á cada golpe se lastimaba la mano como si hubiera dado contra una piedra, y mientras le santiguaba, le decia con los ojos encoherizados, enojados y al mismo tiempo encarnizados y terribles:

—¿Pues qué te has creído tú, gomoso, que yo era un trapo que se pisa y se deja roto y sucio en medio de la calle? Pues qué, ¿no me tienes tú que pagar ahora y luego y siempre el delito de haberme embrujao y haberme ligao, cuando yo sé que no hay un hombre más canalla y más despreciable que tú?

A todo esto, Juanito, que habia tendido las manos para defenderse, se habia agarrado al descote de Manolita.

Descote, corsé, fichú, el rico collar de coral y diamantes, todo se habia ido al diablo.

El opulento seno virginal de aquella hermosísima india brava, había quedado completamente descubierto.

Pulga se accidentó.

No sabemos si á consecuencia de aquella vuelta de bofetadas, ó porque se alborotase su sangre y se le subiese á la cabeza por efecto de tanta hermosura.

Eran aquellos muchos ojos, mucha garganta, muchos hombros, mucho seno.

Y la luna iluminaba toda aquella hermosura irresistible y la hacía más hermosa con su luz lánguida y poética.

XII

Al ver Manolita que Pulga no se defendía ya, que sus brazos habían caído á plomo, que sus ojos habían dejado un algo espantoso, se sobresaltó, se atosigó, la entraron ánsias de muerte, sintió que se le arrancaban las entrañas, se la sublevó su amor, que era de los grandes, de aquellos que no se puede decir hasta dónde llegan, de aquellos que matan, y dijo con una voz que si Pulga hubiera muerto le hubiera resucitado:

— ¡Ay alma mía, luz de mis ojos, amor de mis entrañas, que yo te he matao!

Y rompió á llorar como si toda su alma se la saliera por los ojos y por la boca.

XIII

Pero Pulga no habia muerto, ni mucho ménos. Su accidente habia sido un vértigo.

Cuando el vértigo pasó, se movió, abrió los ojos, y como Manolita no le tenia ya la rodilla sobre el pecho, como habia soltado su garganta, como habia dejado de pegarlo, se incorporó y quedó como doblgado, domesticado, escarmentado, sin saber lo que le pasaba y suave como un guante.

La leccion habia sido buena.

De esas que se aprenden al instante y que no se olvidan nunca.

—¡Ay, por Dios!—dijo cobardemente Pulga;— no me pegues más, que eres una fiera, y ahora sí que me muero por tí, y no quiero á nadie más que á tí, y perdóname si yo te he ofendido, y yo me casaré contigo, si tú me quieres, y yo no haré más que darte gusto y ser tu esclavo.

Esto era ya torear de recurso, á lo Cúchares, y con una gindama de la fina.

Manolita lo conoció; vió que Pulga no se moria ni mucho ménos, aunque echaba sangre por las narices y tenia los labios reventados y un ojo hinchado y quitándosela el miedo, sostuvo sus ventajitas y le dijo:

—Vamos, levántese usted, hombre, y vamos á hablar sin atrevimientos y sin chulerías, que si usted no es como Dios manda y como yo merezco, va á ser la de usted ó la mia.

XIV

Pulga conoció que le conocian, que le habian tomado la cuesta arriba, que no le tenian miedo, y sobre todo que despreciaban en él todo lo que él tenia de despreciable.

Que le querian, sin embargo, con toda el alma, con todo el enamoramiento de que es capaz una hembra flamenca pura, pero se le tenia cogido y con el firme propósito de ponerle en órden en cuanto en la parte más mínima diese lugar para ello; en fin, que los papeles estaban cambiados: que la mujer era el hombre y el hombre la mujer.

Sucedía, en fin, lo que sucede cuando un hombre muy hombre se vuelve loco, y quiere con todas sus entrañas á una mujer muy mala y muy suelta, y en vez de enviarla al diablo, con ella se está, pero castigándola sin compasion y volviéndola loca á palizas, sin que ella proteste ni busque amparo en las leyes, ni se escape, como conociendo hasta qué punto merece las palizas de muerte que la dá el esposo ó el amante ofendido.

De historias semejantes está llena la flamenquería, y lo que no es la flamenquería.

En fin, que estas son cosas del diablo, que ha hecho que haya hombres y mujeres que no pueden estar juntos sin maltratarse, y que no pueden separarse ni dejar de quererse sin morir.

Cosas que parecen mentira, y que sin embargo son las verdades más grandes del mundo en que es más verdad lo que parece más mentira.

Pulga se sintió dominado.

Puesto en segundo lugar.

Reducido á una esclavitud, de la que no quería ni podía libertarse.

Además de esto, achicado y con el pleno conocimiento de que Manolita podía mucho más que él.

Sucedió lo que sucede en estas situaciones entre hombre y mujer, que el que es dominado, se muere por el que le domina, y el que le domina no vive sino para morir por el otro.

Es la teoría de las fuerzas iguales y opuestas que se atraen y viven en perpétuo choque, hasta que se destruyen la una á la otra, como si ni la una ni la otra pudieran vivir sin su recíproca acción contraria.

Esto es lo que pudiera llamarse una perpétua tempestad entre dos olas.

Dos naturalezas formidables que se atraen, que se refunden en una sola, y dentro de las cuales hay elementos contrarios que luchan, que no pueden ceder el uno al otro.

Esto es la gloria del amor en una guerra infernal é irresistible.

Esto pudiera llamarse el salvagismo de las pasiones que no ha podido ser vencido por la civilizacion.

El mundo, siempre el mismo.

El imperio absoluto de la naturaleza.

Y aquí tenemos las dos escuelas modernas: el realismo y el naturalismo.

Y esto sucede en todas las clases, en todas las formas.

La naturaleza no pierde jamás sus fueros.

El mundo, filosóficamente hablando, ha sido siempre igual; lo será siempre.

XV

—Yo me muero por tí,—dijo Manolita;—yo no sé lo que me has dado que te tengo metido en el alma; pero voy á dar fin de tí.

—¡De amor!—dijo Pulga, queriendo tomar alguna ventaja y tendiendo las manos hácia las hechiceras bellezas de Manolita.

Esta lo contuvo con una sola mirada.

Pulga comprendió más y más que era esclavo.

Que no podia menearse si no le daban licencia para ello.

Manolita ni se crecia ni se decrecia.

Estaba como quien tiene la seguridad de su fuerza.

Pero estaba que no se podía resistir á sí misma.

Que se moría.

Era aquello un mútuo volcan de amor.

No podía darse una felicidad más grande.

Como si hubieran sido una sola alma y un solo cuerpo partidos en dos, y necesitados de juntarse, de morir, de refundirse en sí mismos en un solo sér, para no padecer horriblemente todas las penas del infierno.

XVI

—Te voy á decir lo que vamos á hacer,—dijo Manolita.

—Yo haré todo lo que tú me mandes,—dijo Pulga.

—¡Y tú que no lo hicieras!—dijo con acento de dominio la jóven.

—A tí te gusta, que te mueres por ella, mi madrastra.

—Hombre, á mí ella me ha buscao la boca, y á nadie le amarga un dulce.

—Y tú se las has buscado á ella, y yo os voy á buscar á los dos las entrañas y me las voy á comer y á reventar enseguida; en fin, que no, que yo quiero ser sola, ¿entiendes? y para ser sola, que

nos vayamos los dos al quinto infierno, donde tú no la veas á ella ni ella te vea á tí.

—Son capaces de desheredarte,—se atrevió á decir Juanito.

—¡Malditos sean todos los dineros del mundo! ¿Pues para qué ha hecho Dios tan gran torero? Y luego, que yo contigo no necesito más sino que tú me quieras y no me hagas rabiarse de celos; porque eres mio, ¿oyes? no más que mio, y yo tuya, ¿lo sabes? no más que tuya.

—Eso no lo sé yo todavía.

—Porque todavía no es hora, pero lo va á ser muy pronto, porque ahora mismito vamos á saltar la tapia, vamos á tomar un alquilon y á irnos al gobernador á decirle que yo me quiero casar contigo y que me deposite; y por más que quiera hacer mi madrastra, que domina á mi padre, no podrá evitar que nos casemos, porque habremos dado un escándalo; y en casándonos, suceda lo que quiera y largo de aquí, á otra parte donde no nos veamos con mi madrastra.

—Mira que yo no me atrevo,—dijo Pulga:—que yo conozco á tu padre, que es muy malo, y se va á irritar, y se va á venir sobre mí y me va á dar ó le tendré yo que dar, y entonces, porque él me mate ó yo le mate á él, no podremos casarnos.

Esta era una razon de tal peso, que Manolita se puso pálida y bajó la cabeza.

Pulga cobró alientos.

Entraba en juego una tercera potencia que le ayudaba.

Manolita no le temia á él.

Pero temia á su padre como á una espada desnuda.

—Pues mira,—dijo Manolita:—nos escapamos de veras y nos vamos á donde no den con nosotros ni con hurones, porque yo me estoy muriendo por tí, ahogándome, loca.

A Pulga no le tenia cuenta una fuga.

No se atrevia con el marqués.

El se habia propuesto conseguir por medio de una intriga bien conducida, lograr que sin violencia, tanto el marqués como Consuelo, le casasen con Manolita.

Así se arreglaba todo perfectamente.

El quedaba triunfante y, sobre todo, rico, muy rico.

—Tu padre nos encontraria á la corta ó á la larga,—dijo Pulga,—y entonces la tendríamos: habria una perdicion, como si lo vieras.

XVII

Manolita comprendia que Juanito tenia razon.

Que su padre, si lo ofendian, no perdonaria.

—¿Pues sabes —dijo,—que quien va á perder en todo esto eres tú?

—Queriéndome tú, yo lo gano todo,—dijo Pulga.

—Te engañas,—dijo Manolita,—porque yo no puedo defenderme de tí, porque yo te adoro, porque yo voy á ser tuya, y tú no eres de fiar, y te mato.

Manolita arrojaba fuego por los ojos.

Estaba en un momento terrible.

En uno de esos momentos álgidos de pasión que pierden á la mujer más fuerte.

Manolita, celosa, irritada, enamorada, ardiendo toda su sangre gitana, se venció á sí misma.

Pulga la rodeó la cintura.

—¡Ah, por Dios!—exclamó Manolita.—¡Ten lástima de mí!

El amor triunfaba.

De improviso se oyó una voz formidable que salía de la espesura que rodeaba el banco en que estaban los dos amantes.

Era la voz del marqués gitano.

Del padre de Manolita.

¿Por qué estaba allí?

¿Por qué aparecía tan á tiempo?

XVIII

Ya hemos visto que doña María estaba también loca de enamorada, y con justísimos motivos, de Juanito Pulga.

Que sus celos habian levantado en ella una tormenta formidable.

Ella no habia perdido de vista ni un solo momento á Manolita ni á Pulga.

Así es, que cuando los dos amantes desaparecieron, doña María los siguió recatadamente hasta el lugar solitario del jardin, donde tuvieron lugar los sucesos que acabamos de relatar.

Allí, devorada de celos, oculta entre la espesura, lo vió y lo oyó todo.

Cuando vió que Manolita triunfaba, que sometia á su voluntad á Pulga, que aquello tomaba el camino de un necesario casamiento inmediato, cegó y no vió de desesperacion y de celos, y corrió á buscar á Consuelo, segura de que Consuelo evitaria, por sus celos propios, que los dos amantes se uniesen.

XIX

Consuelo, que estaba inquieta porque habia notado la desaparicion de Manolita y de Pulga, al ver á doña María, pálida y desencajada, que la buscaba, la dijo:

—¿Qué diablos traes tú, que parece que estás agonizando?

Doña María se lo dijo todo en muy pocas palabras.

Consuelo se volvió completamente loca.

—Ella lo ha querido,—dijo,—pues que sea, y suceda lo que suceda.

Y se fué á advertir al Pelon, á su marido, que estaba á medios pelos.

El señor marqués se inmutó.

Toda su fiereza, que durante tanto tiempo habia dormido, se despertó.

—¡A mí no me trastea naide,—dijo,—ni el lucero del alba!

Y como siempre, á la manera de todos los matones cuyas costumbres no habia perdido, llevaba encima un revólver, no tuvo que prevenirse.

No dijo una palabra.

Se salió al jardin.

Rebuscó silenciosamente.

Allá, al fondo de una espesura, oyó dos voces que, aunque contenidas, hablaban acaloradamente.

Eran Manolita que daba celos, y Pulga que se defendía, y requebraba y rogaba.

El Pelon estaba ciego.

Se lanzó sobre ellos.

Un rayo de la luna los iluminaba de lleno.

El traje blanco de Manolita se destacaba de una manera vigorosa sobre el fondo oscuro de la espesura.

Pulga pretendia abrazarla.

El marqués gitano cegó y no vió.
Tendió el brazo y partió el tiro.
Pulga cayó de espaldas sin decir ¡ay!
Manolita huyó espantada dando voces.

El Pelon se quedó inmóvil como retenido por un misterio, delante de Pulga, que estaba por tierra inmóvil, y arrojando á borbotones la sangre de una herida en la cabeza.

Le miraba con horror y no se movía.

Parecia que los piés le habian echado raíces en la tierra.

XX

Intervino Consuelito.

Se horrorizó y empezó tambien á dar voces.

Se arrepentia demasiado tarde de haber sido la causa de aquella desgracia.

Acabó por desmayarse.

Entretanto Manolita se habia metido en los salones, donde no se habia oido el disparo á causa de la distancia.

Iba pálida, descompuesta, desgñada.

Desgarrado el traje.

Desnudo el seno.

No gritaba, aullaba.

Aquel era el frenesí de la locura.

El delirio del dolor y de la desesperacion.

—¡Me lo han matado! ¡Mi esposo, mi alma, mi vida!—gritaba.

Cundió la noticia.

Todos huyeron.

Incluso el señó Capotillo, que se llevó consigo á doña María.

Solo quedaron con los señores en la casa, los criados.

Manolita corrió con ellos al lugar de la catástrofe.

—¡Ah, bestia brava! ¡Maldito! — exclamaba Consuelo, que se habia olvidado de todo, dirigiéndose al Pelon, que permanecia inmóvil y anonadado.

Y al mismo tiempo, Consuelo, que se habia arrojado, pretendiendo socorrer á Juanito, se teñía en su sangre y lloraba á grito herido.

La situacion se habia despejado terriblemente para el Pelon, que creia, sin poder dudar de ello, que Pulga, aquel torero á quien con tanto entusiasmo habia protegido, lo habia injuriado, no tan sólo en su hija, sino tambien en su mujer.

Estaba en uno de esos momentos que por su gravedad impiden toda accion.

Aturdido, sin conocimiento, como á consecuencia de uno de esos golpes inesperados que por su violencia aturden.

Manolita estaba en un estado de exaltacion formidable.

Acusaba á su padre.

Mandaba á los criados que se apoderasen de él.

Los criados, horrorizados, no sabian qué hacerse.

Consuelo, arrojada sobre Juanito, continuaba llorando á gritos, como si para ella se hubiese acabado todo en el mundo.

XXI

De improviso sobrevino Claveyina.

Venia terrible como un pantera.

El marqués continuaba inmóvil y espantado, mirando con horror á Pulga.

Claveyina, al ver á Pulga, inmóvil y brotando sangre, se arrojó sobre él dando un grito horrible.

—¡Hijo, hijo de mi alma!—exclamó,—¡qué va á ser de mí!

Y no pudiendo más cayó de espalda.

La luna la alumbraba de una manera vigorosa.

El marqués la reconoció.

XXII

Sucedió algo que no tenemos medio para describir.

Algo que iba más allá del límite de lo humano.

Hay situaciones de tal manera monstruosas, de tal manera horrendas, que no hay lenguaje que pueda expresarlas.

Un horror indecible, una perturbacion formidable aparecia en el semblante de aquel malhechor, que por el capricho de una señora entregada á la flamenquería, habia ocupado una alta posicion social.

Figuráos un lobo rabioso, horrorizado de sí mismo, un hombre brutal indiferente á la conciencia, en el cual la conciencia se rehace, resucita de repente con todo sus fueros, con todas sus sentencias terribles, y podreis formaros una idea incompleta del desencajamiento del semblante y de la expresion horrenda de la mirada de aquel miserable, que en su brutalidad y en la satisfaccion de sus deseos habia olvidado sus crímenes.

Entonces le parecia oir la voz del viejo padre de Claveyina que, asesinado por él, le maldecia espirante:

—“¡Malditos seais vosotros! ¡Malditos sean vuestros hijos.”

Y la maldicion se cumplia.

La justicia de los hombres no habia castigado bastantemente el crimen, y lo castigaba de una cumplidísima manera la justicia de Dios, que cumplia la terrible maldicion del padre asesinado.

En cuanto á Manolita y á Consuelo, la situación no podia ser más terrible.

La tragedia se consumaba.

Consuelo se alzó.

Habia perdido todo temor.

Habia roto todo freno.

Manolita estaba sobrecogida.

Su mirada delirante pasaba de Juanito, que no se movia, á Consuelo, que se habia abalanzado al Pelon.

—¿Por qué,—dijo,—asesino, miras tú espantado á esa pobre mujer, á su madre?

—¿Por qué? ¿por qué? —exclamó el Pelon con una voz espantosa.—¿Porque si Claveyina es su madre, ese hombre es mi hijo y le he matado yo!

—¡Tu hijo!—exclamó Consuelo horrorizada por su amor por el hijo de su marido.

—¡Mi hermano!—exclamó Manolita con un acento en que parecian salir de su pecho despedazadas sus entrañas.

XXIII

El Pelon no pudo resistir á tanto horror.

Tenia aún el revólver en la mano crispada.

De improviso se lo aplicó á la sien derecha.

Sonó la explosion.

El miserable cayó redondo como si lo hubiesen descabellado.

En estos momentos Claveyina habia vuelto en sí.

Aturdida, dominada aún por el vértigo, revolvia en torno suyo una mirada sin objeto.

Una mirada de idiota.

Estaba horriblemente manchada de sangre de su hijo.

Miraba atónita, con la expresion de la insensatez, á Manolita y á Consuelo, que aparecian inmóviles, como dos estátuas del espanto dominadas.

Volvió á sentir lo horrible de la situacion.

Entonces vió al lado de Juanito, de cuyo pecho se exhalaba un alentar ronco y hervoroso, el cadáver del Pelon.

Estaba horrible.

Con el cráneo deshecho.

Sin embargo, Claveyina le reconoció.

—¡Ah, infame, infame!—exclamó la gitana retorciéndose las manos:—la justicia de Dios se cumple. ¡Tú por mi locura, por mi pecado, asesinaste á mi padre, que nos maldijo á nosotros y á nuestros hijos!

Y volvió á caer sin sentido, dominada por un paroxismo más grave que el anterior.

Ni Manolita ni Consuelo pudieron resistir tanto horror y huyeron aterradas.

XXIV

Sobrevino el juzgado de guardia.

Levantó un muerto.

¿Y por qué no dos ó tres?

Ni á Pulga le habia matado su padre, ni Claveyina á la vista de su hijo se habia congestionado de una manera mortal.

Fueron auxiliados y se les llevó á su casa.

Probado que el marqués difunto habia sido el causante de la herida del torero Pulga, y habiéndose dicho marqués suicidado, el proceso se terminó bien pronto con algunas diligencias.

El escándalo fué formidable.

Los periódicos se apoderaron del suceso.

Le comentaron, le adicionaron, le tergiversaron á su gusto.

Era una historia de la que se podia sacar un gran partido.

Una aclaracion que se daba hoy se desmentia mañana.

Durante ocho dias no se habló en Madrid de otra cosa.

Pero sobrevino un nuevo escándalo y se olvidó el anterior.

Así es el mundo.

Se impresiona con la misma facilidad que olvida.

Los sucesos más graves en nuestro tiempo, pasan con una velocidad eléctrica.

Un indiferentismo, que no queremos calificar, lo envuelve todo.

Lo desvirtúa todo.

Lo destruye todo.

Un hastío, un aburrimiento insoportable hace que nuestra época presente el fenómeno de la avidez continua de las sensaciones fuertes.

No parece sino que tenemos encallecido el sentimiento, y que hay necesidad de aplicar sobre él un hierro candente para conmoverle.

¡Ay del que cae bajo una fatalidad!

Se encuentra solo y abandonado.

Esto le aconteció á Manolita.

Manolita, por voluntad suya, fué llevada judicialmente á un convento, donde decia queria acabar su vida.

Su madrastra la habia dejado sola en Madrid, y se habia largado á su casa de campo de Alcora.

¿Qué tenia ella que ver con nada de aquello?

Ella, por una locura de su juventud, por su flamenquería, por su pasión por el toreo, se habia casado con un torero gitano.

Las consecuencias de una mala historia de éste la habian libertado de él.

Se habia quedado libre en toda la fuerza de su frescura, de su hermosura.

Cierto que la mordian aun en el corazon sus amores por Pulga.

Que la dolía la irremediable desgracia de Manolita.

¿Pero qué podia hacer Consuelo?

Las circunstancias eran más fuertes que ella.

Pero Pulga habia curado.

Manolita se habia resignado á su suerte.

Ella habia cogido al fin un nuevo amor torero y se habia unido á él.

Pero se guardó muy bien de esclavizarlo.

De los escarmentados nacen los avisados.

EPILOGO.

Dios habia perdonado á Claveyina.

Pulga curó completamente y sin consecuencias.

La herida habia sido más bien una fuerte contusion, con un abundante derramamiento de sangre.

La bala débil del revólver no habia podido romper á distancia la caja huesosa del cráneo.

El no supo aquella historia.

Su madre no le reveló que era hijo del Pelon.

Manolita no pudo revelárselo.

Se lo impedia su clausura.

En cuanto á Consuelo, habia puesto tierra de por medio.

Pulga no sabia dónde estaba ninguna de las dos.

Claveyina tardó más tiempo en reponerse, y estuvo entre la vida y la muerte.

Pulga se convirtió.

La leccion habia sido terrible.

Pulga no ha vuelto á torear.

El amor á su madre ha podido en el más que su afición al toreo.

Se ha convertido.

Ha aprovechado la lección.

Se ha hecho un hombre de bien.

Claveyina dió para los pobres las alhajas malditas que le habian regalado.

Pulga se ha casado con una hermosa gitanilla de Murcia, á donde se han ido todos, y donde Pulga vive del trato y del chalaneo.

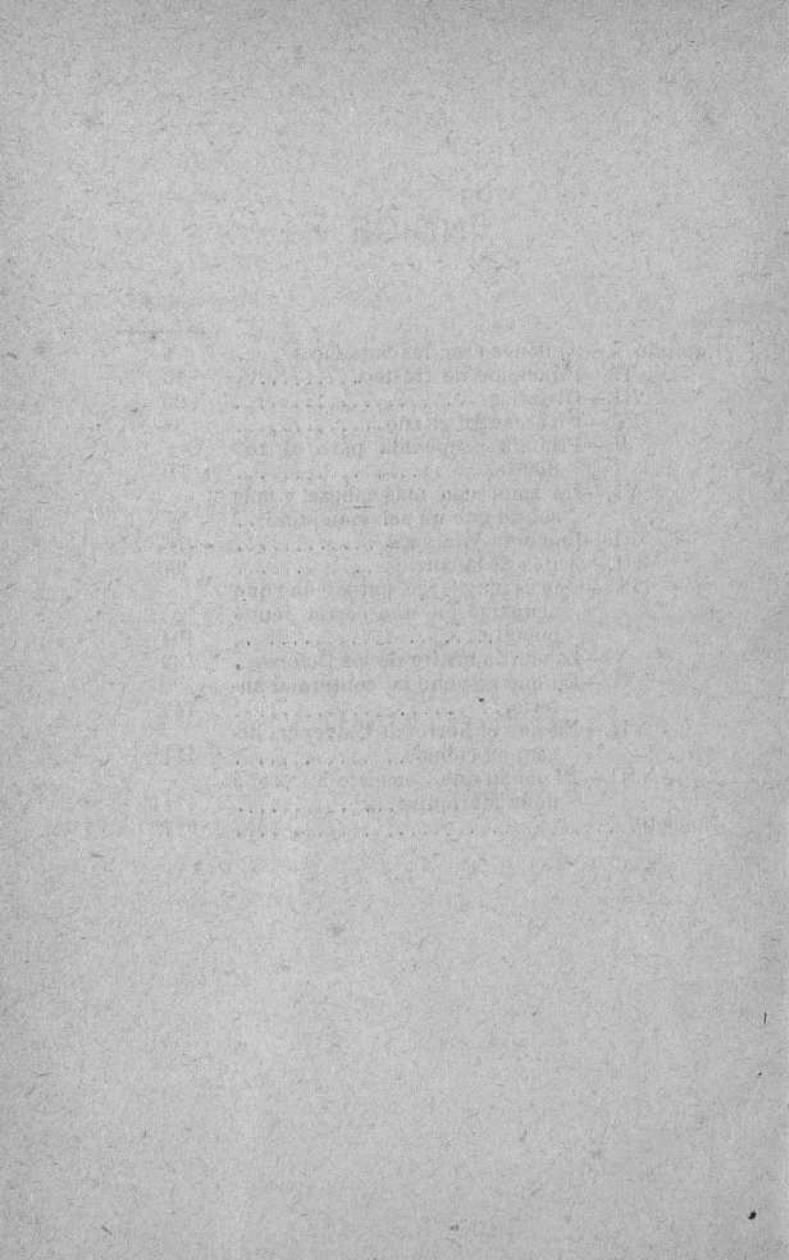
Doña María, que se habia casado con el señor Capotillo para cubrir su defecto, se quedó viuda y honrada con un hermoso niño, *hijo legítimo de legítimo matrimonio*, y como estaba riquita, se ha casado con un prestamista.

En cuanto á Consuelito, ha considerado como un sueño los años que ha estado enflamencada; y como el escándalo la desechaba para siempre de Madrid, vive en San Petersburgo, casada con un príncipe ruso, jóven y güen mozo, que no sabe su vida y milagros, y que la hace en lo posible feliz.

FIN.

INDICE.

	PÁGINAS.
Capítulo I.—¿Quiénes eran los flamencos?....	5
II.—Principios de trasteo.....	13
III.—Historias.....	20
IV.—Un arcángel gitano.....	38
V.—Primera despedida para el re- dondel.....	50
VI.—Un amor con más cabeza y más sentío que un salamanquino... ..	57
VII.—La chota y la vaca.....	76
VIII.—Antes de la corrida.....	95
IX.—Que es muy largo, porque hay que ocuparse de una corria feno- menal.....	104
X.—La eterna madre de los Dolores..	139
XI.—En que se pone la contera al an- terior.....	147
XII.—En que el horror de Claveyina lle- ga á su colmo.....	151
XIII.—El gaban que Consuelo le cortó á doña Mariquita.....	174
Epílogo.....	217





HÁLLASE DE VENTA

En Madrid, calle de los Caños, núm. 1, duplicado; en Provincias, en casa de los más conocidos Corresponsales y en las principales librerías.

Los que deseen hacer pedidos de esta obra, se dirigirán á los Sres. M. P. Montoya y Compañía, calle de los Caños, núm. 1, imprenta.—Madrid.

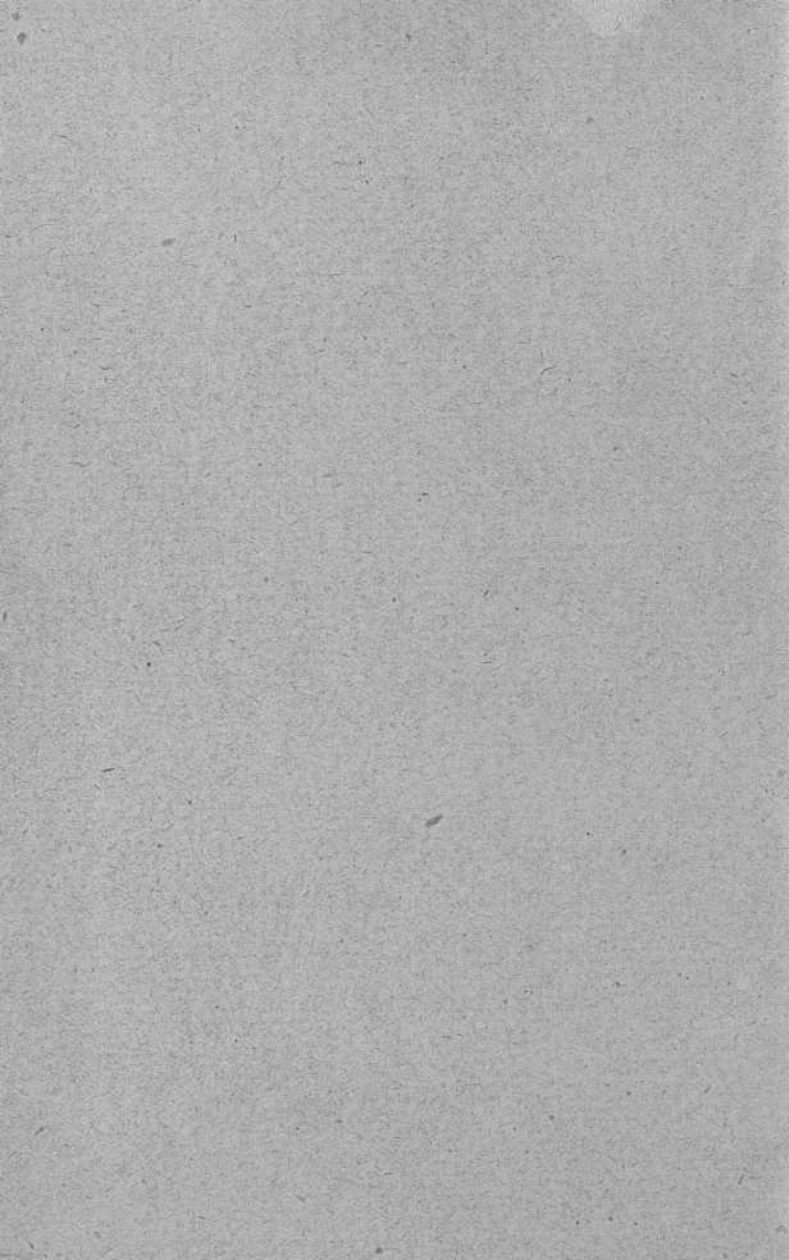
EN PRENSA

EL QUITA-PESARES, Almanaque satírico-literario, para 1886.—Su precio, una peseta.

OBRA CONCLUIDA

TRADICIONES DE TOLEDO, por D. Eugenio de Olavarría y Huarte.—Su precio, 2'50 pesetas.





MARQUES DE SAN JUAN DE PIEDRAS ALBAS

BIBLIOTECA

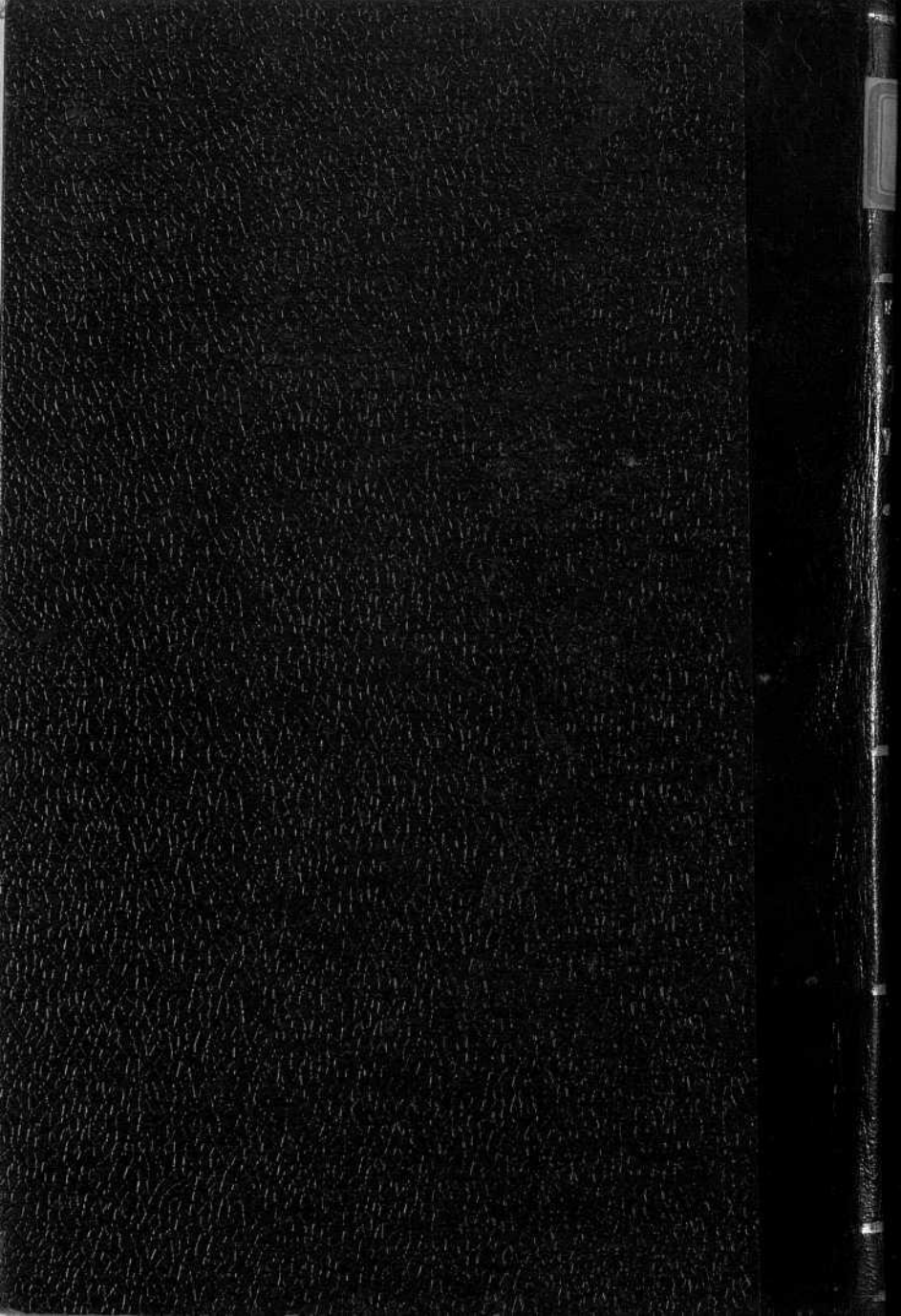
Pesetas.

Número. 36 Precio de la obra..... ..

Estante... 12 Precio de adquisición

Tabla..... 2 Valoración actual..... ..

Número de tomos.. ..



36.

FERNANDEZ

—
FOROS
Y CAÑAS